

5
DAD A
CIÓN C
21

BX1585

G65



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

00001

ALGUNAS PALABRAS POR VÍA DE INTRODUCCIÓN

No es á buen seguro temerario el afirmar que los males que al Catolicismo aquejan en España, y el que sus enemigos consigan con harta frecuencia sus reprobados fines y vociferen otras como con privilegio exclusivo, sin que se levante una voz que á ello se oponga, ó encontrando á su paso á lo más un débil murmullo de protesta que sale como avergonzado y medroso y que fácilmente se extingue, es debido, más que al valor de los impíos españoles, más que á sus méritos y á sus trabajos, á la falta de unión entre los católicos, á negligencia de que todos somos culpables, y á una ausencia absoluta de sentido práctico, que hace que nos encerremos en moldes rutinarios y nos engolfemos en discusiones bizantinas sobre cosas que en la práctica no han de ser, ni tal vez han sido nunca, y que discutiendo nombres y distinguiendo de colores y de personas, abandonemos lo esencial de las ideas y prescindamos de observar la marcha de las sociedades modernas, sin cuidarnos de ponernos al frente de su movimiento y de entrar en la vida de la realidad.

006721

¡Qué frecuente es oír á hombres de corazón sano y de ideas excelentes quejarse de los derroteros por los que la sociedad marcha, y lamentarse de todas veras de que los católicos no se unan y no trabajen con empeño para atajar tanta serie de males y de calamidades!

Sin embargo, ved lo que esos mismos plañideros sempiternos hacen para remediar el mal de que se lamentan á cada paso: levantan la tertulia en que esos lamentos han servido para sostener el interés de la conversación, y cada uno se va á la cama, ó á paseo, ó á las ocupaciones del día, sin contribuir en nada á remediar el mal que tanto deploran, hasta otra vez que se reúnen los compañeros de lamentación para continuar ésta y sazónarla con nuevos datos y noticias que cada uno ha recogido. Pero si alguien, más amigo de los hechos que de las palabras, dice á uno de estos Jeremías:—«Don Fulano, ¿hace usted el favor de ayudarme para ver si logramos evitar la corrupción de tal joven, ó la enseñanza de tal doctrina, ó que en el ayuntamiento tal ó en el puesto cual éntre aquel bribón de nuestro vecino que se propone hacer en él todo el mal que pueda?», dirá en seguida:—«Hombre, excelente idea; ya se me había á mí ocurrido y lamentaba que no se hiciese; para eso basta usted solo; yo tengo que hacer; las mañanas las tengo ocupadas..... las tardes..... paseo con Fulano, que no quiere que le deje solo, y las noches están frías; y además tengo una partida de tresillo, y..... ¿cómo falto á ella? Por otra parte, *mi periódico* (católico á machamartillo por supuesto, y tal vez con pretensiones de tener en esto

la exclusiva) es contrario á todas esas instituciones; ya lo decía el otro día en un artículo que ardía en un candil; todos esos son manejos de don Fulano, y ya comprende usted que de D. Fulano no puede venir cosa buena.»—Pero ¡hombre de Dios! si la obra para la que yo reclamo la ayuda de usted la recomienda el mismo Jesucristo, está bendecida por el Santo Padre y es para la mayor gloria de Dios.....—Sí..... pero eso es andarse por las ramas; y cuando D. Fulano la patrocina, como mi periódico asegura, algún fin se propondrá. Además, ya habrá quien lo haga; yo estoy en mi casa muy tranquilo; y mientras las cosas no cambien y todos estos pillos que hoy lo manejan y lo invaden todo no desaparezcan y dejen el puesto á los hombres de bien, no pienso meterme en nada.....»

Y, claro está, los pillos no le dejan, ¡qué lo han de dejar! Si los hombres de bien se meten en su casa y esperan á que los pillos les llamen para que los reemplacen, ya pueden esperar sentados. Figuraos que un pastor de ganado á quien se avisase que los lobos estaban haciendo una gran carnicería en su rebaño, en vez de acudir presuroso, dijese: «No quiero mezclarme con esa canalla de lobos; esperaré á que ellos desaparezcan y vengan las reses á buscarme, y entonces yo me haré cargo de mi ganado.» Ante esta contestación *¿risum teneatis amici?*

«Don Fulano, ¿por qué no predica usted?—pregunté en cierta ocasión á un sacerdote ilustrado y virtuoso en extremo;—y con aire sentencioso me contestó:—Yo te diré; la oratoria sagrada se en-

cuenta en un estado lamentable; y mientras esta racha de predicadores no pase, no me subiré yo al púlpito á confundirme con ellos.—¡Pero hombre!— le dije,—si todos los que pueden remediar el mal que usted lamenta hacen lo que usted, racha tenemos para rato; en cambio, si usted toma la iniciativa, ¿quién sabe el bien que podrá usted hacer?» Pero nada, mi hombre esperó á que la racha pasase y..... quien se pasó fué él, porque se murió sin que hubiera llegado la ocasión de subir al púlpito.

Si el predicador murió, los que como él disecurren viven todavía; y si cada uno examina su conciencia, ¿quién se verá libre de haber hecho el mismo razonamiento y de haber inspirado en él sus actos?

Y sin embargo, por ese camino todos vemos adónde vamos á parar y lo que para la causa del bien conseguimos: es, pues, preciso cambiar de procedimiento. Nuestros impíos, que no tienen siquiera el mérito de la originalidad, porque suelen ser serviles imitadores de los impíos franceses y están al servicio de las logias, han emprendido contra el Catolicismo una cruda guerra dirigidos por unos cuantos prohombres y periódicos de empresa que no se distinguen por el esplendor de sus virtudes, ayudados con las manifestaciones *espontáneas* que inspira en los de abajo la bolsa abierta, y en los de arriba la esperanza de satisfacer ambiciones bastardas; y en esa lucha hay, ó que resignarse á ser víctima silenciosa é inútil, ó que luchar con empeño, no con lamentaciones, sino con actos, hasta conseguir la victoria; que si lu-

chamos como un solo hombre, inspirándonos en las enseñanzas y consejos de nuestro Santo Padre, la victoria es segura; y cuando no, el sacrificio será meritorio. Tratemos de evitar que desde la Cátedra augusta de San Pedro se nos pueda decir algún día lo que nuestro gran Pontífice dice á los católicos franceses: «Nós estamos persuadido de que muchas amarguras Nos hubieran sido evitadas, y también grandes calamidades á vuestra patria, si todos cuantos en Francia se enorgullecen con el dictado de católicos hubieran escuchado atentos Nuestra voz apresurándose á obedecerla»¹.

¿Queremos ejemplos de cómo hemos de sostener esa lucha? Los tenemos, y muy hermosos, pero hay que copiarlos en el sacrificio, si aspiramos á imitarlos en el día del triunfo; y presentar á los católicos españoles un ejemplo admirable, digno de ser imitado por nosotros, es el objeto de este librito. No se trata en él de evocar recuerdos del Antiguo Testamento, ni de los primeros cristianos, ni de traer á la memoria hechos históricos acaecidos en los tiempos medioevales, sino de referir acontecimientos modernísimos que han tenido lugar en una nación europea; en una palabra, de poner ante la consideración de los lectores la obra de los católicos alemanes desde el año 1870 acá, y de referir brevisamente y en sencilla forma la lucha titánica que por la causa católica han sostenido contra enemigos poderosos.

¹ Carta de Su Santidad al Arzobispo de Bourges, en 10 de Enero de 1902.

Estas luchas están magistralmente referidas en las obras escritas en francés por el sacerdote Adolfo Kannengieser y traducidas al español por D. Modesto Hernández Villaescusa, de las que tomamos gran parte de los datos, y cuya lectura recomendamos encarecidamente á nuestros lectores.¹

¡Ojalá que este pequeño trabajo, para el que me da atrevimiento el deseo de satisfacer extrañas excitaciones, sirva para vulgarizar las enseñanzas que esas obras contienen, y para infundir aliento en el ánimo de los católicos españoles! Si los alemanes vencieron en su lucha, podemos decir con San Agustín: *Si isti, ¿cur no ego?*

¹ Estas obras son: *Los Católicos Alemanes, El Despertar de un Pueblo, Kultur y la organización social en Alemania.*

CAPITULO I

Situación del Catolicismo en Alemania hasta el principio de la persecución.

- I. Cómo se organizaron políticamente los católicos alemanes. — II. Organización del Centro. — III. Régimen de la escuela en Prusia hasta la persecución al Catolicismo.

I

El Catolicismo en Alemania, antes de inaugurarse contra él la persecución abierta en que Bismarck pensaba hacía tiempo, apenas daba señales de vida, y hasta puede afirmarse que se encontraba en visible decadencia. La inmensa mayoría de la nación estaba afiliada á las sectas protestantes, y aun entre los que profesaban el Catolicismo había no pocos de fe escasa que no daban mayores muestras de amor á su Religión que las que dan entre nosotros muchos católicos que, aunque así se llaman parece que se complacen en oponerse á lo que la Iglesia enseña y en hacer guerra cruel á instituciones y personas consagradas por ella.

Apenas celebrado el Concilio Vaticano, un cisma doloroso separó del Catolicismo en Alemania á los que se apellidaron católicos viejos, que no



CONZALEZ

HISTORIA



Y
VISENANZAR



BX1585
G65
c.1

ERE

006 721

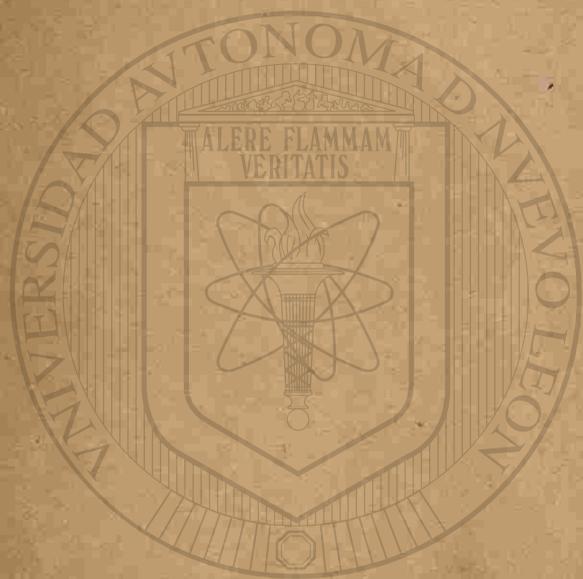


1080020184

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



HISTORIA Y ENSEÑANZAS

DE

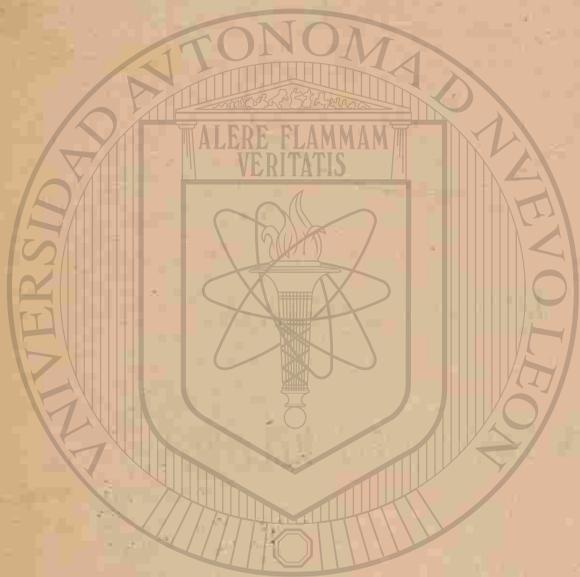
UNA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA Y ENSEÑANZAS

DE

UNA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

POR

Don Francisco González Rojas

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.



*Comilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1903

Presb. Lic. Apolinario Rangel.

43653

Estas luchas están magistralmente referidas en las obras escritas en francés por el sacerdote Adolfo Kannengieser y traducidas al español por D. Modesto Hernández Villaescusa, de las que tomamos gran parte de los datos, y cuya lectura recomendamos encarecidamente á nuestros lectores.¹

¡Ojalá que este pequeño trabajo, para el que me da atrevimiento el deseo de satisfacer extrañas excitaciones, sirva para vulgarizar las enseñanzas que esas obras contienen, y para infundir aliento en el ánimo de los católicos españoles! Si los alemanes vencieron en su lucha, podemos decir con San Agustín: *Si isti, ¿cur no ego?*

¹ Estas obras son: *Los Católicos Alemanes, El Despertar de un Pueblo, Kultur y la organización social en Alemania.*

CAPITULO I

Situación del Catolicismo en Alemania hasta el principio de la persecución.

- I. Cómo se organizaron políticamente los católicos alemanes. — II. Organización del Centro. — III. Régimen de la escuela en Prusia hasta la persecución al Catolicismo.

I

El Catolicismo en Alemania, antes de inaugurarse contra él la persecución abierta en que Bismarck pensaba hacía tiempo, apenas daba señales de vida, y hasta puede afirmarse que se encontraba en visible decadencia. La inmensa mayoría de la nación estaba afiliada á las sectas protestantes, y aun entre los que profesaban el Catolicismo había no pocos de fe escasa que no daban mayores muestras de amor á su Religión que las que dan entre nosotros muchos católicos que, aunque así se llaman parece que se complacen en oponerse á lo que la Iglesia enseña y en hacer guerra cruel á instituciones y personas consagradas por ella.

Apenas celebrado el Concilio Vaticano, un cisma doloroso separó del Catolicismo en Alemania á los que se apellidaron católicos viejos, que no

III

Al establecerse el Centro, la legislación de Prusia era aún una garantía para los católicos; la Constitución les reconocía derechos que les ponían á cubierto de ciertos atropellos; pero ¿qué importaba la Constitución á los enemigos del Catolicismo? ¿Qué importa entre nosotros la libertad á los liberales, ni la democracia á los demócratas, ni la Constitución á los constitucionales, cuando los principios que ellos vociferan pueden ser de alguna utilidad al Catolicismo? En todas partes son los mismos los impíos; proclaman la libertad siempre para practicar la tiranía, y, manejados unas veces como serviles instrumentos por las logias masónicas, é inspirados otras por sus propios instintos, su lema es la guerra á la Iglesia, y sacrifican con gusto y hasta con saña el liberalismo de que alardean, ó la falsa democracia que profesan, si todo esto se opone á que esta guerra sea un hecho. «¡Viva la libertad!» es su divisa, pero mientras ese grito sea sinónimo de «¡muera la Iglesia de Cristo!»

Bismarck pensaba hacía tiempo en la fundación de una Iglesia nacional protestante, lo cual demuestra que Bismarck pensaba en algo y procuraba el bien de la falsa religión que profesaba, á diferencia de nuestros políticos ateos, que no tienen otro pensamiento que la destrucción y el ser serviles imitadores de los impíos franceses, sin más mira que el logro de personales ambiciones y

la satisfacción de pasiones rastreras. Se había rodeado el canciller de políticos liberales y conservadores, á quienes manejaba á su antojo, los cuales proclamaban á todos vientos que era llegada la hora de la destrucción del Catolicismo, empresa que juzgaban en extremo sencilla, y el momento escogido para emprender la lucha fué el de la terminación de la guerra con Francia.

Hasta ese momento la religión era la base esencial de la educación popular en Prusia. Federico II había promulgado en 12 de Agosto de 1763 una Ordenanza general en la que se regulaba la enseñanza escolar en Prusia de una manera profundamente religiosa, á pesar de que Federico II, el rey filósofo, era un incrédulo que tenía á gala el estar en íntimas relaciones con los hombres más impíos de su tiempo¹. El programa escolar, no solamente concedía el primero y principal lugar á la enseñanza religiosa, sino que determinaba minuciosamente las prácticas piadosas que los niños habían de ejecutar. Según esa Ordenanza, habría cada día seis horas de clase, tres por la mañana y tres por la tarde. La primera de la mañana se destinaría á la religión y empezaría por cantarse un himno religioso, al que seguiría la oración de la mañana que todos los niños debían repetir fervorosamente; después el maestro debía explicar un

¹ No obstante su impiedad, estableció la enseñanza popular sobre bases profundamente religiosas; y cuando la Compañía de Jesús fué suprimida en 1773, no sólo admitió á los jesuitas expulsados de los países católicos, sino que sostuvo á la Compañía de Jesús en Prusia, á despecho de los filósofos, porque la consideraba irremplazable para educar á la juventud.

punto de catecismo é instruir á los niños en la práctica de sus enseñanzas, y al fin de la clase insistir en exhortarles á la piedad y hacer de nuevo la oración, y se recitaría el salmo. Por la tarde, después del cántico y la lectura del salmo, debía destinarse la primera hora de clase al estudio de la Biblia, y la segunda á la doctrina cristiana, y los sábados se aumentaban aún las prácticas piadosas.

Además de esos preceptos, la Ordenanza señalaba las condiciones que había de tener el maestro y le marcaba reglas y le daba enseñanzas inspiradas en la más profunda piedad ¹.

La mencionada Ordenanza sólo se refería á las escuelas protestantes, porque en el reino de Prusia apenas si había católicos, como no fuera en Silesia; de aquí que en 3 de Noviembre de 1765 el rey publicase un reglamento escolar católico para Silesia y para el condado de Glatz, reglamento calcado en la anterior Ordenanza, á excepción de ciertos detalles necesarios para acomodarla á la enseñanza católica. «De intento—dijo—nos llamamos sobre la doctrina cristiana, que el cura y el maestro deben enseñar á los niños, remitiéndonos á la Ordenanza que publicará el vicario general de Breslau ². Dejaba al obispo la facultad de regular la enseñanza bíblica y catequística, y esa Ordenanza episcopal decía que sería sancionada por el rey, adquiriendo así fuerza de ley.

¹ Merecen leerse los detalles hasta nimios que esta Ordenanza contiene relativos á la práctica de la piedad y que refiere Kaugngieser.

² Capital de Silesia.

Más tarde, en 5 de Febrero de 1794, se publicó el Código general de los Estados prusianos, en el que se daba á la educación religiosa en la escuela la misma importancia que le había dado la Ordenanza de 1763, importancia que le conceden todas las instrucciones ministeriales y órdenes reales posteriores, hasta el punto de que en una orden real de 23 de Marzo de 1829 se condenan las escuelas mixtas, es decir, aquellas en que la enseñanza no era exclusivamente católica ó protestante, sino que participaba de ambas, porque se decía que «siendo la instrucción religiosa base de toda enseñanza primaria, esta base no está suficientemente garantida en esta clase de escuelas.»

La Constitución de 31 de Enero de 1850 mantenía el mismo régimen de enseñanza, y ordenaba que allí donde fuere necesario fundar nuevas escuelas, su enseñanza se atuviese en lo posible á los principios religiosos de los habitantes de la población; y un rescripto ministerial de 27 de Mayo de 1868 decía aún que en las antiguas provincias de Prusia no existían ni escuelas no confesionales, es decir, en que no se enseñase y practicase una religión determinada, ni escuelas mixtas de protestantes y católicos.

El régimen de la escuela, á pesar de las variaciones que en los estudios profanos se introdujeron, según los tiempos ó las circunstancias lo exigían, continuó siendo profundamente religioso, siguiendo en esto las disposiciones sabiamente adoptadas por el rey Federico II. En Prusia se consideraba peligrosa toda escuela que no fuese franca y profundamente confesional, y ese prin-

cipio prevaleció en la legislación y en la práctica hasta la guerra franco-prusiana.

En esta organización escolar el clero desempeñaba un papel importantísimo; á él le correspondía, según la Ordenanza de Federico II, la inspección de la escuela, y los profesores no podían ser nombrados sin el consentimiento del pastor y sin haber sido examinados por él; de él debían recibir instrucciones en lo relativo á la enseñanza, y de él también tenían que obtener permiso para ausentarse del sitio de su residencia. El pastor debería visitar dos veces por semana las escuelas y enterarse minuciosamente de su estado y del modo cómo se daba y se recibía la enseñanza; debería reunir una vez al mes á los maestros y trazarles el plan que había de seguir cada uno en su escuela al mes siguiente. En cada distrito el inspector era el arcipreste, que tenía la obligación de visitar una vez al año las escuelas sometidas á su inspección y enviar una memoria anual acerca de su estado al Consistorio superior de Berlín.

El reglamento escolar concedió al clero católico, en las escuelas también católicas, los mismos derechos que la Ordenanza había concedido á los pastores en las protestantes, y esta intervención, ó por mejor decir, dirección, del clero católico y del protestante en la enseñanza popular, se sostuvo también hasta la época en que se inició la persecución religiosa de que se hablará en los capítulos siguientes; así el Código general de 1794, á pesar de que colocó á los establecimientos de instrucción bajo la vigilancia del Estado, conservó al clero los derechos que antes tenía en esta ma-

teria, y el clero era en todas las provincias del reino el verdadero encargado de la enseñanza de la juventud escolar.

Los liberales no estaban, sin embargo, conformes con esta gran influencia que el clero, tanto católico como protestante, tenía en la escuela, y en la Constitución de 1850 lograron introducir un artículo en que se decía que todos los establecimientos de instrucción pública y privada quedaban sometidos á la vigilancia de autoridades nombradas por el Estado. De esa manera se quería menoscabar esa influencia del clero; pero el Gobierno no hizo en esto variación alguna, porque siguió entregando esa inspección al clero, quien continuó después de la Constitución de 1850 hasta 1872 desempeñando en la escuela las mismas importantes funciones que antes había desempeñado.

admitían el dogma de la infalibilidad pontificia; y si bien es cierto que algunos ilustres prelados y otros católicos de extraordinarios merecimientos adquirieron fama universal y fueron precioso ornamento de la Iglesia Católica en Alemania, todos éstos no eran sino destellos sueltos, pero sin la conexión necesaria para formar un cuerpo respetable é influyente en la vida de la nación.

Prueba evidente de lo poco que al parecer significaba el Catolicismo en Alemania, el que un hombre del mérito y de la sagacidad política indiscutible de Bismarck, el llamado Canciller de Hierro, que se diferenciaba de un modo extraordinario de los políticos de oficio que se declaran contra la religión después de haber mudado cien veces de postura, creyó poder, no ya prescindir del Catolicismo, sino aplastarle, aniquilarle por completo y fundar una Iglesia nacional protestante.

El plan estaba admirablemente combinado; quien había de ejecutarle era un político sagaz, tenía una voluntad de hierro, una influencia sin límites y una idea de su propio poder que aún le sobrepujaba, y contaba con todos los elementos de opinión y de fuerza que tenía á su lado y que eran extraordinarios. La victoria era segura: el Catolicismo en Alemania estaba condenado á morir irremisiblemente.

Los católicos no estaban políticamente organizados para resistir un empuje tan formidable en los momentos en que el Canciller de Hierro se proponía abrir la guerra que tiempo hacía proyectaba — siquiera cuando se vió vencido quiso

astutamente declinar la responsabilidad que en ella le cabía; — no había entonces en el Parlamento un verdadero partido católico. El rey Federico Guillermo IV estaba animado de las mejores intenciones hacia los católicos, á los que se mostraba agradecido porque en 1848 habían sido una de las más inexpugnables barreras contra la revolución, y á eso se debió que hiciera consignar en la Constitución las libertades eclesiásticas más esenciales, concesiones que sus secuaces se esforzaron por anular en la práctica.

Esto explica que los católicos no sintiesen la necesidad de agruparse, y que en las dos elecciones generales que se verificaron desde 1849, época en que empezó en Prusia el régimen parlamentario, hasta 1852, no tuviesen para emitir su voto otras consideraciones que las meramente políticas ó económicas, dando esto por resultado el que muchos protestantes fueran elegidos en distritos puramente católicos, y el que los diputados católicos se distribuyesen, según sus opiniones políticas ó económicas, en los grupos ó partidos ya existentes.

El ministro de Cultos, Raumer, empezó á dictar medidas opresoras para el Catolicismo, impidiendo las misiones de los jesuitas en los países de confesión mixta y prohibiendo á los seminaristas prusianos que prosiguieran en Roma sus estudios teológicos, lo cual hizo á los católicos pensar en aperebirse á la defensa de sus comunes derechos é intereses, y aprovechando las elecciones de 1852, que siguieron de cerca á los rescriptos de Raumer, y á pesar de la presión ministerial, sacaron

triunfantes 61 candidatos, á quienes impusieron como principal mandato el de anular los rescritos ministeriales atentatorios á la libertad de la Iglesia, y estos diputados constituyeron en el Parlamento un grupo que tomó el nombre de Fracción católica.

En las primeras sesiones Mallinckrodt, que fué uno de los candidatos triunfantes, guardó una actitud espectante, y el 11 de Marzo de 1853 subió por primera vez á la tribuna.

No dejó el Gobierno de preocuparse y dar importancia á este movimiento de los elementos católicos, y para dar satisfacción á sus sentimientos ofendidos procuró el restablecimiento de la paz religiosa, y esto trajo como resultado el que la Fracción católica fuera poco á poco disminuyendo, hasta el punto de que en el período legislativo de 1866-1867 no contaba sino quince miembros, y de que en las elecciones generales de 1867 desapareció por completo.

Aunque la Constitución de 1850 era favorable á la Iglesia Católica, y aunque lo fueran también las disposiciones del Rey, los católicos estaban expuestos á los ataques de los liberales y de los protestantes fanáticos, que constantemente les inquietaban, y estos ataques tomaron un carácter más violento á partir de la guerra con Italia. Prusia se colocó del lado del Piamonte y abandonó la causa de Austria; y aunque los católicos, que veían con pena esta conducta, trataron de hacer ver los peligros que encerraba, desde que el barón de Schleinitz, que participaba de los mismos temores, presentó su dimisión del cargo de Minis-

tro de Estado, su sucesor, el conde de Berustorff, que estaba de acuerdo con Cavour, siguió la corriente contraria, y el 21 de Julio de 1862 reconoció oficialmente la unidad italiana.

Los católicos protestaron de este hecho en la Cámara, y sus esfuerzos y elocuencia rayaron á gran altura, dirigidos por Mallinckrodt; pero todo fué inútil.

El embajador de Prusia en Roma, obrando con arreglo á instrucciones que después se ha sabido que recibía de Berlín, fomentaba entre los obispos alemanes, durante la reunión del Concilio Vaticano, la oposición á la declaración del dogma de la infalibilidad pontificia, y el mismo Bismarck amenazó con persecuciones á la Iglesia para el caso en que el dogma fuese proclamado; y aunque la mayor parte de los obispos alemanes se declararon en contra de la oportunidad de la definición del dogma de la infalibilidad, contra lo que Bismarck indudablemente esperaba, todos ellos se adhirieron á esa definición y ordenaron á sus fieles que hicieran otro tanto.

Por otra parte, aunque en 1870 la guerra con Francia hizo concebir á los católicos alemanes halagüeñas esperanzas, porque la generalidad no preveían las aviesas intenciones que hacia ellos tenía el endiosado Canciller, y la victoria alcanzada por Alemania en aquella campaña memorable les hizo prorrumpir en gritos de regocijo por amor á su patria y á la santa religión que profesaban, todas esas esperanzas y esas vanas ilusiones se vieron bien pronto ahogadas, y la toma de Roma por los italianos y el infame despojo de los

derechos temporales del Romano Pontífice, al que Alemania contribuyó no poco, hicieron comprender á los católicos lo que podían esperar de un Gobierno que meditaba la manera más segura de destruirlos. Todo esto, unido á un recrudecimiento en los ataques que en la prensa protestante y masónica, y en el mismo Parlamento, se dirigían principalmente contra las congregaciones religiosas, hizo comprender á los católicos, á quienes por sus adversarios se quería presentar como enemigos del Imperio alemán, la necesidad de la defensa.

Hasta entonces habían vivido en una falsa seguridad, para la cual no les habían faltado motivos. La escuela era profundamente cristiana; las Órdenes religiosas y el clero secular no encontraban trabas en su vida y actividad, y no habiendo ataque manifiesto, no parecía necesario organizarse para la defensa, y de ahí que ni en el Reichstag ni en el Landtag prusiano ¹ significasen los católicos otra cosa sino una minoría sin organización ni disciplina, y que, como antes se ha dicho, los diputados católicos ingresasen en distintos partidos, de la misma manera que en España al-

1 Los Estados que constituyen el Imperio alemán tienen cierta autonomía administrativa y sus Parlamentos propios, compuestos de una ó dos Cámaras.

Sobre éstas están los Cuerpos legislativos del Imperio, que son: el Bundesrath, ó Consejo Federal, y el Reichstag, que juntos asumen las funciones legislativas del Imperio, sin que el Emperador tenga el derecho del veto en las leyes que hayan pasado por ambos Cuerpos. El Bundesrath representa á cada uno de los Estados de Alemania, y el Reichstag á la nación alemana; el primero se forma de 58 miembros, elegidos por cada uno de los Es-

gunos católicos ingresan hasta en agrupaciones que no se llaman anticatólicas, pero que persiguen á la Iglesia.

El resultado de la hostilidad que hacia los católicos se manifestaba, fué que en las elecciones que se verificaron en fin de 1870 para el Landtag prusiano, éstos eligieron de nuevo sus candidatos teniendo en cuenta principalmente sus creencias religiosas, y que 52 católicos decididos obtuviesen el triunfo; y el 11 de Enero de 1871 formaron el grupo del Centro, ó partido de la Constitución, que dirigió un manifiesto á los electores como preparación de las próximas elecciones para el Parlamento del imperio ó Reichstag, induciéndoles á no dar su voto sino á los candidatos que se comprometiesen á formar parte de la nueva fracción y que adoptasen sus principios; y á este llamamiento respondió el pueblo católico de tal modo, que por las elecciones de Marzo de 1871 entraron en la Cámara 67 representantes católicos, número que, como después veremos, adquirió notable desarrollo cuando la persecución arreció, que constituyeron el grupo del Centro en el Reichstag y que publicaron una breve declaración de principios bajo este lema notable: *Justitia fundamentum regno-*

tados que forman el Imperio; el segundo de 397 (próximamente uno por cada 131.604 habitantes), elegidos por votación y por sufragio universal.

El Poder legislativo en los Estados del Imperio reside en sus respectivas Cámaras, juntamente con el Jefe del mismo Estado. En Prusia ese Poder legislativo se ejerce por el Emperador, como Rey de Prusia, y por una Asamblea representativa, el Landtag, formada de dos Cámaras, una llamada *Herrenhaus*, ó Senado, y la otra *Abgeordnetenhaus*, ó Congreso de los Diputados.

rum. La justicia es el fundamento de los Estados.

«Bismarck, que había entrado en triunfo en Berlín el 9 de Marzo de 1871, se sorprendió desagradablemente por el éxito de los candidatos católicos y por la formación del Centro. Este grupo no tenía por entonces sino proporciones bien modestas; ¡67 diputados frente de otros 300 que estaban prontos á seguir al gran canciller donde él quisiese! Pero estos 67 eran de lo más escogido; y sobre todo, tomando franca y resueltamente posiciones, como lo habían hecho, arrebatában de antemano á Bismarck, para la nueva guerra que meditaba, la ventaja de coger á su adversario mal preparado y de improviso.

»El canciller, hábil en trabucar los papeles, se esforzó más tarde en presentar la formación del Centro, que no había sido sino un acto de defensa necesaria, como una agresión que hubiera justificado el movimiento ofensivo del Estado. ¡Artificio grosero! ¹ La campaña contra el ultramontanismo estaba desde largo tiempo decidida; el canciller no titubeaba sino acerca de la ejecución. Se proponía atacar al adversario cuando éste estuviese dormido; pero como sus tropas de auxiliares voluntarios habían hecho demasiado ruido, el dormido se despertó, frotó sus ojos y comenzó lentamente á organizarse. Al punto el adversario exclama: « ¡Os habéis movilizado! ¡Queréis atacarme! » ²

¹ Pero á que son muy aficionados los sectarios.

² *Études religieuses, philosophiques, historiques et littéraires*. Número de Junio de 1901.

II

De esta manera, y bajo la jefatura de Mallinckrodt, nació el Centro católico alemán, que tan importante papel desempeñó durante la persecución religiosa en el imperio y que tanta importancia tiene hoy mismo en la política alemana; grupo compuesto casi exclusivamente de católicos, pero del que no están excluidos ni aun los protestantes, si éstos inspiran su conducta en el amor á la justicia; grupo, en fin, cuyo nacimiento fué debido á los injustos ataques dirigidos contra la libertad de la Iglesia, de cuya libertad se constituyó en decidido defensor.

He aquí lo que dice Kannengieser acerca de este partido ¹:

«Y no era cosa fácil organizar esta formidable máquina de guerra. Muchos creen que el Centro es una masa compacta formada con elementos homogéneos en absoluto, lo cual es una idea completamente errónea. En este partido existen divergencias de opiniones muy pronunciadas, y aun antagonismos de raza y de casta: encuéntranse en él demócratas y señores feudales, particularistas y unitarios, prusianos y alemanes del Sur, economistas de escuelas diametralmente opuestas. ¿Cómo obtener la armonía con tan numerosas discordancias? ¿Cómo mantener la cohesión, quiero decir, la disciplina, en un cuerpo tan abigarrado?....

¹ *El Despertar de un pueblo*, cap. II, párr. 9.

»No podía admitirse en modo alguno que un diputado católico pudiera batirse en duelo, hollando así ostensiblemente las leyes de la Iglesia; en los veinte años que subsiste el Centro, jamás ninguno de sus miembros, que yo sepa, ha aceptado ni provocado ningún duelo; el día en que uno de ellos pasara por encima de este precepto, dejaría de pertenecer al Centro.

»La misma severidad se aplica también á hechos de orden más privado. Hace algunos años uno de los oradores más brillantes del Centro vióse complicado en una de esas vanales aventuras tan frecuentes en las calles de París, y á las cuales nuestro escepticismo católico sonríe con demasiada indulgencia. Era joven, y había en el hecho circunstancias atenuantes que hubieran conmovido á nuestros más rígidos censores mundanos: en otras partes se hubiera hecho vista larga, especialmente en Francia, donde cerramos los ojos á tantas cosas; pero el Centro no tuvo igual debilidad, y por dolorosas que sean las amputaciones, hizose comprender al culpable que debía desaparecer de la escena política: él presentó su dimisión sin protestas ni recriminaciones, y sus electores, para demostrar mejor la afirmación de sus principios morales, votaron en su lugar á un sacerdote.»

Pero, á pesar de este espíritu de severidad, que tan fielmente retrata el hecho que queda referido, el Centro no tenía el carácter de un partido puramente religioso, y en él eran admitidos muchos que no profesaban el Catolicismo, siempre que aceptasen los principios que el Centro defendía, y de ahí que en sus filas formen algunos protestan-

tes. En cambio, en el principio de su formación tuvo grandes enemigos entre los mismos católicos, porque no faltaban entre ellos algunos que temían que la formación del nuevo partido había de servir de pretexto al Gobierno para perseguir al Catolicismo, y hoy mismo hay católicos en Alemania que no forman en las filas del Centro.

Es preciso no confundir el Catolicismo en Alemania con el Centro católico. El Centro es, ante todo, un partido político que defiende los derechos de la Iglesia Católica, y, como tal, es el partido de los católicos, y sus miembros son, en su inmensa mayoría, católicos excelentes; pero la asamblea de los católicos no es la asamblea del Centro, y la política de éste no comprende al Catolicismo, que tiene otras manifestaciones más amplias y que se concreta en infinidad de instituciones que entre todas abarcan los distintos órdenes en que la actividad humana se desarrolla. Por lo demás, al Centro le separa una notable diferencia de nuestros partidos políticos; no aspira como ellos á ocupar el Poder y á encargarse de la gobernación del Estado; de ahí tal vez su fuerza moral y la independencia y arraigadas convicciones de los que le forman, porque los políticos de oficio no encuentran en sus filas lo que ambicionan.



CAPITULO II

El Kulturkampf prusiano.

I. Primeros chispazos de persecución al Catolicismo.—II. Expulsión de las Órdenes religiosas del Imperio.—III. Qué aprecio merecen las Órdenes religiosas y por quién y por qué se las persigue actualmente.—IV. Persecución al clero secular.—V. Bienes y dotaciones eclesiásticas.—VI. Descristianización de la escuela.—VII. ¿Qué es lo que hoy se persigue con el nombre de clericalismo?

I

Es verdaderamente digno de notarse el empeño tan decidido como pueril que hay entre los enemigos de la verdad en desacreditar las palabras de significación más noble, y hasta en confundir las ideas que estas palabras significan. Nadie manosea más que los enemigos jurados de la doctrina católica las palabras de progreso, civilización, igualdad, etc., y, sin embargo, ¡con cuánta frecuencia se alardea por ellos de progreso para encubrir lamentables retrocesos, y de civilización cuando cometen actos de la más refinada barbarie, y se proclama la libertad y la igualdad y la democracia cuando se ejercen las más inauditas opresiones y las más irritantes desigualdades, y se explota sin compasión al pobre pueblo, engañado y oprimido por los que se llaman sus ami-

disuelta. ¿No era esa *afiliación* tan peregrina *delito* bastante para que una medida de tanto rigor quedase plenamente justificada?

III

La situación por que en la época á que nos referimos atravesaron en Alemania la Compañía de Jesús, especialmente, y, en general, las Órdenes religiosas, era análoga á la que hoy atraviesan en España y en toda la Europa latina. También aquí la prensa sectaria levanta las más groseras calumnias contra las Órdenes religiosas; también se las procura presentar al vulgo como instituciones odiosas, y al pobre pueblo se le engaña haciéndole creer que los jesuitas le arrebatan el pan de sus hijos, cuando el pueblo es el más favorecido con la existencia de las comunidades religiosas, á las que se presenta por comerciantes vulgares (que el vulgo se extiende por todas las clases de la sociedad) como acaparadoras de riquezas y monopolizadoras de industrias; lo cual, además de haberse demostrado que no es cierto, es muy censurado por esos liberalotes que antes decían que fundaban su odio á las corporaciones religiosas en que no trabajaban, y ahora le quieren fundar en que trabajan. Y todo este movimiento es secundado servilmente hasta por hombres á quienes hay que suponer cierta ilustración, y que tomarían como una ofensa el que se les negase su cualidad de católicos. Les basta leer en periódico de tanta imparcialidad como *El Imparcial*, que, más ó me-

nos solapadamente, procura hacer guerra á todo lo que lleva el tinte de católico, que no se trata de perseguir á la Religión, sino al clericalismo, y se quedan tan convencidos como si la palabreja y el gracioso distingo le hubieran leído en las obras de un santo padre; y ¡claro está! ya no tienen inconveniente en secundar esa obra de persecución á la Iglesia, en la que toda calumnia y difamación grosera es considerada como arma legítima contra todo lo que con la misma Iglesia guarde relación.

Pero ¿de dónde parten esas iniciativas? ¿dónde se fraguan esas calumnias groseras? ¿cuál es el cerebro en que se forja ese plan de ataque, á cuya realización contribuyen muchos que no sospechan siquiera que no son más que instrumentos tan serviles como despreciados? Oigamos la contestación dada desde las alturas de la cátedra de San Pedro¹:

«Esas y otras calumnias semejantes tienen su origen y raíz en una voluntad dañada. Y aquí será bien notar que en esta obra, desleal y pernicioso, se deja á todos los enemigos atrás una secta tenebrosa que la sociedad lleva desde hace largos años en su seno, á modo de enfermedad mortal que contamina su salud, su fecundidad y hasta su vida. Personificación permanente de la revolución, la secta á que aludimos constituye una especie de sociedad vuelta del revés, cuyo intento es un predominio oculto sobre la sociedad reconocida, y cuya razón de ser consiste en la guerra á

¹ Ultima Enciclica de Su Santidad León XIII.

Dios y á la Iglesia. No es preciso nombrarla, porque todos se representan por estas señales á la *masonería*, de la cual hablamos de propósito en Nuestra Encíclica *Humanum genus*, de 20 de Abril de 1884, denunciando sus malignas tendencias y sus obras nefastas. Esta secta, que abraza en inmensa red á casi todas las naciones y se da la mano con otras sectas, á las cuales mueve con ocultos hilos, halagando á sus afiliados con las ventajas que les procura, y doblegando á los que mandan, ora con promesas, ora con amenazas, ha llegado á infiltrarse en todas las esferas sociales y á formar cuasi un Estado invisible é irresponsable dentro del Estado legítimo. Llena del espíritu de Satanás, que, como decía el Apóstol, sabe transfigurarse en ángel de luz (II, Cor., XII, 14), se atribuye jactanciosas fines humanitarios, para realizar sus perversos planes. Aunque hace declaraciones y protestas de no tener miras políticas, ejercita ampliamente su acción en el movimiento legislativo y administrativo del Estado; y mientras que profesa aparente respeto á las autoridades constituidas, y aun á la misma religión, cifra sus miras, como en supremo fin (lo afirman sus mismos reglamentos), en la ruina y exterminio del imperio y del sacerdocio, que ella tiene por enemigos de la libertad.

»Cada día se hace más patente que á las sugerencias y á la complicidad de esta secta deben atribuirse en gran parte las continuas vejaciones contra la Iglesia y la recrudescencia de las recientes ofensas. Y á la verdad, la simultaneidad de las embestidas en la persecución que, de repente, ha

estallado en estos últimos tiempos como la tempestad que sobreviene estando el cielo sereno, sin haber causa proporcionada á tales hechos; la identidad en el modo de prepararse los asaltos por medio de la prensa diaria y de reuniones públicas y representaciones teatrales; el usarse en todas partes de las mismas armas, conviene á saber, de la calumnia y de las excitaciones populares, muestran la identidad de los propósitos y de «la palabra de orden» que sale del mismo centro directivo. Episodio que se asocia al plan preestablecido, y que se viene ampliamente realizando para multiplicar los daños ya por Nós enumerados, y, sobre todo, para restringir la enseñanza religiosa hasta excluirla por completo, formando así generaciones de indiferentes y de incrédulos, para impugnar con la prensa la moral de la Iglesia, y, finalmente, para hacer mofa de sus piadosas prácticas y profanar sus sagradas fiestas.

»De su peso se cae que al sacerdote católico, llamado á difundir prácticamente la religión y á dispensar sus misterios, le pongan en la picota con mayor saña, con el fin de amenguar su autoridad y su prestigio ante los ojos del pueblo. Ya la audacia crece de día en día, interpretando siniestramente sus actos, dando por hechos reales las sospechas y lanzando contra él las más vulgares acusaciones; y crece en proporción á la impunidad con que cuenta. De esta suerte se allegan nuevas injurias á las que viene sufriendo de algún tiempo á esta parte con el tributo que tiene que pagar á la milicia, tributo que le impide recibir la oportuna preparación religiosa, y con la expoliación

del patrimonio eclesiástico, constituido libremente por la piedad y generosidad de los fieles.

»Por su parte, las Órdenes y Congregaciones religiosas, que en la práctica de los consejos evangélicos son la gloria no menos de la religión que de la sociedad, se ven convertidas en signo y blanco de vilipendio. Dueño Nos causa recordar cómo, aun recientemente, han sido maltratadas con odiosas y no merecidas disposiciones que ningún alma recta puede menos de reprobar altamente. Y no han valido para salvar á esos beneméritos institutos ni la integridad de la vida, contra la cual no han podido dirigir sus enemigos imputaciones serias y fundadas; ni el derecho de la naturaleza, que consiente la asociación con fines honestos; ni la Constitución ó ley fundamental, que la sanciona; ni el favor de los pueblos reconocidos á los servicios que las Órdenes y Congregaciones prestan con las ciencias, con las artes, con la cultura agrícola y con la caridad, que derrama sus dones sobre la clase numerosa de los pobres. Así, hombres, doncellas, hijas del pueblo que han renunciado espontáneamente á las alegrías de la familia para consagrar al bien del prójimo, en pacíficas Asociaciones, la juventud, los talentos, la actividad, la vida misma, se ven condenadas, como cuerdas de delincuentes, en medio de la libertad que tanto se decanta, al más inicuo ostracismo.»

La prensa periódica ha referido el cómo se organizó la actual persecución contra las Órdenes religiosas. Algunos periódicos dieron cuenta de una junta de la masonería, celebrada en París e

día 8 de Septiembre de 1900, á la que asistieron delegados de los Grandes Orientes de la masonería en distintos países, y en la que se adoptaron importantes acuerdos encaminados á perseguir al Catolicismo, cuyos acuerdos se compendian en el discurso pronunciado en un banquete de la asamblea por el francmasón Mareschaux. He aquí sus palabras:

«El mal viento que ha soplado sobre Francia viene de Roma, y ha pasado por todo el mundo, porque el Vaticano es la silla de una internacional malhechora, de la que sufren todos los países civilizados. Tenéis la prueba de ello en el testimonio dado por los representantes más autorizados de las masonerías europeas. En estas condiciones, si el Gobierno, además de la defensa, que á nada conduce, quiere emplear el ataque, en donde estaría la salvación, aun así la situación se eternizaría indefinidamente, á menos de crear una *acción común internacional*. Sabemos la facilidad con que la Iglesia despliega sus batallones. Los frailes expulsados de Francia irían á Bélgica, á España, ó caerían sobre cualquier otro país hasta que se presentase la hora favorable para ellos de volver entre nosotros en mayor número que antes. Eso no se puede tolerar, y así lo habéis comprendido vosotros. De ahí la necesidad de esta federación de todas las obediencias masónicas. Ese es el ideal de los francmasones, y es menester, con auxilio de los Gobiernos y Repúblicas masónicas, como la actual de Francia, establecidas algún día en toda Europa y en todo el mundo, llegar á perseguir á los religiosos, y en seguida á los mismos católicos

en todos los países, despojándolos de sus bienes, expulsándolos y batiéndolos por doquiera como bestias salvajes.»

En el número correspondiente al 25 de Febrero de 1902 insertaba el periódico *El Universo* la siguiente noticia:

«Acaban de publicarse, pero sólo para los *iniciados*, los actos oficiales del *convento* masónico celebrado en París, como todos los años, en el mes de Septiembre último. Á causa de la dificultad que existe para procurarse ejemplares de dichos documentos, hay que atenerse á las infidelidades de los sectarios, y gracias á ellas ha podido el periódico católico *La Croix* publicar los siguientes acuerdos:

»El *convento* acuerda que el derecho del voto en las elecciones sea retirado á los sacerdotes y *congregacionistas*; y que mientras esto no se logre, que sólo puedan votar en el lugar de su nacimiento.

»Acuerda también el *convento* que se supriman la Embajada cerca del Vaticano y el presupuesto de cultos.

»Acuerda igualmente la supresión de todas las Congregaciones religiosas, así de hombres como de mujeres, y que sus bienes sean confiscados, declarándolos de la nación.

»Como se ve, la masonería no está satisfecha con lo que ha obtenido hasta aquí, pues ya no quiere Congregaciones religiosas, ni aun sometidas á la ley draconiana de Waldeck-Rousseau, sino que quiere que desaparezcan todas; y si aun tolera al clero secular es á condición de privarle

de sus derechos de ciudadano, reduciéndole á una condición todavía más abyecta que la de los *popes* de la Iglesia cismática rusa.»

La persecución y el odio hacia las comunidades religiosas es no más que una fase del odio y la persecución al Catolicismo. «Los Gobiernos que declaran guerra á la Iglesia — dice una Revista de París ¹ — tienen la costumbre de ir graduando su opresión: Principian su obra contra las Congregaciones no reconocidas, por ejemplo, los jesuitas, etc., etc.; pero muy pronto las autorizadas sufren también el asalto de los conspiradores. Cuando se trató por primera vez de suprimir en Italia todas las Órdenes religiosas, el astuto Cavour exclamó: *La supresión de las Hermanas de la Caridad sería el mayor de todos los errores. Miro esta institucion como una de las que honran más la religión y la misma civilización.* Sin embargo, vino después la ley de 7 de Julio de 1886, que barrió lo mismo las Hijas de San Vicente que todos los demás conventos.»

Es incompatible con la profesión de católico el atacar á las Órdenes religiosas, porque el perseguirlas es atacar á una institución esencial á la Iglesia, es ponerse en oposición con las doctrinas de esa misma Iglesia y contrariar abiertamente los propósitos y las palabras del Vicario de Jesucristo en la tierra.

Muchos documentos, además de los citados, podrían alegarse en apoyo de esta afirmación; mu-

¹ *Correspondance hebdomadaire*, Diciembre 1900. Copiado por el Cardenal Sancha en su libro *El Kulturkampf internacional*.

gos!... ¡Qué curiosa resultaría una historia de las grandes opresiones que al grito de la libertad se han cometido en el siglo XIX y la barbarie encubierta bajo el manto de la civilización!

Kulturkampf, que quiere decir lucha por la civilización, se llamó por los enemigos de la Religión Católica en Alemania á la guerra despiadada que contra el Catolicismo se inauguró á raíz de la guerra con Francia, lo mismo que entre nosotros se llama luchar por la libertad y el progreso el restringir todo lo que sea manifestación de Catolicismo, y el impedir la enseñanza y aun la emisión de toda idea que no sea del agrado de esos que han dado en llamarse á sí mismos liberales, y á quienes con gran acierto se ha llamado *libertidas*, es decir, verdugos de la libertad.

Ya hemos visto en el capítulo anterior cuáles eran los propósitos del Canciller de Hierro hacia el Catolicismo, y que la terminación de la guerra con Francia fué el momento elegido para emprender contra él una cruel persecución, una guerra de verdadero exterminio. Tocóle la triste suerte de inaugurar esta campaña á un periódico moderado de Berlín, la *Kreuz-Zeitung*, que en 22 de Junio de 1871 publicó un artículo que, según se supo más tarde, había sido inspirado por el mismo Bismarek, quien había corregido sus pruebas. En este artículo, que produjo gran impresión en el Imperio, se daba la señal de ataque contra la Iglesia Católica y se ponían de manifiesto los propósitos que hacia ella reinaban en las esferas del Gobierno. A aquel artículo, que no fué sino la voz de guerra contra el Catolicismo, siguieron los he-

chos que dieron comienzo á las hostilidades, á las que todo hacía suponer que seguiría una derrota completa del Catolicismo en Alemania; y, si de una institución humana se hubiera tratado, hubiera podido asegurarse que había de quedar muy pronto aniquilada bajo el peso de una legislación de persecución encarnizada que iba á empezar á ponerse en vigor. Así se comprende que en 1875, Dressler, procurador general de la Audiencia de Posen, dijese: «No es necesario ser profeta para afirmar con certidumbre que la hora de Sedán ha sonado para la jerarquía católica en Prusia; de aquí á treinta años, lo más tarde, todas las parroquias católicas quedarán privadas de sus pastores y serán cerradas las iglesias»; y que un alto funcionario protestante dijese á un sacerdote de Silesia: «Si vuestra Iglesia sale victoriosa de esta lucha, yo me haré católico»¹. Si el procurador general fué ó no profeta, lo veremos más tarde. ¡Qué diferentes son los juicios de Dios de los de los hombres, y cómo se ve á cada paso que la Iglesia está sostenida por mano á quien no pueden vencer el empuje de los hombres ni de las naciones más poderosas!

Para consolidar la unidad del imperio alemán bajo la hegemonía de la protestante Prusia, se creía conveniente proclamar el dios Estado, y para ello era preciso aniquilar en el Imperio el Catolicismo y acabar por completo en él con la influencia del Pontificado; que es grande gloria de la Iglesia católica el que siempre que trata de entronizarse el despotismo, lo mismo el de los tiranos afortu-

¹ Kannengieser: *Los católicos alemanes*, cap. I, pár. 3.º

nados, que el de las masas desenfrenadas, la primera preocupación que le asalta y el primer cuidado á que atiende es á perseguirla y tratar de reducirla al silencio proclamándola así inconscientemente como la mayor salvaguardia de la libertad de los pueblos. Una circunstancia se presentaba entonces, de la que los enemigos de la Iglesia Romana trataron de sacar partido: la declaración del dogma de la infalibilidad pontificia, hecha por el Concilio Vaticano, había dado lugar á un cisma, al que ya nos hemos referido, del que un sacerdote católico de Baviera, Döllinger, había sido el principal portaestandarte, y sus partidarios, los llamados viejos católicos, habían contrariado con empeño el dogma de la infalibilidad pontificia y llegado en esto, como sucede con todo cisma, que empieza por la negación de una verdad y termina por la defensa de los mayores absurdos, á exageraciones que les pusieron abiertamente en contra de muchas de las doctrinas de la Iglesia y que del todo les separaron de ella.

Hablando el conde Eduardo Lefebvre de Béhaine ¹ del Congreso celebrado por los viejos católicos en Munich en 1871 ², dice: «El abate Michelis, miembro del Parlamento del Imperio, pronunció un discurso lleno de hiel contra los jesuitas. Los numerosos reformadores anunciaron valientemente su propósito de no perdonar medio de extirpar los vicios y los abusos que eran consecuen-

¹ *León XIII et le Prince de Bismarck*; Paris, 1898, pág. 13.

² En este Congreso se trató una cuestión que no se hace esperar siempre que un cisma se inicia y hay entre sus partidarios sacerdotes: la del matrimonio de los clérigos.

cia de la influencia de Roma, de los Papas, de Pío IX sobre todo, y que habían venido á alterar el espíritu de la primitiva Iglesia. No indicando, por otra parte, bien claramente de qué abusos hablaban, ni cómo concebían la vuelta práctica al espíritu de la primitiva Iglesia, los miembros del comité de la reforma católica, que habían durante mucho tiempo profesado la más completa indiferencia en materia religiosa, causaban cierta sorpresa cuando se les oía hablar de los cánones del Concilio de Trento, como si ellos les prestasen fe, y del dogma de la infalibilidad como si los decretos del Concilio Vaticano hubieran venido á turbar sus conciencias, que estaban tiempo hacía al abrigo de parecidas inquietudes ¹.

Por estas circunstancias, sin duda, pareció la católica Baviera el país más á propósito para inaugurar la lucha contra el Pontificado. Para esto era un buen elemento el príncipe de Hohenlohe, que bajo el reinado de Luis II estaba al frente de sus destinos, y á quien en 1870 un voto de la Cámara bávara separó del Poder por sus procedimientos de hostilidad hacia la Santa Sede, no sin dejar entre los consejeros del rey partidarios de sus tendencias, y á la cabeza de todos al ministro de Cultos Mr. Lutz.

Este ministro, á quien cupo la triste gloria de inaugurar de hecho la persecución contra el Cato-

¹ Lo que sucedió en ese Congreso es sistema invariable de los sectarios: empezar por hablar mal de los jesuitas y tronar después, sin concretarlos, contra los abusos del clero y de la Iglesia como poseídos de celo evangélico, al que no se preocupan de acomodar su conducta privada.

licismo, que ya de palabra y por escrito se había inaugurado, en carta de 17 de Agosto de 1871 amonestó el arzobispo de Munich por una pastoral publicada por este prelado, en la que se hablaba de la infalibilidad pontificia, en cuya carta, después de hacer el ministro consideraciones contrarias á ese dogma y contrarias también á la pretensión del episcopado bávaro de substraerle á la necesidad del *placet regium*, declaraba que el Gobierno del rey rehusaría su concurso á la Iglesia para hacer conocer esa nueva enseñanza y para ejecutar sus prescripciones; que el Estado no se prestaría en materia civil y política á apoyar ninguna de las decisiones que las autoridades religiosas creyeran deber tomar contra los miembros de la Iglesia Católica que no reconocieran el nuevo dogma, y que se tomarían medidas encaminadas á proteger el orden civil contra las usurpaciones de la Iglesia ¹, lo cual claramente significaba el propósito de tomar la defensa de los viejos católicos.

Contra esta intromisión del ministro en asuntos que no eran de su competencia, y contra el abuso de poder que sus actos significaban, los católicos alegaron los derechos que la Constitución y el Concordato les reconocían, y que justificaban plenamente la conducta del arzobispo de Munich, y este mismo prelado dirigió á Mr. Lutz una carta en que rechazaba los cargos que el ministro le hacía y ponía de manifiesto que no era el episcopado el que

¹ Los jacobinos españoles también reclaman estas medidas para proteger lo que con frase más pomposa ha llamado alguno de ellos la majestad del Estado.

faltaba á sus deberes, sino el Gobierno el que violaba la Constitución. Todo era, sin embargo, inútil, porque aquella actitud de hostilidad á la Iglesia en Baviera no era sino el principio de la realización de un plan que afectaba á todo el Imperio; por eso en 8 de Julio del año 1871 se suprimió en Prusia la Sección Católica del ministerio de Cultos, y poco después, en Noviembre del mismo año, los plenipotenciarios de Luis II presentaban la proposición de introducir en el Código penal del imperio esta disposición: «Todo eclesiástico que en el ejercicio de su profesión públicamente ante una multitud, ó en una iglesia ó en cualquiera otro lugar destinado á reuniones religiosas, hiciere de los negocios públicos del Estado una mención cuyas reflexiones sean propias para turbar la paz pública, podrá ser castigado con dos años de prisión »

Esta ley, á que se llamó *Kanzelparagraph*, fué votada por el Reichstag el 28 de Noviembre de 1871 y publicada el 10 de Diciembre siguiente. En ella se proclamaba la infalibilidad del Estado por los mismos que rehusaban reconocer la infalibilidad pontificia, y su objeto no era otro que el poder condenar á los sacerdotes á prisión con el más insignificante pretexto.

Como siempre sucede cuando una persecución religiosa se inicia, las Órdenes religiosas fueron los primeros blancos á los que los dardos de los

sectarios se enderezaron, y tocóle, como le toca siempre, el honor de ser la primer víctima elegida á la Compañía de Jesús, que en todas ocasiones y en todos los países tiene la gloria de merecer el primer puesto en estas luchas, como la vanguardia á quien el enemigo se preocupa en derrotar en primer término, para poder con más desembarazo acometer al cuerpo de la Iglesia. Los jesuitas habían fundado en Alemania centros de enseñanza y casas de estudios, que se han hecho famosos en todo el mundo y que produjeron una pléyade admirable de verdaderos sabios y de apóstoles que han extendido por todas partes sus obras y su ciencia. La fundación de María Laach¹ era, sobre todas, notable por la sabiduría que en ella se encerraba; pero nada de esto importaba á los amigos del racionalismo, que, á pesar de llamarse amigos de la ciencia y del progreso, son enemigos encarnizados de ese progreso cuando no se funda en la apostasía de Dios. Las logias trabajaban con empeño por que de Alemania desapareciesen las Órdenes religiosas, y especialmente la Compañía de Jesús, y para ello no cesaban de agitar en contra de ellas la opinión.

En 1869 la Asamblea general del Protestantenverein pidió en Wartburgo, por iniciativa de Bluntschli, que era el jefe de la masonería alemana, la expulsión de los jesuitas, y en 1871 renovó la misma petición. Las logias procuraban promover

¹ María Laach era una antigua abadía benedictina próxima á Andernach, abandonada hacia tiempo, y en ella estableció la Compañía de Jesús una escuela de apologistas y un centro de estudios, que fué un verdadero plantel de sabios.

en todo el país peticiones análogas dirigidas al Reichstag, y los órganos masónicos en la prensa calumniaban y trataban de desacreditar á la Compañía de Jesús. Los católicos intentaron contrarrestar estos trabajos de la masonería, y elevaron también peticiones en favor de los jesuitas, llegando á reunir veinte veces mayor número de firmas que los que pedían su expulsión.

Al fin, en el mes de Mayo de 1872 se planteó en el Reichstag la cuestión de la expulsión de los jesuitas; allí se dijeron contra ellos muchas enormidades y tonterías, que suelen repetirse siempre por sus enemigos, y se hicieron en vano esfuerzos oratorios por parte de los católicos, y el 16 del mismo mes la mayoría tomó el acuerdo de invitar al Gobierno á que presentara un proyecto de ley en que se plantease la cuestión de la existencia en Alemania de la Compañía de Jesús y de las demás Órdenes religiosas, proyecto que todos sabían que el Ministro tenía preparado de antemano, y que se presentó quince días después en estos términos:

«§ 1.º La policía puede prohibir la residencia en cualquier punto del territorio federal á los miembros de la Compañía de Jesús y de las Congregaciones afiliadas, aun cuando sean alemanas.

»§ 2.º El Consejo federal publicará las disposiciones necesarias á la ejecución de la presente ley»¹.

La primera lectura de este proyecto suscitó gran discusión; y, no sólo los católicos le combatieron,

¹ Kannengieser: *El despertar de un pueblo*, cap. IV, A, párrafo 9.º

sino que á su lado estuvieron los socialistas, por creerle atentatorio á la libertad, mientras que muchos liberales le encontraban aún poco severo.

Al fin, la mayoría, después de empeñada discusión, votó el texto siguiente, que en 4 de Julio se publicó como ley del imperio:

«§ 1.º La Compañía de Jesús y las Congregaciones similares quedan excluidas del territorio del Imperio.

«§ 2.º No podrán fundar ningún nuevo establecimiento, y sus casas actuales deberán ser disueltas en un plazo que fijará el Consejo federal, plazo que no podrá exceder de seis meses.

«§ 3.º Los miembros de la Compañía de Jesús y de las Congregaciones similares podrán ser expulsados si son extranjeros; y si son alemanes, la policía podrá prohibirles ó fijarles la residencia en un punto determinado»¹.

En virtud de esta ley fueron expulsados de Alemania, no sólo los jesuitas, sino las Congregaciones á quienes al Gobierno le pareció bien considerar para este efecto como afiliadas á ellos, como fueron los redentoristas, lazaristas, los padres del Espíritu Santo y la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús. No tardaron mucho tiempo en seguir la misma suerte las demás órdenes de dominicos, capuchinos, franciscanos, etc., y ni aun se dejó en paz á las comunidades de mujeres.

En 31 de Mayo de 1875 se suprimieron en Prusia

¹ El texto de esta ley, como el de la mayor parte de las de Kulturkampf, puede verse en la obra del Conde Edouard Le-fevre de Béhaine, antes citada.

todas las Órdenes religiosas que no tuviesen por objeto exclusivo la asistencia de los enfermos; y aun á éstas se las colocaba bajo la vigilancia permanente de la policía, y podían ser suprimidas por orden real; y pocos días después de publicada esta ley, el 12 de Julio, por un decreto ministerial se prohibió á todas las Órdenes religiosas la enseñanza pública, y se suprimieron también las cofradías de la Virgen establecidas en las parroquias.

Para llevar á cabo algunos de estos atentados contra la libertad, se apeló al procedimiento á que tanta afición tienen los sectarios que alardean de liberales: á tomar la libertad por pretexto. Así, por ejemplo, la policía hizo una visita al convento de religiosas carmelitas, de Posen, é interrogó á cada religiosa acerca de si se la retenía por la fuerza en el claustro. ¡Qué bonito pretexto de tronar contra la tiranía y disolver la comunidad, si alguna religiosa hubiera contestado afirmativamente á esta pregunta!... Pero el procedimiento no dió resultado, porque las religiosas confirmaron con sus respuestas que allí las retenía su vocación; una segunda visita no surtió mejores efectos que la primera; pero no por eso faltó pretexto á los que tan cuidadosos se mostraban de que no se ejerciese fuerza sobre aquellas religiosas para disolver la comunidad *á la fuerza*; porque, vista la cuestión despacio, ¿qué duda cabía que *las religiosas carmelitas pertenecían á una orden afiliada á los jesuitas*? Esa filiación podría ser, para algún espíritu *escrupuloso*, más ó menos exacta; pero para la policía era bastante pretexto, y la comunidad fué

chos hechos referirse que la comprueban plenamente; pero he aquí un párrafo entresacado de la hermosa carta que Su Santidad León XIII dirigió el 23 de Diciembre de 1900 á Su Emma. el Cardinal Arzobispo de París:

«Las Órdenes religiosas traen, todos lo saben, su origen y su razón de ser de los sublimes consejos evangélicos que nuestro divino Redentor dió, para todo el curso de los siglos, á quienes quieran conquistar la perfección cristiana: almas fuertes y generosas que, por la plegaria y la contemplación, por santas austeridades, por la práctica de ciertas reglas, se esfuerzan en subir á las más altas cimas de la vida espiritual. Nacidas bajo la acción de la Iglesia, cuya autoridad sanciona su gobierno y su disciplina, *las Órdenes religiosas forman una porción escogida del rebaño de Jesucristo.* Ellas son, según palabras de San Cipriano, *el honor y la gala de la gracia espiritual*, al mismo tiempo que atestiguan la santa fecundidad de la Iglesia.»

Y en la carta que en 29 de Junio de 1901 dirigió Su Santidad á los Superiores generales de las Órdenes é Institutos religiosos, decía: «La gravedad de las ofensas que en algunas naciones se han inferido recientemente á las Órdenes é Institutos dirigidos por vosotros, Nos produce sumo dolor. La Santa Iglesia lamenta tales ofensas, porque *sobre versé vulnerada vivamente en sus derechos, experimenta gran detrimento en su propia acción, la cual se desenvuelve mediante el concurso armónico de entrambos cleros, el secular y el regular; porque, la verdad, el que toca á los sacerdotes ó*

á los religiosos, *ese hiere la pupila de los ojos de esta Santa Madre*.....

» Nós, acordándonos de Nuestros sacrosantos deberes y siguiendo el ejemplo de Nuestros ilustres predecesores, reprobamos altamente semejantes leyes¹, contrarias al derecho natural y evangélico y á la constante tradición que hay para asociarse libremente en un género de vida, no sólo honesto en sí mismo, sino santo; leyes contrarias igualmente al derecho absoluto que tiene la Iglesia de fundar Institutos religiosos exclusivamente dependientes de ella, los cuales la ayudan en el cumplimiento de su misión divina, produciendo grandes bienes en el orden religioso y civil. . . .

» No hay quien ignore que una parte escogida de la Ciudad de Dios son los religiosos de uno y otro sexo, puesto que ellos son los que más especialmente representan en sí mismos el espíritu y la mortificación de Jesucristo; ellos son los que, con la observancia de los consejos evangélicos, tienden á llevar las virtudes cristianas hasta la cumbre de la perfección; ellos los que de innumerables modos ayudan eficazmente á la Santa Iglesia. . . . Puede decirse con toda verdad de vosotros: *Bienaventurados sois*, ya que no por otra causa sois odiados y perseguidos, sino por el género de vida que en obsequio de Jesucristo libremente habéis elegido. Si hubiérais seguido los consejos é inclinaciones del mundo, no os daría él ningún disgusto, sino antes os colmaría de favores.

¹ Se refiere á las promulgadas en Francia contra las Órdenes religiosas.

de Marzo, el obispo de Tréveris, Mons. Eberhardt, fué desterrado, y murió más tarde en una prisión á consecuencia de malos tratamientos; en 31 de Marzo, el arzobispo de Colonia, Mons. Melchers¹, era también encarcelado y desterrado más tarde; el obispo auxiliar de Posen era reducido á prisión en 27 de Julio por el delito de haber administrado el Sacramento de la Confirmación; pocos días después corría la misma suerte el obispo de Paderborn, y el 18 de Marzo de 1874 sucedía lo mismo al de Münster; el 19 de Octubre, al de Guesen, Mons. Cybichowski, que fué condenado á nueve meses de prisión, por haber consagrado los Santos Oleos, y el príncipe-obispo de Breslau y el obispo de Limburgo fueron depuestos de sus cargos por el Gobierno. Solamente tres ó cuatro obis-

¹ He aquí lo que acerca de este Prelado dice Kannengieser: "Mons. Melchers vive aún; León XIII le ha nombrado Cardenal. Ha sido uno de los primeros mártires del Kulturkampf; el día 31 de Marzo de 1874 fué arrestado en su palacio arzobispal de Colonia, y encerrado en un calabozo. Sometiósele á un tratamiento infame, confundiéndosele con ladrones y asesinos, y en el registro de la prisión inscribiósele de esta manera: "Pablo Melchers, Strobflechter (trenzador de paja)." Con semejante ignominia trataba el Gobierno á un príncipe de la Iglesia, primado de Alemania. Mons. Melchers pasó seis meses en la cárcel, mas apenas hubo salido le amenazaron nuevas desgracias; en 1875 emprendió el camino del destierro, y desde entonces no ha puesto el pie en Alemania. Bismarck ha sido inflexible con él, y cuando se firmaron los preliminares de la paz religiosa, exigió la dimisión del arzobispo de Colonia; la Santa Sede tuvo que pasar por estas horcas caudinas, y rogó á Mons. Melchers que desistiera, concediéndole, en cambio, el capelo."

En 14 de Diciembre de 1895 falleció en Roma, sin haber vuelto á Alemania. A petición del cabildo de Colonia, el emperador dió permiso para que se trasladasen los restos mortales del cardenal á aquella catedral, donde fueron enterrados.

pos quedaban, á quienes, en consideración á su mucha edad ó enfermedades, no se les había apisionado ó enviado al destierro, y á esos se les arrebataron todos los bienes, dejándoles reducidos á la más completa miseria.

No hay para qué decir que, cuando así se trataba á los obispos, no se dejaría en paz á los sacerdotes, á quienes se sometía á idénticos tratamientos; á unos se les desterraba, á otros se les reducía á prisión, á otros se les sitiaba por hambre, y á todos se les perseguía. ¡Y todo esto, á veces, por haber celebrado el santo sacrificio de la Misa, ó por haber administrado los Sacramentos á un enfermo, ó por haber rehusado la absolución á un penitente!....

La *Gaceta de Francfort*, periódico nada sospechoso de simpatizar con los católicos, hace constar que solamente en los cuatro primeros meses del año 1875 las condenas de prisión y de multa por motivos religiosos fueron en número extraordinario: 241 eclesiásticos, 136 periodistas sacerdotes y seglares y 210 simples particulares fueron objeto de estas condenas. Durante el mismo tiempo la policia había llevado á cabo 30 embargos de periódicos, 65 arrestos, 74 visitas domiciliarias de investigación, 130 relegaciones y disuelto 55 reuniones públicas ó asociaciones. Solamente el arzobispo de Posen fué condenado en algunos meses en 30.000 thalers (112.500 francos), y es incalculable el número de años de prisión que se acumularon sobre su cabeza durante el Kulturkampf.

En el período de ocho años, de 1873 á 1881, de 8.439 eclesiásticos que había en funciones en

Prusia, se arrebató al servicio parroquial 1.170 sacerdotes, se privó á 601 parroquias con 647.000 almas de toda asistencia religiosa, mientras que otras 584, con 1.502.000 almas, estaban privadas de ella parcialmente. Sólo en la diócesis de Maguncia estaban vacantes 112 curatos, 79 en la de Paderborn, 100 en la de Colonia y mayor número aún en la de Trives ¹.

Esta persecución violenta no quedó reducida á las personas eclesiásticas ni á las doctrinas católicas, sino que, como siempre sucede en casos análogos, se extendió también á los bienes de la Iglesia; porque los jacobinos alemanes, como los de todos los países, se distinguen por tener tanto odio hacia la Iglesia como afición á sus riquezas, que siempre les parecen inmensas en poder de la Iglesia y pocas cuando se las han arrebatado.

Como indemnización de los cuantiosos bienes de que el Estado había anteriormente despojado á la Iglesia, se comprometió aquél á pagar un canon á los obispados y parroquias por él expoliadas; y, aunque este canon estaba muy lejos de ser una compensación justa, preciso es reconocer que el

¹ *Études religieuses, philosophiques, historiques et littéraires*. Número correspondiente á Junio de 1901.

Le Chemin de Canossa, artículo publicado por Mr. René Lavollée en *La Correspondant* de 25 de Noviembre de 1902, pág. 581.

clero católico en Prusia estaba atendido con más esplendidez que lo está en España, y que el Estado cumplía en todo con formalidad el compromiso que había contraído; y este estado de cosas cesó con el Kulturkampf. En 25 de Abril de 1875 se publicó una ley, que se conoce con el nombre de *Sperrgesetz*, y á la que se llamó también *Brotkorbgesetz*, que significa ley del canasto de pan, por la que se suspendió el pago de todo lo que el Gobierno abonaba á las diócesis y á los institutos y personas eclesiásticas de las mismas, así como todo pago de fondos eclesiásticos que el Estado administrase de una manera permanente. Pero esta ley estaba redactada con una refinada maldad, porque, al lado de ese precepto terminante, por el que se condenaba al hambre y la miseria al clero católico, que, fiel á las enseñanzas de la Iglesia y esclavo de sus sagrados deberes, resistía á las leyes inicuas del Gobierno alemán, contenía otros preceptos encaminados á hacer vacilar y hasta caer en las redes tendidas por los enemigos del Catolicismo á los que hubieran dudado entre faltar á sus deberes ó el hambre á que se les condenaba, y, lo que era aún más diabólico, había disposiciones cuyo marcado propósito era enemistar al clero con sus propios prelados; promover el cisma, haciendo aparecer ante los ojos de los pobres sacerdotes faltos de los medios de subsistencia al obispo de su diócesis como culpable de su situación precaria, si ese obispo, atento á la voz de su conciencia, resistía á las imposiciones de sus perseguidores. Con este propósito se disponía en esa ley que las dotaciones eclesiásticas serian res-

tablecidas en el momento en que el obispo ó administrador diocesano se comprometiesen por escrito á observar las leyes del Estado, y que el Gobierno quedaba autorizado para restablecer su dotación á los sacerdotes que con sus actos manifestasen la intención de obedecer esas mismas leyes.

Pero aún se iba más allá; se trataba de dar motivos al clero para achacar su situación precaria al mismo Romano Pontífice; y como el Gobierno por sí había depuesto á los obispos de la diócesis de Posen-Guesen y Paderborn, y pretendía que Su Santidad nombrase nuevos obispos á gusto del mismo Gobierno (y es de suponer de qué calaña los querría), se decía en la ley que en ambas diócesis se restablecerían las dotaciones eclesiásticas tan pronto como se nombrasen para ellas nuevos obispos *de acuerdo* con el Gobierno. De ese modo se quería hacer ver al clero de las dos diócesis que era culpa de Su Santidad el que sus dotaciones estuviesen suprimidas; bastaba un acto al parecer tan sencillo como ponerse de acuerdo con el Gobierno para el nombramiento de dos obispos. Y como aún podía darse el caso de que, á pesar de que en una diócesis hubiese un obispo *sumiso* á las disposiciones emanadas de los poderes públicos, hubiese también en esa misma diócesis clero que las contrariase, se procuró establecer medios en la ley para hacer purgar su atrevimiento á ese clero rebelde; y por eso se disponía que, si en una diócesis en que las dotaciones eclesiásticas hubieran sido restablecidas, se rehusase por algunos sacerdotes someterse á las leyes del Estado, á pe-

sar de las medidas tomadas por el obispo, el Gobierno quedaba autorizado para suprimir de nuevo toda dotación á los recalcitrantes.

Todo estaba, pues, previsto; á los que resistiesen, se les sitiaba por hambre; á los flojos, se les ponía á la vista el cebo para hacerles caer en las redes hábilmente tendidas por los enemigos de la Iglesia; á los que no tenían valor ó virtud bastante para resistir, se les premiaba su apostasía, y á todos se les quería arrastrar hacia el cisma y presentarles á los obispos que fuesen fieles á su ministerio, y aun al Papa mismo, como culpables de su situación triste y desesperada.

Estas leyes inicuas no quedaron insertas en los documentos oficiales como letra muerta; antes por el contrario, se aplicaron desde luego, procurando hacerlas más duras en la práctica, y en su ejecución se apelaba unas veces á la estudiada blandura, otras al rigor excesivo, siempre con el propósito de reducir á los fuertes ó de empujar á los débiles hasta hacerles caer en el lazo que se les había tendido.

En el capítulo anterior hemos visto cómo estaba organizada la escuela popular en Prusia desde la época del rey Federico II; cómo la base de su organización era la confesionalidad, la importancia que en ella se daba á la enseñanza religiosa y la directa intervención que en esa enseñanza y en la

»Atentar contra las Órdenes religiosas — dicen, abundando en este mismo pensamiento, en su instrucción pastoral los prelados españoles reunidos en Santiago de Compostela con motivo del reciente Congreso Católico — es atentar contra el Evangelio, y maldecirlas equivale á maldecir al Sumo legislador de ellas, que es el mismo Señor Jesucristo. Por lo cual todo cristiano debe amarlas si quiere ser fiel á la ley de salvación, como prácticamente demuestran los pueblos que las aman; y precisamente por este espontáneo amor que los mismos las profesan quieren los sectarios destruirlas, valiéndose para ello unas veces de las turbulencias populares y otras de la persecución legal.»

Pero aun cuando ninguna de las razones dichas existiesen para que las Órdenes religiosas fueran objeto, no ya de respeto, sino de cariño para todo católico, bastaría no estar ciego y ver lo que ellas hacen en bien de la humanidad. ¡Cuántas miserias aliviadas, cuántos consuelos para el afligido, cuánta ignorancia disipada por los religiosos!

En una hoja recientemente publicada se daban á conocer datos tomados de una estadística, también reciente, de los que resulta que solamente en la diócesis de Madrid los religiosos de uno y otro sexo — que están en una insignificante proporción con relación á la población total — enseñan gratuitamente á 15.350 niños pobres, asisten á 5.670 enfermos, cuidan de 430 presas, educan á 2.550 niños asilados y atienden á las necesidades de 3.200 adultos, asilados también.

«¿A dónde irán los pobres ancianos — dice la hoja

citada —¹ el día que falten las admirables hermanitas de los pobres? ¿Quién los recogerá? ¿Quién cuidará á los enfermos sin familia y á los niños que no tienen madre, cuando el odio sectario haya desterrado á las hijas de la caridad? ¿Quién irá á la cabecera de los enfermos el día que falten las siervas de María y las hermanas de la Providencia?»

Procura la impiedad, para mejor lograr sus propósitos, hacer creer al clero secular, aunque en vano, que esa persecución para las Órdenes religiosas es para él simpatía y apoyo, y á este propósito dice el Sumo Pontífice en la carta últimamente citada: «En cuanto á presentar al episcopado y al clero como dispuestos á acoger favorablemente el ostracismo de las Congregaciones religiosas, es una injuria que los obispos y sacerdotes no pueden dejar de rechazar con toda la energía de su alma sacerdotal.»

«Se dice — añade la revista antes citada² — que los curas párrocos y los coadjutores no deben confundirse con los frailes; y se habla también de dispensar á los sacerdotes de las parroquias rurales algunos favores, como el de la inamovilidad; pero en sus conciliábulos, los caballeros de *escuadra* tienen un lenguaje muy distinto. Merced á confianzas que se nos han hecho, podemos anunciar que en estos momentos M. Waldeck-Rousseau ha ordenado que por el Consejo se preparase un reglamento de administración pública, con la mira

¹ Iba encabezada así: «Al pueblo de Madrid.»

² *Correspondance hebdomadaire.*

de determinar las relaciones de los obispos y de los sacerdotes adscritos á las parroquias con el Poder civil. Eso equivaldría á promulgar disimuladamente una nueva constitución civil del clero. Al propio tiempo entraría en los propósitos del Gobierno separar los obispos de Roma y batir en brecha la autoridad episcopal, la cual sería reemplazada por el magisterio del prefecto. El fin de Waldeck-Rousseau sería, en una palabra, transformar en popes rusos los eclesiásticos franceses, porque así se logra la esclavitud de las almas. Por eso se pretende destruir la Iglesia, que es la ciudadela de la libertad.»

Prueba bien palmaria de que la persecución que en Francia parecía haberse emprendido tan sólo contra las Órdenes religiosas sigue la marcha de todas las persecuciones contra el Catolicismo, es que al principio, pretextando motivos políticos, se abrió esa persecución contra una orden determinada y poco á poco se ha ampliado hasta comprender en ella á todas las demás Órdenes, á la enseñanza y á las escuelas católicas, á los funcionarios del Estado que siendo católicos cometen el enorme delito de enviar á sus hijos á una escuela católica, ó de hacer alguna manifestación pública de Catolicismo, y recientemente el Gobierno, presidido por M. Combes, por un sacerdote apóstata que heredó exagerándolos los odios satánicos de Waldeck-Rousseau, hacia todo lo que lleva el sello de Catolicismo, ha suprimido las asignaciones de muchos beneméritos preladados por que públicamente han manifestado no estar conformes con los procedimientos canallesecos de un

Gobierno sectario que parece que ocupa el poder, no para gobernar á Francia por los procedimientos con que se gobierna á una gran nación, sino para hacer odioso el nombre francés, y para emplear todos los medios de Gobierno en atropellar y perseguir bárbaramente á pobres religiosas é indefensos sacerdotes, en arrojar de los asilos en que la caridad los albergaba á enfermos y ancianos indigentes, en dejar á innumerables jóvenes sin la instrucción que en las casas religiosas se les prodigaba y en arrojar del territorio de la República á muchos franceses honrados tan sólo por serlo y que son recibidos con agasajo hasta en naciones protestantes. ¡Y todavía hay en España periódicos que por espíritu sectario mal disimulado, presentan al desdichado Combes ante el público ignorante como un gobernante modelo y hasta políticos que aspiran á ceñir la misma *corona de gloria* trabajada con tamañas infamias y tan en vilipendio de la libertad que á todos los vientos se pregona!

IV

La guerra que contra el Catolicismo se había emprendido en Alemania era de exterminio, y se hacía preciso continuarla hasta dar cuenta de él; por eso, á pesar de que los golpes que se habían asestado á los católicos eran rudos y certeros, no quedaba con ellos satisfecho el odio sectario. En 15 de Mayo de 1873 se publicaron cuatro leyes inspi-

radas en ese espíritu de franca hostilidad al Catolicismo.

La primera, de 11 de Mayo, disponía que nadie pudiese ser nombrado para ocupar un puesto eclesiástico en el imperio si no era de nacionalidad alemana y no hubiera seguido durante tres años los cursos de una universidad, también alemana, hecho sus estudios teológicos en un seminario colocado bajo la vigilancia del Estado y sufrido con éxito un examen de literatura y de filosofía ante un jurado especial nombrado por el mismo Estado. El obispo, según esta ley, estaba obligado á poner en conocimiento del presidente de la provincia qué personas se proponía nombrar, y éste tenía derecho al veto, no solamente en el caso de que los candidatos careciesen de condiciones legales, sino en el de que su conducta diera lugar á creer que contravendrían á las leyes del Estado ó á las órdenes emanadas de sus autoridades, ó que turbarían la paz pública; lo cual era tanto como poner en manos de Bismarck y de sus agentes el nombramiento de los que habían de ocupar los puestos eclesiásticos.

La segunda ley — de 12 de Mayo — instituía un tribunal en Berlín, nombrado por el Rey de Prusia, encargado de entender en los asuntos eclesiásticos y compuesto de 11 miembros, de los que 6 por lo menos habían de ser elegidos entre los magistrados retribuidos por el Estado, y á este tribunal estaba encomendado el resolver en última instancia todos los recursos formulados por el Estado ó por los particulares contra las decisiones de las autoridades eclesiásticas.

La tercera ley — de 13 de Mayo — suprimía indirectamente toda disciplina eclesiástica, prohibía la excomunión mayor, el hacer pública cualquier pena eclesiástica, y el que los obispos pronunciasen condenación alguna por el cumplimiento de una disposición emanada del Estado.

La última de estas cuatro leyes — la de 14 de Mayo — permitía salir del gremio de la Iglesia Católica por simple declaración ante un juez de paz, y librarse así de toda prestación debida á la parroquia.

Todas estas disposiciones tenían en las mismas leyes su sanción. Las penas que á sus infractores se aplicaban comprendían la multa de 100 á 1.000 *thalers*, la prisión de seis meses á dos años, la suspensión de funciones y la incapacidad para el desempeño de cargos públicos de uno á cinco años.

El 2 de Mayo de 1873, antes que estas leyes fuesen promulgadas, los obispos católicos de Prusia publicaron contra ellas una valiente protesta, suscrita en Fulda, dirigida al clero y á los fieles, en la que trazaban á unos y á otros la conducta que debían seguir ante la persecución que contra el Catolicismo se había inaugurado. Ante la gran resonancia que tuvo este notable documento, el mismo emperador Guillermo tomó la iniciativa para que se publicase una contraprotesta con el propósito de que fuera firmada por todos los católicos favorables á los proyectos del Gobierno; y es sabido que el mismo emperador redactó este documento, que llevó la fecha de 14 de Junio de 1873 y al que se llamó representación de los católicos de Estado. En él se censuraba la conducta de los

006721

obispos católicos, y, en nombre del patriotismo alemán, se reconocía la omnipotencia del Estado y se declaraba que á éste correspondía fijar los límites en las relaciones entre la potestad espiritual y la temporal.

Lo difícil era encontrar esos llamados católicos de Estado, que eran algo así como católicos falsificados, que autorizasen con su firma ese documento. No faltó, sin embargo, alguno que se prestase á ello, y para reunir firmas se apeló al procedimiento de presentar esa contraprotesta á todos los funcionarios católicos del Estado, proporcionándoles así ocasión para congraciarse con los que podían premiarles la traición que hiciesen á sus convicciones católicas, ó para labrarse su propia desgracia si preferían cumplir con su conciencia á procurar su bienestar material, y de aquí nacieron para los funcionarios que se decidían á ser fieles á sus creencias toda clase de vejámenes, de destituciones, de multas y aun de condenas, hasta que la prensa católica hizo público el origen y procedencia del documento y los medios que se empleaban para reunir firmantes; y ante el temor del ridículo, el documento se relegó al olvido ¹.

En 4 de Mayo de 1874 se dictó otra ley más odiosa, por la que se sometía á los obispos y al

¹ *La Persecución actual de la Religión Católica en Prusia*, obra escrita por Mons. Janiczewski, obispo auxiliar de las diócesis de Posen y Guesen, una de las víctimas del Kulturkampf, y traducida al francés en 1879, con un prólogo de L. Lescœur, sacerdote del Oratorio, quien con el título de *Mr. de Bismarck et la persécution de l'Eglise en Allemagne*, escribió unos artículos en *Le Correspondant* en 25 de Noviembre y 10 de Diciembre de 1878 y 10 de Enero de 1879, acerca de esta misma obra.

clero al capricho de los políticos. En esta ley se prohibía el ejercicio de las funciones eclesiásticas, y se daba á la policía derecho á imponer ó prohibir la permanencia en distritos ó localidades determinadas, y hasta á expulsar del Imperio á todo eclesiástico que, depuesto por sentencia judicial, persistiese en su sagrado ministerio; y en virtud de ese derecho, la policía, sin necesidad de proceso ni de sentencia alguna, podía encerrar en una prisión, por tiempo indeterminado, al eclesiástico á quien juzgase merecedor de las penas que esta ley imponía. Así ocurrió, por ejemplo, con el obispo de Paderborn, que fué, en virtud de esta ley, recluso en la fortaleza de Wesel.

En 20 de Mayo de 1871 se sancionó otra ley sobre la administración de las diócesis vacantes, según la cual, los que se encontraban al frente de ellas debían justificar que cumplirían las obligaciones impuestas por las leyes de Mayo y prestar juramento de ser fieles y obedientes á la ley, así como de observar las leyes del Estado. Preveía esta ley el caso de que una diócesis quedase vacante como consecuencia de una condenación judicial, y para este caso disponía que el cabildo procediese en seguida á la designación de un vicario capitular; y si no lo hacía, los canónigos perderían sus emolumentos, y el ministro de Cultos nombraría un comisario para administrar la diócesis.

Por otra ley de 21 de Mayo de 1874 se agravó la de 11 de igual mes del año anterior, aplicando las penalidades que ésta contenía á cualquiera que confriese ó ejerciese un empleo eclesiástico, como

titular ó como suplente, sin haber probado que en su provisión ó desempeño se había conformado con las prescripciones legales.

En 25 de Abril de 1875 se confiscaron las dotaciones eclesiásticas, y la ley de 4 de Julio del mismo año permitió expoliar á los católicos en provecho de los viejos católicos, ordenando que donde éstos fueran un número importante, tendrían el derecho de partir con los católicos el uso de las iglesias, las subvenciones, las rentas eclesiásticas, etc.; siendo al presidente de la provincia á quien correspondía decidir, con poderes discretionales, si en una localidad formaban ó no los viejos católicos un número importante; lo cual equivalía á dejar á la arbitrariedad de estos funcionarios el despojar ó no á los católicos en beneficio de los viejos católicos.

En otra ley de 20 de Junio de 1875, sobre la administración de los bienes de la Iglesia, se privaba á los párrocos de la gestión de los mismos, medida que resultaba tanto más opresora é injusta para los católicos, cuanto que el emperador, en su calidad de Jefe de la Iglesia protestante, había dictado en 1873 reglamentos análogos para el clero también protestante, pero con la diferencia de que para ello había de antemano consultado á las partes interesadas y obrado con su beneplácito, mientras que nada de esto se hizo con los católicos, y que, para ser elector de las personas que habían de administrar los bienes de las iglesias, se exigía entre los protestantes la edad de veinticuatro años, y se mandaba eliminar de la lista de electores á todos los que, por llevar una vida desarre-

glada ó por rehusar cumplir con los deberes de la Religión, hubieran sido motivo de escándalo, mientras que entre los católicos, para ser elector, bastaba tener veintiún años, y ese derecho no se perdía por escandaloso. ¡Precisamente lo que se buscaba era que los jóvenes más inexpertos y de vida más licenciosa tomaran parte en la elección, para que ésta fuese más desacertada!

Dado el encono que hacia el Catolicismo reinaba en las esferas oficiales, no hay para qué decir que todas estas leyes iban acompañadas de disposiciones gubernativas, y seguidas de actos que hacían humanamente imposible la vida del Catolicismo en Alemania.

El pueblo católico alemán no vaciló un momento en oponer á estas leyes una enérgica resistencia, y, á pesar de las disposiciones del Gobierno, seguía en todas partes considerando á los sacerdotes depuestos de sus cargos como sus verdaderos pastores, y dejaba á los nombrados para sustituirles en el mayor aislamiento. Es consolador el decir que entre miles de sacerdotes, próximamente una docena fueron los que prestaron su conformidad con estas leyes tiránicas; los demás, con sus obispos á la cabeza, lucharon con valor y resistieron con verdadero heroísmo aquella persecución terrible. De aquí nació, ó por mejor decir, se tomó pretexto para mandar cerrar los seminarios y el que multitud de obispos y sacerdotes fueran condenados á la prisión ó al destierro.

El 3 de Febrero de 1873, el cardenal Ledochowski fué aprisionado, y en más de dos años no salió de la cárcel, desde la que marchó al destierro; el 7

escuela toda ejercía el clero, lo mismo el católico que el protestante en la de sus respectivas confesiones. Llegada la época del Kulturkampf, no podía escapar la escuela católica, dada su organización, de ser objeto de los embates de los perseguidores del Catolicismo, y así sucedió en efecto.

Los liberales querían disimular el verdadero propósito que hacía la escuela católica les animaba, procurando hacer creer que su intención no era otra que encomendar al Estado la vigilancia de la escuela, porque comprendían que si lograban alejar de ella al clero, sus propósitos estaban cumplidos. En el discurso del Trono de 28 de Noviembre de 1872, el emperador anunció que sería sometida á la Cámara una ley relativa á la vigilancia de la escuela, y poco después el proyecto de ley se presentaba, en efecto, concebido en estos términos:

«Artículo 1.º Pertenece al Estado la vigilancia de todos los establecimientos de instrucción y de educación públicos y privados. Por consiguiente, todas las autoridades y todos los funcionarios encargados de esta vigilancia obran en nombre del Estado.

Art. 2.º El nombramiento de todos los inspectores locales y de distrito, así como la delimitación de sus jurisdicciones, pertenece exclusivamente al Estado. Las funciones que el Estado confie á los inspectores de las escuelas primarias, mientras constituyan un cargo accesorio ú honorífico, son revocables á voluntad.»

Se quiso hacer, sin embargo, creer que el ministro no pensaba prescindir de los servicios del

clero, á quien seguiría respetando en sus funciones, y se hizo ver á los protestantes que su clero continuaría desempeñando en la escuela el mismo papel que hasta entonces, y que la ley en proyecto sólo afectaría á la escuela y al clero católico; de ahí que, salvo pocos protestantes que se hicieron cargo del espíritu de la ley y de los peligros que encerraba y que votaron con el Centro, los demás votaron la ley.

La discusión en la Cámara fué empeñadísima, y los oradores del Centro combatieron el proyecto con toda energía, distinguiéndose, sobre todo, Malinckrodt, Reichenperger y Windthorst; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y la ley se aprobó por mayoría.

El episcopado, el clero y el pueblo católico protestaron en el acto y en todos los tonos, aunque inútilmente, contra esta inicua ley, y el ministro Falk, sin duda para acallar estas quejas y para encubrir algo el alcance de su propósito, confirmó en un principio en sus funciones á todos los inspectores, que, como se ha visto en el capítulo anterior, eran eclesiásticos para las escuelas católicas; pero ordenando que se le diese inmediata cuenta de quiénes eran entre esos inspectores los que no poseían la confianza del Gobierno; y como el clero católico no podía aprobar las medidas de aquel Gobierno, ni por consiguiente tener su confianza, de aquí que poco á poco se le fuera eliminando de esas funciones de inspección, y se fueran introduciendo inspectores y maestros completamente hostiles al Catolicismo, á pesar de las reiteradas protestas de los padres católicos.

que se entiende por *clericalismo* entre la familia del *triángulo* 1.»

Y prueba de que ésta es la consigna dada por las logias para engañar á muchos incautos, el que el judío Ernesto Natán, gran maestro de la masonería italiana, decía ante un público de masones en 21 de Abril del año anterior, que la masonería combate al clericalismo y no al Catolicismo. ¡Y esto lo decía un *inocente*..... judío y masón por añadidura!

M. Buffet, en un discurso pronunciado en el Senado francés en 1880, ha determinado con gran precisión lo que se entiende por clerical. He aquí algunos de los párrafos de su discurso:

«He oído muchas definiciones; pero hay una sumamente sencilla, que yo aceptaría; esta, por ejemplo: un clerical es aquél que quiere gobernar teocráticamente á la sociedad civil..... que quiere hacer gobernar y administrar el país por el clero.

»Si esta es la distinción, permitidme deciros que entre los católicos esa distinción no divide, no separa á nadie.

»¿Hay algunos espíritus solitarios, singulares, que sean de este parecer? Lo ignoro; pero jamás he encontrado un solo católico que pida que el clero gobierne al Estado; ni uno sólo he encontrado jamás.....

»Así, un hombre nace en la Religión Católica, cumple en ella sus deberes hasta cierto punto, no

1 Las numerosas reuniones anticlericales que en los dos años anteriores y en este se han celebrado, lo han puesto bien de manifiesto, porque en ellas se ha maltratado á la Religión y se ha blasfemado horriblemente.

se casa civilmente, asiste á misa, á su muerte hace llamar á un sacerdote y es enterrado religiosamente; este es un católico. Se le llamará hasta un católico sincero, un católico no fanático; pero no es un clerical.

»Pero un católico que cree que lo que él va á buscar en la iglesia cuando á ella acude es la regla de su conducta, la fuerza para sobrellevar el peso y los trabajos de la vida, la fuerza necesaria para luchar sin desfallecimientos los combates impuestos á todo hombre; y si, penetrado de estos sentimientos, él cree que siendo padre de familia no le basta no abjurar su fe, sino que debe velar por transmitir á sus hijos ese depósito sagrado, este bien, más precioso á sus ojos que otro alguno, que debe, por consiguiente, reclamar esas cosas donde esta fe no peligrare; ¡entonces este hombre no es solamente un católico, es un fanático, es un clerical!

»Si va aún más lejos, si cree que el primer precepto del Evangelio es la caridad y que no basta para cumplirle dejar para los desgraciados una parte de lo superfluo, sino que es necesario además que el dón del corazón se una al dón de la mano, que es necesario llevar á los pobres, al mismo tiempo que el socorro material, consuelos, palabras de esperanza inmortal, y si, en fin, para llenar este deber, se une á otros animados de la misma fe y forma una de esas admirables confederaciones de San Vicente de Paúl, ¡ah! ¡entonces está condenado, no es un católico: es un fanático, es un clerical!

»Si, yendo más lejos aún, funda un periódico

para defender esta causa; si viendo qué doctrinas, qué máximas, qué relatos, qué novelas, qué asquerosidades, qué torpezas se distribuyen entre los niños á quienes ninguna ley protege hoy contra los que van á ofrecerles hasta á la misma salida de la escuela, los escritos más infames; si quiere luchar contra esta propaganda inmunda, no por la fuerza, no por la coacción, sino ofreciendo un alimento menos emponzoñado á esta juventud; si publica, si crea un periódico católico: ¡es un fanático, es un clerical! En fin, si ve que el Gobierno por las resoluciones que adopta, por las leyes que presenta, por las medidas que propone compromete la libertad religiosa y atenta á sus derechos más queridos, y si él se dice: «Pero también yo soy elector; es necesario poner á cubierto el gran interés de la libertad religiosa que está por cima de los intereses meramente políticos»; si se pone de acuerdo con otros para elegir un diputado, ó un senador que defienda sus derechos; entonces, ¡ah!, entonces exclamaréis: «¡No solamente es un fanático, es un clerical! Pero el clericalismo es un partido político: es absolutamente preciso proscribirle.»

»¿Cómo! ¿Un partido político? Cuando los católicos se unen para una obra política, ¿son ellos los que han formado este partido político? No son ellos; le han formado para defenderse. En todas partes en que la libertad de conciencia está absolutamente reconocida; en todas partes donde cada uno puede desenvolver su pensamiento, conservar su fe, practicar con ella todos sus deberes sin miedo de que esta libertad sea restringida por la

ley, allí no hay partido político. Donde el partido católico se constituye son sus adversarios los que le forman, y le forman llevando sus ataques á un terreno que no les está permitido invadir.

»Si se llama clerical á todo hombre que combate con energía y por todos los medios legales, por sus convicciones, todas las causas tienen sus clericales. Yo diría que todas las causas que se estiman en algo, que todas las convicciones que son sinceras y profundas deben tenerles. ¿Cómo tendríais una convicción sin buscar para ella partidarios? Entonces es que no es una convicción real, que no es sincera, que no es profunda; ¡Y bien!, si todas las causas tienen sus apóstoles, si tienen hombres que se consagran á su propagación, y si reconocéis la legitimidad de esta propaganda ¿será prohibida sólo á los católicos? ¿Ellos solos serán declarados enemigos cuando usen para defenderse y para propagar sus convicciones, porque tienen el derecho de proselitismo, de medios que se emplean contra ellos? ¡En todo caso, si se quiere reducirlos á esta situación, no la aceptarán; ellos reivindicarán su derecho!

»Sin duda todos los católicos no llenan exactamente, ni mucho menos, todos los deberes que acabo de enumerar con el celo y el ardor con que lo hace lo más escogido de entre ellos; pero estos escogidos, á quienes no siguen sino de lejos, les representan, y cuando se les ataca, los más indiferentes se sienten lastimados. De aquí surge un grande y serio movimiento de queja.»

Las palabras de M. Buffet son exactas: el católico celoso y convencido, el exacto cumplidor

de sus deberes religiosos, el que acomoda su vida á las enseñanzas de la Iglesia y desea que á ellas se atengan los demás hombres, porque lo que juzga bueno para sí lo quiere para su prójimo, ese es el clerical; y basta para los más sectarios que, aun sin eso, exista un fondo de Catolicismo, aunque esté de mil modos mitigado, para que allí vean esa fantástica y aterradora esfinge del clericalismo.

«El grito de «guerra al clericalismo» conque se combate la acción sobrenatural y salvadora del sacerdocio — dicen en su instrucción pastoral los preladados reunidos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso católico — es una manera de disimular el odio anticristiano, que pretende extirpar la vida sobrenatural de los pueblos civilizados, y apartarlos de la sombra benéfica de la cruz, para que se debiliten y aniquilen entre los ardores de todas las concupiscencias y apetitos.»

Es, por consiguiente, indudable: no hay esa distinción que algunos maliciosa é hipócritamente quieren establecer entre el clericalismo y la Religión. A lo que se persigue con el nombre de clericalismo es á la misma Religión Católica.

CAPITULO III

Windthorst.

I Windthorst hasta que fué elegido jefe del Centro Católico alemán.—II. Su aspecto físico y su modo de ser.—III. Windthorst como político.—IV. Windthorst en los congresos católicos.—V. Muerte de Windthorst.—VI. ¿Encontraremos en España un Windthorst?

I

Después de haber presentado á nuestros lectores un resumen, un verdadero esqueleto de aquellas leyes opresoras que se llamaron leyes de Mayo, y que constituyeron lo que también se llamó el Kulturkampf prusiano, esqueleto desprovisto del revestimiento de las iniquidades, de las vejaciones, de las escenas repugnantes que le acompañaron y de los sufrimientos que á los católicos alemanes produjo, y que fácilmente se comprenden, aunque es difícil formarse idea de su intensidad, pasemos á exponer la actitud de aquellos valientes católicos, el resultado que con ella alcanzaron, y, entrando en este terreno, nos sale al encuentro, en primer término, un nombre que parece que comprendía en sí la acción de los católicos alemanes; y así como Bismarck es el campeón y la primera

El empeño de esos nuevos inspectores nombrados por el Gobierno era descatalogar á la juventud que acudía á las escuelas; los unos arrebatában el crucifijo y todo signo religioso de estos establecimientos; los otros, en presencia de los discípulos, trataban de fábulas los relatos de la Historia Sagrada; otros, se entregaban á entretenimientos de un gusto aún más dudoso desde el punto de vista moral, y se divertían en dirigir á las jóvenes preguntas tan sugestivas como esta: «¿Qué sentimientos deben llenar el corazón de una joven á la vista de un oficial de húsares?»¹

Aún sentía el ministro la necesidad de ir más adelante en sus propósitos, y en 16 de Febrero de 1876, publicó un decreto en el que se decía que la instrucción religiosa se daría á los niños por los órganos nombrados y autorizados por el Estado y bajo su vigilancia; que en las parroquias donde la enseñanza religiosa se hallase dividida, de modo que el profesor estuviese encargado de la Biblia y el cura del Catecismo, «se podrá tolerar este estado de cosas si la actitud del cura en frente del Estado no obliga á modificarlo. En este último caso, se le quitará al sacerdote la enseñanza del Catecismo.» Se decía también que en caso de conflicto entre el cura y el profesor, relativo á la enseñanza religiosa, debería sentenciarse la causa por la autoridad civil. Por este decreto

¹ Mr. René Lavollée, en su artículo *Le Chemin de Canossa*, publicado en *Le Correspondant* de 25 de Noviembre de 1902, pág. 581, cita estos hechos tomados de la obra *Persecución de la Iglesia Católica en Prusia*, escrita por Mons. Janizrewski, Obispo de Guesen y Posen, que antes se ha citado.

la enseñanza religiosa de la escuela quedaba completamente en manos del Estado protestante ó ateo, y se abría la puerta para arrancarla del poder del sacerdote católico, á quien insidiosamente se le daba el medio para poder seguir encargado de esa enseñanza, siempre como un dependiente del Estado y bajo su vigilancia, cual era el de merecer con sus actos la confianza del Gobierno, es decir, ser un sacerdote indigno.

VII

Actualmente, en las naciones de origen latino sobre todo, parece que se quiere copiar la obra de Bismarek, y un nuevo Kulturkampf se ha inaugurado contra el Catolicismo.

Como siempre que una persecución religiosa empieza, las primeras víctimas son los religiosos, especialmente los hijos de San Ignacio, y ya antes hemos visto el por qué contra ellos se han conjurado todos los poderes del infierno; sigue después el clero secular, la enseñanza católica, y por fin toda persona, toda institución, toda idea que tenga carácter católico; y claro está que nunca en estas persecuciones, sobre todo en España, quedan á salvo los bienes de la Iglesia ni de las Congregaciones. Y es en esto la táctica uniforme tratar de confundir los conceptos y alterar el significado de las palabras; hablar de libertad para

ejercer la tiranía; é intentar adormecer á los mismos elementos católicos haciendo creer á los unos que la guerra no es más que contra los otros.

Lo que combatimos—dicen algunos redomados impíos y repiten otros cándidos secuaces—no es al Catolicismo, no es á la Iglesia, es al clericalismo; ¡como si el perseguir á las instituciones aprobadas, bendecidas y sostenidas por la Iglesia y oponerse á los principios por ella enseñados y desoír y hasta contrariar abiertamente las enseñanzas y exhortaciones del Romano Pontífice, llámese como se quiera á esa guerra, no fuera una persecución clara y ostensible á la Iglesia de Jesucristo! Si durante la última guerra que España sostuvo con los Estados Unidos nos hubiera dicho un norteamericano que ellos no hacían ni pensaban en hacer la guerra á España como tal nación, á la que amaban entrañablemente y cuyo bien procuraban con empeño, sino á nuestros generales y á nuestros soldados, y ese distinguido nos hubiera convenido, ¿qué calificativo hubiéramos merecido por ello? Pues el mismo que merecen los que se convencen de que los sectarios y los que siguen sus inspiraciones no son anticatólicos, sino sólo anticlericales.

Un periódico de Madrid, de tinte abiertamente sectario ¹, en un arranque de plausible ingenuidad, decía:

«Han dado en decir que ser anticlerical no supone ser antirreligioso.

¹ *El Motín* de 9 de Febrero de 1901.

»Este concepto se repite ahora á cada instante, y quiere dar á entender que se puede ser buen católico y muy religioso, no obstante odiar, combatir y censurar al clero, á los frailes y á los jesuitas.

»A primera vista, para los tontos, parece eso una verdad; pero á poco que se fije la atención en ello, se cae en la cuenta de que sólo es un nuevo sofisma, inventado con poca fortuna....

»Es una contradicción enorme. Vaya un ejemplo para patentizarlo:

»¿Qué le parecería á cualquiera un individuo que dijese: Yo tengo grandísimo amor al ejército, soy entusiasta por la milicia, deseo la guerra, me encantan las batallas, me embriago de placer entre el humo de la pólvora y el fragor de los combates....., pero siento odio mortal, aversión profunda hacia los generales, los coroneles, los capitanes, los sargentos y los soldados; la artillería, con sus bombas explosivas y sus cañones potentes, me parece una monstruosidad; la caballería, con sus lanzas, sus sables y su terrible empuje, una cosa brutal; la infantería, con sus fusiles, con su fuego nutrido, con sus bayonetas, un elemento bárbaro, sanguinario y cruel?

»De seguro que nadie quedaría convencido, ante tal razonamiento, del amor al ejército y del entusiasmo por la guerra del que de este modo se expresara.

»Pero eso, en buena lógica, viene á sucederles á los que, queriendo pasar por buenos religiosos, combaten ó ven con gusto combatir al clericalismo.

»Porque hay que ver lo que éste es y representa dentro de la Iglesia y de la Religión.....

»La Iglesia Católica tiene sus dogmas, sus doctrinas, que impone como artículo de fe, como verdades incontrovertibles, que todos los católicos están obligados á creer ciegamente; estableció las prácticas y ceremonias del culto, los sacramentos y demás obligaciones que los fieles tienen que cumplir como un deber ineludible; delegó sus facultades y representación para todo en sus ministros, papas, obispos y clérigos; creó además, como *milicia auxiliar, especialmente encargada de defenderla y de propagar aquellos dogmas y doctrinas*, las Ordenes religiosas; éstas, como el clero, han vivido siempre y viven aún, bajo el amparo y protección de la Iglesia; son los intérpretes y definidores de las verdades religiosas; en estos tiempos puede afirmarse que el clero es la Iglesia; los curas representan á Cristo en la tierra, reciben en la cátedra las inspiraciones de Dios, en cuyo nombre salvan ó condenan las almas; sin ellos es imposible, dentro del Catolicismo, el culto y la práctica de la Religión. ¿Cómo, pues, podrá ser un individuo buen católico y religioso, renegando del clero y del clericalismo?

»Porque, en resumidas cuentas, vamos á ver: ¿qué es eso que se llama clericalismo? Pues sencillamente el desarrollo, el incremento, la preponderancia, la fuerza, la vida del clero. Luego el que no está conforme con eso y va contra el clericalismo, va también contra el clero, y por consiguiente, contra la Iglesia y contra la Religión, toda vez que el clero es el instrumento consa-

grado por la Iglesia, y sin el cual no pueden practicarse ni cumplirse los mandatos de la Religión.....

»Esto sentado, y hecha la demostración de que anticlericalismo y antirreligiosidad son sinónimos, no hay inconveniente, por nuestra parte, en aceptar por ahora como buena la teoría novísima.

»Sígase, por lo pronto, con constancia y sin descanso combatiendo al clericalismo; que una vez que éste caiga al empuje de la opinión que se le manifiesta contraria, lo demás caerá después por su propio peso, como cae todo lo que se encuentra falto de sostén y de apoyo.»

«En este sentido—dice el cardenal Sancha¹— abundaba el francmasón Courdaveaux, profesor de la facultad de letras de Donai, cuando dijo: *La distinción entre clericalismo y Catolicismo es oficial, muy sutil é idónea para las necesidades de la Tribuna y el Parlamento; pero en las logias el Catolicismo y el clericalismo son la misma cosa.* De este testimonio, nada sospechoso para la secta, se sirvió *La Voce de la Verità* el 9 de Febrero último para combatir á la *Tribuna*, periódico anticlerical, que condenaba y reputaba errónea la opinión de los *vaticanistas*, cuando afirmaban que la agitación contra el clericalismo era agitación contra la Religión. Hoy ya no se discute ese punto, porque los motines, algaradas y ataques al dogma y á la inmunidad personal se han encargado de explicar, con dolorosa evidencia, lo

1 El Kulturkampf internacional, cap. III.

de sus deberes religiosos, el que acomoda su vida á las enseñanzas de la Iglesia y desea que á ellas se atengan los demás hombres, porque lo que juzga bueno para sí lo quiere para su prójimo, ese es el clerical; y basta para los más sectarios que, aun sin eso, exista un fondo de Catolicismo, aunque esté de mil modos mitigado, para que allí vean esa fantástica y aterradora esfinge del clericalismo.

«El grito de «guerra al clericalismo» conque se combate la acción sobrenatural y salvadora del sacerdocio — dicen en su instrucción pastoral los preladados reunidos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso católico — es una manera de disimular el odio anticristiano, que pretende extirpar la vida sobrenatural de los pueblos civilizados, y apartarlos de la sombra benéfica de la cruz, para que se debiliten y aniquilen entre los ardores de todas las concupiscencias y apetitos.»

Es, por consiguiente, indudable: no hay esa distinción que algunos maliciosa é hipócritamente quieren establecer entre el clericalismo y la Religión. A lo que se persigue con el nombre de clericalismo es á la misma Religión Católica.

CAPITULO III

Windthorst.

I Windthorst hasta que fué elegido jefe del Centro Católico alemán.—II. Su aspecto físico y su modo de ser.—III. Windthorst como político.—IV. Windthorst en los congresos católicos.—V. Muerte de Windthorst.—VI. ¿Encontraremos en España un Windthorst?

I

Después de haber presentado á nuestros lectores un resumen, un verdadero esqueleto de aquellas leyes opresoras que se llamaron leyes de Mayo, y que constituyeron lo que también se llamó el Kulturkampf prusiano, esqueleto desprovisto del revestimiento de las iniquidades, de las vejaciones, de las escenas repugnantes que le acompañaron y de los sufrimientos que á los católicos alemanes produjo, y que fácilmente se comprenden, aunque es difícil formarse idea de su intensidad, pasemos á exponer la actitud de aquellos valientes católicos, el resultado que con ella alcanzaron, y, entrando en este terreno, nos sale al encuentro, en primer término, un nombre que parece que comprendía en sí la acción de los católicos alemanes; y así como Bismarck es el campeón y la primera

dencia extraordinarias, que daban al empuje de su palabra una fuerza irresistible. Hábil en conocer y apreciar las circunstancias y la atmósfera que le rodeaban, no era de esos caracteres, por otra parte bien intencionados, que tanto abundan entre nosotros, que desprecian lo que no sea conseguir todas las reivindicaciones á que aspiran, y que, si no consiguen todo, todo lo abandonan y lo dejan perder, soñando en que lleguen tiempos, que ellos inconscientemente hacen que se alejen, en que todo ha de dárselos como por encanto; veía lo que en cada caso era posible, y á aquello tendía con empeño, haciendo concesiones de lo que tal vez nunca hubiera conseguido; y á ese gran talento práctico se debieron sus triunfos y el incremento que el Centro fué sucesivamente adquiriendo. Si los enemigos le ayudaban en casos concretos, no rechazaba su apoyo; su mira estaba puesta en el triunfo de la verdad, por la que no perdonaba sacrificio alguno; no en la satisfacción de personales ambiciones ó caprichos, ni en reclamar para sí la exclusiva para trabajar por la causa de la verdad.

IV

Windthorst era el alma de los congresos católicos alemanes, de esas grandes maniobras de otoño, como él las apellidaba, que constituyeron una fuerza poderosa para los católicos y que fueron la base de su organización y de su acción

política y social. En ellos el incansable jefe del Centro católico trabajaba sin descanso; intervenía con su elocuente palabra en todas las discusiones importantes, unas veces para hacer entrar en razón á los exaltados, otras para desentrañar las cuestiones que allí se discutían, y siempre para pronunciar el discurso de clausura que era la síntesis de los trabajos del Congreso y la pauta de la acción católica para el año que seguía. Su carácter amable, su humorismo ingenioso, que en nada perjudicaba á su seriedad, su mucha bondad y su piedad envidiable, le hacían ser amado con verdadero frenesí, y él encontraba complacencia en mezclarse con aquel pueblo de quien era el ídolo.

«En el Congreso de Bochum, dice Kannengieser ¹, fui testigo de una escena encantadora que pinta al hombre al vivo. Las reuniones generales se celebraban en un local inmenso que podía contener diez mil personas, y cada tarde, antes de la apertura, no quedaba desocupado un solo puesto. Para pasar el tiempo, se bebía, porque en Alemania es costumbre que aun las reuniones más graves vayan adicionadas de libaciones; pero servir á millones de huéspedes en una sala en que se está hacinado, es un problema difícil de resolver. Esperábase largo tiempo, y cuando se distinguía la servilleta de un mozo, apostrofábasele con formas poco parlamentarias. Sucedió, pues, que un excelente minero, que tenía sin duda mucha sed, vió por fin la servilleta de uno de aquellos mozos

¹ Los Católicos Alemanes. N.º; cap. 1.º párr. 5.º

legendarios: éste era pequeño y esforzabase en abrirse paso á través de la concurrencia. «Date prisa en servirme», dijole el obrero golpeándole sobre el hombro. «¡Paciencia!», replicó el pequeño servidor sin volverse.—Algunos minutos después volvió en efecto con un vaso enorme de cerveza que depositó delante del obrero, diciéndole con una sonrisa indecible: «¡Es necesario perdonar la lentitud del servicio; estamos rendidos!» Todo el mundo se echó á reír aplaudiendo; el obrero se quedó consternado; el pobre hombre había tomado á Windthorst, que se abanicaba con su pañuelo, por un mozo de cervecería, y la Pequeña Excelencia había aceptado jovialmente el *quid pro quo*».

En Marzo de 1891 el Catolicismo perdía su gran campeón en Alemania; diecisiete millones de católicos alemanes lloraron su muerte, y hasta sus propios enemigos ponderaron la pérdida que el imperio experimentaba, é hicieron justicia á sus méritos extraordinarios. El emperador depositó coronas sobre aquel cadáver ilustre. Su vida de apóstol y su muerte de católico ferviente, son prenda segura de que esa muerte fué el comienzo de una vida eterna de bienaventuranzas.

Windthorst jamás quiso aceptar los brillantes puestos oficiales que se le ofrecían, y que tan fácil le hubiera sido conseguir, y prefirió morir modes-

tamente, casi con pobreza, á abandonar un momento siquiera la defensa de la libertad de la Iglesia, á cuya causa consagró con entusiasmo y con un desinterés verdaderamente admirable, y que puede servir de modelo á todos los católicos, su vida entera, su laboriosidad inmensa, todo su tiempo, su fortuna, sus aspiraciones más legítimas y las dotes extraordinarias de que Dios le había dotado con largueza ¹.

VI

Es muy general entre los españoles soñar con un hombre que arregle todo lo que anda desarreglado. Nos hace falta un hombre—se dice á cada paso—y ese hombre no parece, por más que muchos se afanan en buscarle, y muchos otros se creen á sí mismos el hombre deseado, y en rigor no falta razón á los que así piensan: un hombre que dirija, un hombre que organice, un hombre que mande, un hombre, en definitiva, que lo haga todo: ¿podrá darse solución más descansada para los que no sean ese hombre, ni más de relumbrón

¹ No se puede en justicia, al hablar de los méritos de Windthorst, dejar de hacer mención de los de su digna esposa, que dando una prueba de lo que la mujer puede contribuir á trabajar con su marido por la causa del bien, fué un auxiliar de Windthorst y aceptaba gustosa todo sacrificio que sus arduos trabajos la exigiesen, procurando siempre alentar al gran tribuno en sus fatigas.

para los que creen ser el hombre soñado por muchos?

Pero antes de que surja el hombre que apetecemos, es preciso que se formen los hombres que han de seguirle y han de precederle; es preciso que nazcan las ideas que han de encarnar en él, los ideales que han de darle vida, las aspiraciones que le hagan elevarse de entre el nivel común. Cuando esos ideales, cuando esas aspiraciones están encerrados en los moldes estrechos de una bandera, cuando las discordias intestinas les inspiran, los hombres que por su propio valer ó por circunstancias del momento logran rebasar el nivel común, nunca legan á la historia un nombre glorioso como el de Windthorst rodeado de esplendor y merecedor al respeto y la admiración de la posteridad, porque no pasan de ser simples caciques, que hartó harán si logran ser olvidados y no dejar un nombre cubierto de oprobio. Nunca pueblo alguno es más fecundo en caudillos insignes que cuando, animado de un mismo espíritu, embargado por un mismo sentimiento, entusiasmado por una misma causa, se apresta á la defensa de una aspiración elevada, lucha, por ejemplo, por la independencia de su patria; entonces, aun de entre las clases más humildes surge el Viriato que conduce á su pueblo á la victoria por el camino del verdadero heroísmo; pero no busquemos la heroica figura del caudillo popular á quien nadie nombra jefe y todos como á tal obedecen, entre la molicie y el desfallecimiento de los pueblos ni entre el murmullo de discordias intestinas.

El hombre que haya de ponerse á la cabeza de un gran movimiento de opinión inspirado en nobles ideales, ha de tener, si ha de llenar cumplidamente su puesto, condiciones extraordinarias, es cierto; ha de ser como Windthorst organizador, valiente en el ataque, prudente en el mando, de exquisito talento práctico, de superior inteligencia, de grandes energías, de entusiasmo por la causa que esté colocada en sus manos, y dispuesto por ella á todo género de sacrificios; pero han de precederle los ideales á que se consagra, la unión y el entusiasmo que son la principal causa de su encumbramiento, y han de acompañarle huestes aguerridas y compactas dispuestas á escuchar y seguir su voz, animadas de un mismo espíritu, dispuestas á los mismos sacrificios que él, y con sus mismos entusiasmos y convencimientos y sujetas y obedientes á su jefatura. ¿De qué hubieran servido á Windthorst sus condiciones personales, con ser tan relevantes, sino le hubiera ayudado en su empresa un episcopado unido y entusiasta, y tantos y tantos católicos como, dispuestos á sacrificarse por la defensa de la Religión, le siguieron con entusiasmo y le escucharon con respeto sin dar cabida á disensiones menudas ni á confabulaciones insensatas? ¿De qué nos serviría á los españoles tener el hombre con que soñamos si para seguirle nos faltan ideales, nos falta organización, nos faltan entusiasmos, sumisión y disciplina, y nos sobran disensiones, antagonismos y suspicacias en cosas que, aun siendo secundarias, ponemos en primer término? Acallemos estas menudas pasiones y suplamos aquellas faltas tan sensibles

y no preguntemos entonces quién es el hombre en que soñamos, porque ese hombre surgirá de entre nosotros sin que nadie acuerde su jefatura, y sin que nadie piense siquiera en discutirla.

Pero no olvidemos que antes de que el Centro católico alemán se presentase en la arena de los combates políticos y parlamentarios; que antes que la jefatura de Windthorst fuese por todos reconocida, existía entre el pueblo católico alemán y su episcopado una corriente de sumisión y acatamiento, que fué la base de aquella organización admirable; que la voz unánime de aquel episcopado era escuchada y seguida por los jefes y soldados de fila del Centro, y que, sin esa sumisión y esa obediencia, la jefatura de Windthorst no se comprendería. No olvidemos tampoco que antes que entre nosotros aparezca el Windthorst en que muchos sueñan nos es preciso lograr esa sumisión y ese acatamiento completo á la voz del Sumo Pontífice y á la dirección del episcopado, sin reservas ni subterfugios, que en la práctica se traducen en verdaderas resistencias; después será tiempo de pensar en si es necesaria una jefatura y si hay entre nosotros un Windthorst que la desempeñe. Mientras tanto preciso es que atendamos á establecer la unión de los católicos españoles en la forma que Su Santidad nos ha indicado, *bajo la dirección de aquellos á quienes Dios puso al frente para la defensa y conservación del orden religioso y moral*¹, y, «dejando á la providencia de Dios diri-

¹ Carta de Su Santidad al Cardenal Benavides después del Congreso católico de Zaragoza.

gir los destinos de las naciones, obremos enteramente acordes, *guiados por el episcopado*, para promover por todos los medios que las leyes y la equidad permitan los intereses de la Religión y de la patria»¹.

¹ Allocución de Su Santidad á los peregrinos españoles en 1894.

figura de los que á la Iglesia Católica combatían, Windthorst es la encarnación de los católicos perseguidos, el campeón decidido de la causa de la verdad, y su nombre va unido á todas las victorias de los católicos alemanes. Por eso hemos de empezar esta materia hablando de Windthorst.

Luis Juan Fernando Gustavo Windthorst nació en 17 de Enero de 1812 en Kaldenhof, antiguo principado eclesiástico de Osnabrück, en Hannover, fué el segundo de seis hijos de Francisco José Benito Windthorst, doctor en derecho, y desde muy niño dió muestras de gran inteligencia, y manifestó con sus actos ser tan extremadamente terco, que su padre, disgustado con ese modo de ser, decidió dedicarle á aprendiz de zapatero, y no pocos esfuerzos fueron necesarios para hacerle desistir de tan firme propósito: ¡cómo había de figurarse aquel buen padre cuando en esto pensaba los designios que Dios tenía hacia aquel niño!... Estudió latín en el instituto de Osnabrück, y más tarde, aunque manifestó deseos de abrazar el estado eclesiástico, al fin se decidió por la profesión de su padre y cursó la facultad de derecho, sucesivamente, en Gothinga y en Heidelberg; obtenido el título de abogado, volvió á Osnabrück donde abrió un bufete y adquirió muy pronto en él la fama que su valer merecía, y á poco fué nombrado síndico del Orden ecuestre de la nobleza y miembro del Consistorio.

En 1848 ocupó Windthorst el puesto de consejero de la Corte de Apelación Superior, y en 1849 fué elegido diputado de la segunda Cámara de Hannover. El día 17 de Febrero de 1849, pronun-

ciaba su primer discurso en la Cámara, y en 1851 fué elegido presidente de esta Asamblea, haciéndose merecedor á que en el mismo año el rey le confiase el Ministerio de Justicia, primer caso que se dió en Hannover de que una cartera fuera desempeñada por un católico; en este puesto permaneció de nuevo dos años y fué nombrado ministro en 1862, cargo que desempeñó hasta 1865, prestando en él grandes servicios, á la vez que á su patria y á su rey, á la Iglesia y á los católicos hannoverianos. Pero la hora de la desaparición de Hannover como monarquía independiente se acercaba; el rey Jorge V se había puesto del lado de Austria, y el resultado de las luchas políticas que en Alemania iban á desarrollarse, sería no tardando para Hannover su anexión completa á Prusia; el pequeño reino perdió su independencia con la derrota de Austria en Sadowa.

Windthorst desempeñaba entonces el cargo de fiscal de la audiencia de Celle, y á pesar de sus sentimientos legitimistas, de lo mucho que se había opuesto á las pretensiones ambiciosas de Prusia, y de su amor por su rey y por su patria, que le hizo lamentar la pérdida de su independencia, no tomó la determinación que hubieran tomado muchos políticos españoles en su caso, que hubiera sido el retirarse á la vida privada y haber permanecido en una completa é inútil inacción sin reconocer jamás el régimen que los hechos habían impuesto con una fuerza incontrastable, haciéndose la ilusión en la tertulia de unos cuantos amigos y correligionarios, ó en la redacción de un periódico de algunas docenas de suscriptores, que

ese régimen no existía, ó que carecía de fundamento sólido y sería fácil derrocarlo al primer empuje que ellos dieran, ó dedicarse á trabajar y conspirar por su rey prescindiendo de intereses más altos, y haciendo guerra á muerte, como á sus más capitales enemigos, á los que, estando con ellos unidos en esferas é intereses comunes más elevados y permanentes, no coincidiesen en detalles de política ó cuestiones de procedimientos. No; Windthorst siguió siendo partidario de su destronado rey, pero bien comprendió la imposibilidad de deshacer lo hecho, y la insensatez de subordinar á los intereses de una dinastía ó de un reino los que afectan á la humanidad entera y pertenecen á un orden inmensamente más elevado; con el triunfo de Prusia los intereses católicos peligraban, y no era de buen católico dejar de acudir á la defensa de esos sagrados intereses y limitarse á sostener la causa de un rey destronado. Por eso le veremos acudir allí donde el peligro para el Catolicismo era mayor, tomar parte activa en los trabajos del Parlamento prusiano, no ya para presidir Gobiernos como político, sino para luchar como valiente soldado de Cristo, y más tarde dirigir un partido robusto, disciplinado, que no sueña con vindicaciones imposibles, que no discute los derechos del emperador de Alemania, del rival victorioso del Austria católica y del rey de Hannover, á la corona del imperio, que trabaja con fe y con empeño dentro de la realidad y de las leyes, y no persiguiendo ideales imposibles, por laudables que parezcan, y que, gracias á esa fe y á ese gran sentido práctico, consigue

triunfos que se hubieran tenido por sueños irrealizables.

Inspirado en esos nobles sentimientos renunció Windthorst el cargo de fiscal que desempeñaba, se negó á aceptar los puestos que el conquistador le ofrecía, y se dedicó á la política activa para contribuir á salvar lo que pudiera ser salvado de los intereses de su fe y de la independencia de su país, y la circunscripción electoral de Meppen en 1867, le dió su representación en el Landtag prusiano y en el Reichstag de la Alemania del Norte ¹.

Llegada la época de la apertura del Reichstag en 1871, los católicos, desengañados ya de las ilusiones que antes habían podido formarse, y convencidos de que se había abierto contra ellos un periodo de franca y abierta oposición, trataron de organizarse para la defensa, y el grupo del Centro se reformó eligiendo como jefes á Savigny, Hermann de Mallinckrodt, al obispo Ketteler, á los dos Reichensperger y á Windthorst. Hasta que llegó la época de la guerra abierta al Catolicismo, Windthorst había ocupado el último término entre los jefes del Centro; pero Mallinckrodt, que hasta su muerte fué el jefe del partido católico en Ale-

¹ El destronado rey de Hannover, Jorge V, dió á Windthorst su representación para tratar con el Gobierno prusiano la devolución de su fortuna personal, y, después de acordada esta devolución, Bismarck encontró pretextó para emplear los millones en que consistía en comprar los medios para crear una opinión pública favorable á su política.

Esta suma se llamó el *fondo güelfo*, porque la familia real de Hannover descendía de los duques y condes güelfos, famosos en la historia de la Edad Media.

mania, murió en 26 de Mayo de 1874¹, y poco antes había bajado también al sepulcro Savigny y se había retirado de la vida pública Mons. Ketteler, y la desaparición de estas primeras figuras del Centro católico hizo resaltar la ilustre personalidad de Windthorst.

Según el testimonio de los que le conocieron, no denunciaba Windthorst por su aspecto lo ex-

¹ Herman de Mallinckrodt había nacido en 5 de Febrero de 1821, en Minden en Westphalia, y á él fué, principalmente, debida la organización del Centro católico alemán, que con tanto acierto dirigió Windthorst durante ese período que podríamos llamar heroico del Kulturkampf.

De Mallinckrodt dijeron hasta los mismos periódicos liberales que había sido el orador más eminente de los Parlamentos de Alemania. «Ofrecía — dice Kannengieser * — rasgos físicos que le daban cierta semejanza con un español del Renacimiento; cuando se lo veía por primera vez, evocaba uno sus recuerdos y se preguntaba con curiosidad en dónde había visto aquella cabeza. Habíamos visto, en efecto, aquel semblante huesoso con ángulos de acero, aquella rígida esfigie, iluminada por dos relámpagos; aquella frente pálida y recelosa, profundamente surcada por el trabajo del pensamiento; aquellos labios finos y levantados, con un pliegue en sus ángulos de imperceptible desprecio y de inmensa piedad; aquella corona de cabellos, encanecidos antes de tiempo, modelando, con la barba en punta, una fisonomía pintoresca de una belleza varonil, repleta de energía, de gravedad, de tristeza, de ironía y de bondad. Lo habíamos visto en el Museo de Madrid, quizá en el Louvre, en alguna galería de Roma ó de Bruselas, bajo la forma de yo no sé qué retrato español del siglo XVI. Si Mallinckrodt hubiera llevado gorguera, cualquiera lo hubiera podido reemplazar en el cuadro. Tenía, hasta el punto de confundirse con él, el aire de un hombre de otra época.»

* *El despertar de un pueblo*, cap. II, párr. 13.

traordinario de sus facultades; he aquí lo que de él dice Kannengieser¹:

«No olvidaré jamás la impresión que me produjo Windthorst cuando tuve el gusto de verle de cerca por la vez primera. Encontrábame yo en Friburgo de Brisgovia, con ocasión de la asamblea general de los católicos alemanes. Multitud de personas distinguidas habíanse dado cita á orillas del Dreisam, y no es necesario añadir que Windthorst constituía el principal atractivo de la fiesta. Verle y aclamarle era, después del Kulturkampf, el sueño dorado de todo católico alemán. El entusiasmo es contagioso; se comunica á todo el mundo. Quiso la suerte que me encontrase al paso de la *Pequeña Excelencia*² cuando se dirigía al salón de sesiones, y vi entre dos colosos — el barón de Frankenstein y el abate Hitze — un viejo pequeño, de raquitica apariencia, que se adelantaba sostenido por dos piernas delgadas, alrededor de las cuales enrollábanse los faldones de una levita mal forjada; su cabeza, un poco gruesa, iba cubierta de un sombrero absolutamente inverosímil; su rostro aparecía cortado en dos partes por una boca enorme, que acentuaban aún sus gruesos labios; la frente, que yo distinguí poco después, invadía la mitad del cráneo, y entre las orejas, nada disimuladas por cierto, dos ojos casi ciegos lanzaban fantásticos reflejos detrás de los cristales de aumento de sus anteojos. Hubiérasele tomado por una caricatura viviente, arrancada de un lienzo

¹ *Los Católicos Alemanes*, cap. I, párr. 1.^o

² Así se llamaba á Windthorst por su pequeña estatura.

de Callot; mas, por un prodigio increíble, aquel rostro tan resueltamente feo inspiraba poderosa simpatía, gracias á la mezcla de delicadeza, de malicia contenida, de bondad comunicativa, que constituían los elementos característicos de la fisonomía de Windthorst.»

Como cristiano, era Windthorst modelo de virtudes y hombre de una piedad extraordinaria; y como hombre de mundo, ejemplo de caballeros católicos; de carácter afable, de trato ameno y de conversación chispeante, reflejo de una imaginación y un talento realmente superiores, y hombre, sobre todo, de corazón hermoso, al que sus sentimientos religiosos hacían más hermoso todavía.

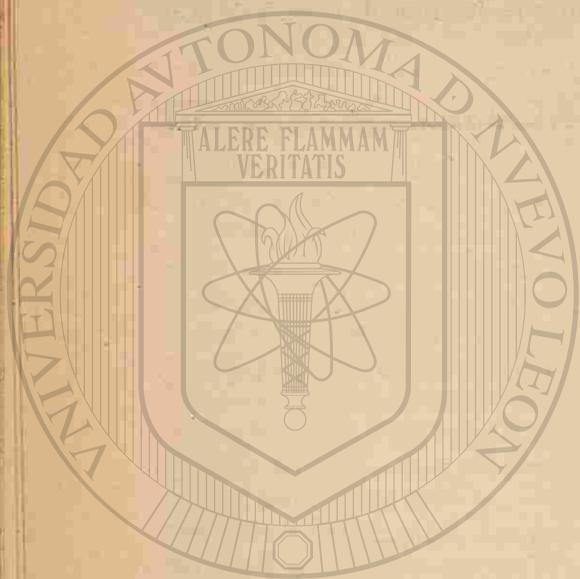
Sin embargo, aquel hombre de pobre figura, cuando en el Parlamento alemán se levantaba á contender con el Canciller de Hierro, lograba desconcertar á su adversario, quien, con su elevada talla y su arrogante aspecto, formaba con él un curioso contraste, y Windthorst conseguía tener pendiente de sus labios á todo su auditorio. En aquellas lides memorables, desmenuzaba con maravillosa maestría, á veces con ironía cruel, y siempre con una fuerza de lógica incontrastable, las grandilocuentes arengas de Bismark; y en estas luchas, que se repitieron frecuentemente durante el Kulturkampf, la gran figura del canciller

quedaba empequeñecida, y á veces destrozada, al empuje irresistible de su contrincante, á quien sus compatriotas apellidaban el Moltke parlamentario.

«El Canciller de Hierro y de sangre, seguramente sin prever esta conclusión de sus duelos parlamentarios con el pequeño diputado de Meppen, no habia dejado de ver desde luego en él un adversario temible. El 9 de Febrero de 1872, en un discurso que era una fuerte acometida contra el Centro, llegó hasta á declararse dispuesto á hacer la paz con este grupo si Windthorst, á quien él llamaba el miembro director, el portaestandarte del partido, se separase ó fuera excluido de él. Los colegas de Windthorst no se cuidaron de acceder á esta invitación. Respondiendo en su nombre el caballeroso Hermann de Mallinckrodt, hizo este bello elogio del diputado desagradable á Bismarck: «Estamos orgullosos de tener en medio de nosotros un miembro tan eminente como es el representante de Meppen. Se nos ha unido una perla, y nosotros la hemos engastado en la conveniente montura.» Esta frase feliz se ha hecho popular: Windthorst ha conservado el nombre de «Perla de Meppen», que representa muy bien la excelencia de los dones del cielo reunidos en su persona, corporalmente tan pequeña»¹.

Era Windthorst, como político, un ser verdaderamente superior, de una sagacidad y una pru-

¹ *Windthorst et l'union catholique en Allemagne*, por J. Brucker, publicado en la revista de los Padres de la Compañía de Jesús *Études religieuses philosophiques, historiques et littéraires*, número de Junio de 1891.



CAPITULO IV

Acción política de los católicos alemanes frente al Kulturkampf.

I. Actitud de los católicos alemanes ante la persecución religiosa, y resultados de sus esfuerzos.—II, Actitud del episcopado y del clero alemán.—III. Bismarck se bate en retirada.—IV. Restablecimiento de las dotaciones eclesiásticas y restitución de las confiscadas.—V. Esfuerzos de los católicos alemanes para conseguir la abolición de las leyes de persecución á la escuela católica.—VI. Sus trabajos para lograr la vuelta á Alemania de todas las Congregaciones religiosas.—VII. Hechos recientes que demuestran la consideración á que los católicos alemanes se han hecho acreedores en el imperio.—VIII. Escisiones en el Centro católico y resultado de las mismas.—IX. ¿Podemos pensar en España en la formación de un partido católico idéntico al alemán? ¿Hasta dónde podemos y debemos llegar en este sentido en las presentes circunstancias?—X. Diferente situación de los católicos en Alemania y en España.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Frente á la lucha que contra los católicos alemanes inauguraba el príncipe de Bismarck, la actitud de aquéllos no fué la de los católicos españoles; nada de inercias ni de lamentaciones inútiles, nada de luchas ni antagonismos intestinos, nada de egoísmos personales; los sagrados intereses de la Religión Católica estaban amenazados, el enemigo premeditaba y ponía en práctica sus

luchó con un empeño y una habilidad extraordinarias. Tenía frente á sí á un enemigo poderoso, más temible entonces, porque fingía propósitos de paz que el Centro rechazaba, y en la corte pontificia no habían dejado de surtir algún efecto, que redundaba en perjuicio del Centro, las habilidades diplomáticas del canciller, efecto que Windthorst se veía precisado á desvanecer; pero todas esas dificultades las salvó, gracias á su talento y á su sagacidad extraordinarios, quedando de manifiesto cuáles eran los verdaderos propósitos de Bismarck. Desde entonces el Centro católico alemán fué fortaleza inexpugnable y formó en el Reichstag la mayor y la más influyente de sus agrupaciones; impone con frecuencia su voluntad á las demás, y sus enemigos, y hasta el emperador mismo, tienen que contar con él con frecuencia y, de grado ó por fuerza, hacerle preciosas concesiones.

La presencia en Roma de Mr. Schloezer, que era el representante que Bismarck había designado cerca de la corte pontificia, inauguró una nueva fase en las negociaciones¹, durante las cuales el canciller manifestó empeño decidido por que el Santo Padre hiciera concesiones que ni él podía autorizar ni los católicos alemanes las querían; preferían aquellos católicos soportar la persecución y las vejaciones á que las llamadas leyes de

¹ El desarrollo y término de estas negociaciones diplomáticas puede estudiarse en la obra antes citada del conde Edouard Lefebvre, *León XIII et le prince de Bismarck*, París, 1898.

El autor ocupó el cargo de secretario de primera clase de la embajada francesa en Roma desde 1869 hasta 1872, y el de embajador cerca de la Santa Sede desde 1882 hasta 1896.

Mayo los sometían, á dar su consentimiento á componendas humillantes y contrarias al espíritu de la Iglesia.

Ya la corte de Berlín accedía, aunque lenta y cautelosamente, á la modificación de las leyes de Mayo, cuyo espíritu formaba el canciller empeño en conservar en la legislación, aunque dando al Gobierno facultad para mitigar su rigor, con lo cual quedaba la Iglesia en Alemania á merced del capricho de una burocracia que le era hostil, si quiera consideraciones políticas del momento la hicieran aparecer como respetuosa y hasta deferente con la Santa Sede, y bien claramente se traslucían esos sentimientos de hostilidad en el mismo príncipe de Bismarck, cuando, á pesar de que manifestaba exteriormente deseos de restablecer en el imperio la paz religiosa, decía después de la visita hecha por el príncipe imperial á León XIII en Roma á la vuelta de su viaje á Madrid en 1883, que una paz oficial entre el Estado y la Iglesia era imposible; que era necesario tener á los sacerdotes bajo la dependencia del Estado para tratarlos, según las circunstancias, duramente ó con benevolencia, y que era preciso conservar las armas que para esto proporcionaban las leyes de Mayo.

Durante estas negociaciones, seguidas en Roma por el secretario de Su Santidad, cardenal Jacobini, y Mr. Schloezer, éste, en representación de Prusia, exigía constantemente, como condiciones precisas de todo arreglo, á cambio de una atenuación, más que derogación, de las leyes de Mayo, cuyo espíritu se trataba de conservar en la legislación, el que se siguiera encomendando al Estado

la formación del clero—cosa en la que el Santo Padre no accedió jamás á dar su consentimiento,— que el Estado tuviese una intervención casi exclusiva en la designación de las personas que habían de ocupar los puestos eclesiásticos y las diócesis vacantes, y en este punto se concretaban principalmente las exigencias de la corte de Berlín á desposeer de sus diócesis de Colonia y Posen, respectivamente, á Mons. Melchers, de quien ya hemos hablado, y á Mons. Ledochowski ¹.

La actitud resuelta de Su Santidad y del Centro católico hizo que poco á poco se fueran venciendo las resistencias del canciller, y en el término de esas negociaciones se puso muchas veces de manifiesto hasta qué punto era para los enemigos del Pontificado molesta la entereza del Centro católico.

La prensa oficiosa en Alemania—dice el conde

¹ Ambos fueron promovidos al cardenalato por Su Santidad León XIII. Mons. Ledochowski, como Mons. Melchers, se vió precisado á huir de su diócesis é ir á buscar asilo en país extranjero por la persecución especial de que fué objeto durante el Kulturkampf, después de haber pasado algunos años en prisión por violador de las leyes de Mayo. Pío IX le dió asilo en el Vaticano; y como el príncipe de Bismarck le perseguía con encarnizamiento, los tribunales prusianos pidieron al Gobierno italiano su extradición, por lo cual se vió el Cardenal precisado á no salir del Palacio pontificio.

Su Santidad León XIII no accedió á las exigencias del Gabinete de Berlín de que sustituyese al cardenal Ledochowski, en la diócesis de Posen, por un obispo del agrado del canciller, ni á alejarle de su lado, y solamente, cuando se le dieron para ello suficientes garantías, consintió en que fijara su residencia fuera del Vaticano, nombrándole secretario de la Congregación de Ritos. Renunció entonces su diócesis, á cuya provisión el Gobierno de Berlín opuso muchas dificultades.

Edouard Lefebvre ¹— no cesaba de señalar la actitud, invariablemente resuelta, de la fracción del Centro en el Reichstag y en la Cámara de los diputados de Prusia como el único verdadero obstáculo para la reconciliación entre el Vaticano y Berlín. Los verdaderos intereses de la Religión estaban—según decían los defensores de la política del príncipe de Bismarck—sacrificados á los rencores de Windthorst y de sus amigos. No era este, sin embargo, el sentimiento dominante en el Palacio Apostólico. Allí se comprendía que, sin la firmeza del Centro, la Iglesia hubiera estado en Alemania en una situación infinitamente más peligrosa que en cualquiera otra parte; los ataques de que la causa católica hubiera podido ser objeto en otros países, no hubieran podido ser tan violentos como lo hubieran sido en aquellos en que las leyes de Mayo eran el código más terrible.

El canciller, por su parte, se esforzaba en separar á los electores católicos de los diputados del Centro, sin lograr nunca este resultado, y Schloetzer no cesaba en su empeño de desacreditar y hacer sospechoso á Windthorst ante la corte pontificia.

Las negociaciones diplomáticas habían quedado por algún tiempo paralizadas, cuando he aquí que un acontecimiento importante dió ocasión al príncipe de Bismarck para acercarse más á la persona y á las pretensiones del Romano Pontífice. ®

Súpose en España, en el mes de Septiembre de 1885, con sorpresa, que se tradujo en estallidos

¹ Obra citada, pág. 114.

de indignación, que la bandera alemana había sido izada en las islas Carolinas, sobre las que ninguna nación había hasta entonces disputado la soberanía de la nuestra. España entera se conmovió ante lo que creía inaudito despojo, y el pueblo llegó á acometer con furia el edificio de la embajada alemana en Madrid, arrancó el escudo imperial de su fachada y le hizo rodar en mil pedazos, y Europa entera fijó su mirada en las dos naciones entre las que todo hacía suponer que se avecinaba un conflicto armado, cuyas consecuencias para el equilibrio europeo era difícil prever; y, cuando nadie podía sospecharlo, el príncipe de Bismarck propuso someter la resolución del conflicto á la mediación del Sumo Pontífice¹, mediación que aceptó el Gobierno español y que produjo el resultado de terminar pacíficamente una cuestión que de otro modo hubiera dado quizá lugar á luchas sangrientas.

El 31 de Diciembre de 1885, resuelto ya el conflicto entre España y Alemania, el Santo Padre dirigía al canciller una carta expresándole su reconocimiento por haber puesto en sus manos la resolución de un asunto de tanta trascendencia, y en ella le decía: «A fin de que poseáis desde ahora un testimonio de Nuestros sentimientos, Nós os nombramos caballero de la Orden de Cristo, cuyas insignias se os remitirán con esta carta.»

Y á esta carta contestó el canciller en 31 de

¹ De este modo el príncipe de Bismarck, con disgusto del Gobierno italiano, reconocía la cualidad de soberano en el Romano Pontífice.

Enero siguiente con otra, en la que daba á Su Santidad, como á soberano, el tratamiento de *Señor*.

El 21 de Mayo de 1886 el rey de Prusia decretó una ley en 15 artículos, por la que se abrogaban algunas disposiciones de las leyes anteriores, permitiendo la creación de seminarios especiales para la formación del clero, suprimiendo la inspección del Estado sobre esos establecimientos y sobre la instrucción de los seminaristas, disponiendo que la celebración de misas rezadas y la administración de los últimos sacramentos no caería bajo las disposiciones penales de las leyes de 11 y 12 de Mayo de 1873, 21 de Mayo de 1874 y 22 de Abril de 1875, y concediendo en fin, alguna mayor amplitud, aunque en este punto con sobrada parsimonia, á determinadas Órdenes religiosas dedicadas á la asistencia de pobres, de enfermos ó de obreros.

Desde entonces las relaciones entre la Iglesia y el imperio alemán se fueron dulcificando, y era manifiesta la tendencia á acabar con los vestigios que aún quedaban del Kulturkampf. La nueva ley de 30 de Abril de 1887 sobre el ejercicio de las funciones eclesiásticas, dulcificaba aún más esas relaciones, y en la alocución que Su Santidad dirigió al Consistorio en 23 de Mayo del mismo año manifestaba el venerable anciano que se había puesto fin en Alemania al violento conflicto que había afligido á la Iglesia sin provecho del Estado, siquiera los católicos siguieran deseando con razón otras justas concesiones, en cuyo logro era preciso tener esperanza. «Nós sabíamos— de-

cia el Santo Padre — que eran sincera y resueltamente favorables á nuestra obra, no solamente los obispos, sino los miembros católicos del Parlamento, esos hombres tan constantes en defender la mejor de las causas, de cuyo celo y unión la Iglesia ha recogido ya tan numerosos frutos, y de los que se esperan otros para el porvenir.»

Y, en efecto, aún se dieron más adelante algunos pasos por el camino de la paz religiosa. La ley de 8 de Febrero de 1890 dispuso que los estudiantes de teología de los seminarios católicos no serían en tiempo de paz llamados al servicio militar antes del 1.º de Abril del séptimo año de su obligación al mismo servicio; y que si en esta época hubieran recibido las órdenes del subdiacónado, pasarían á la reserva y quedarían dispensados de los ejercicios periódicos. Y aunque ya se ha visto que la ley de 4 de Mayo de 1874, que prohibía á los sacerdotes el ejercicio de su sagrado ministerio, había sido modificada, aún no se había dictado una resolución que la derogase por completo. El Reichstag había votado varias veces esta derogación, pero el Consejo federal había rehusado siempre acordarla, hasta que Windthorst presentó el 23 de Octubre de 1880 un proyecto de ley de derogación completa de la de 4 de Mayo, que fué adoptado por todas las fracciones de la Cámara, votado en 18 de Enero de 1890 y sancionado, al fin, como ley por el Consejo federal. Esta ley, que lleva la fecha de 6 de Mayo de 1890, deroga en términos absolutos la de 1874 y suprime las facultades concedidas por la misma á las autoridades centrales y de policía que estaban por ella facultadas para expulsar del lugar de su residencia, y aun del territorio del imperio, á los eclesiásticos que persistiesen en el desempeño de las funciones de su ministerio ¹.

El régimen de persecución á la Iglesia Católica duró cerca de quince años; durante los cuatro primeros esta persecución fué constantemente en aumento, los cuatro siguientes permaneció *in statu quo*, y en los siete últimos fué en progresivo descenso.

IV

Poco á poco se habían ido restableciendo en todo el imperio las suprimidas dotaciones eclesiásticas, y en 1886 se restablecieron también en la única diócesis en que ya no se había hecho, que era en la de Posen-Guesen; pero la ley del *Sperrgesetz*, de que hemos hablado en el capítulo II, que las había suprimido, disponía que de esas dotaciones confis-

1 Durante los años 1874 y 1875 se había concedido á los pastores protestantes la presidencia del consejo de fábrica de sus parroquias, mientras que por odio al Catolicismo se había negado este derecho á los párrocos católicos. La ley de 21 de Mayo de 1886 otorgó á los curas católicos esta presidencia, pero no en todos los territorios del imperio, y las quejas constantes de los católicos han hecho que disposiciones posteriores hayan borrado esa desigualdad, aunque siempre inspirándose en un espíritu de recelo, resto del Kulturkampf. En el Gran Ducado de Baden una ley de 14 de Julio de 1894 derogó las de proscripción de las Órdenes religiosas que allí regían, y autorizó á que todas ellas pudiesen en adelante ejercer su ministerio sin incurrir en pena alguna; y muchas otras disposiciones podrían citarse, que servirían para corroborar la tendencia que hacia la paz religiosa existía en aquella época en los distintos territorios del imperio.

planes de destrucción contra el Catolicismo, hería de muerte á los pastores, creyendo así diseminar el rebaño, y la muerte, y el hambre, y el destierro, y la astucia refinada, y las profanaciones más sacrílegas, todo se ponía al servicio de la causa del error. ¿Quién no hubiera pensado que viniendo aquel golpe de un Gobierno poderoso, de un Gobierno protestante, todo estaba perdido para los católicos alemanes? Sin embargo, ellos, puestos los ojos en Dios, que nunca á los suyos abandona, se prepararon para resistir y para luchar con denuevo por la causa de la verdad, aceptaron resignados, y hasta satisfechos, las pruebas terribles que se les imponían, y ni la persecución, ni el destierro, ni el hambre, ni las cárceles hicieron mella en sus valientes corazones. Pero no se contentaron con esos esfuerzos particulares y con padecer como mártires en el retiro de sus hogares, sino que se aprestaron á luchar como buenos soldados, poniendo el pecho á los tiros del enemigo.

En el campo político se fraguaba aquella conspiración formidable para destruir el Catolicismo en Alemania, y de él procedían las órdenes que oprimían á los católicos, y al campo político se lanzaron éstos unidos como un solo hombre, dispuestos á luchar en todos los terrenos bajo una dirección tan acertada y tan gloriosa como la de Windthorst, y así se formó y se robusteció el Centro católico alemán, que impuso su voz en el Parlamento, que llevó su acción católica al terreno social y que deshizo los planes del Canciller de Hierro, haciéndole retroceder arrepentido de su obra, pretendiendo hasta negar haber tenido parte

en la lucha contra los católicos cuando vió que el Centro era inexpugnable, y entonces hasta dió á León XIII el tratamiento de soberano y le pidió ser condecorado con la Orden de Cristo ¹.

No atacamos al Estado ni á la Constitución, defendemos los derechos de la Iglesia, decía Mallinckrodt; y, en efecto, los católicos alemanes no lucharon por el entronamiento de un rey, ni por el deseo de mando, ni por los intereses de fracciones políticas, ni por satisfacer ambiciones personales; lucharon por la fe, lucharon por la patria; y cuando por tan santas causas se lucha con desinterés, la victoria es gloriosa y es glorioso el vencimiento.

Cuando en el Reichstag se discutió la ley que se conoció con el nombre de Kanzel paragraph, á la que nos hemos referido en el cap. II, los diputados católicos del Centro, Mallinckrodt, Ketteler y Reichensperger, hicieron esfuerzos inauditos para impedir su aprobación, aunque todos esos esfuerzos resultaron estériles, y entonces fué cuando Windthorst logró su primer triunfo parlamentario, consiguiendo que aquella ley cruel se dulcificase algún tanto.

Después, siempre que en el Reichstag prusiano se presentaba un proyecto de ley hostil á los católicos, ó cuando los intereses de la causa religiosa lo exigían, los oradores del Centro no perdonaban sacrificio en defensa de su causa y hacían verdaderos prodigios de elocuencia. Muchas veces te-

¹ Al principio del Kulturkampf, Bismarck habia dicho en la Cámara que nunca iría á Canosa, refiriéndose á la ida de Enrique IV al castillo de Canosa á implorar el perdón del Papa Gregorio VII.

nían que sucumbir bajo el peso de una mayoría obediente al canciller; otras lograban, tras esfuerzos supremos, alguna pequeña ventaja ó parar un golpe que se les venía encima, y constantemente tenían en jaque á sus enemigos y se hacían respetar, sosteniendo muy levantado el pabellón del Catolicismo en Alemania. Windthorst era en estas luchas el campeón más esforzado y más temido de la causa católica; frecuentemente, cuando en la Cámara tomaba la palabra, hacía á su adversario el príncipe de Bismarck revolverse nervioso en su asiento; él descubría con maravillosa intuición y ponía de manifiesto con gran elocuencia los planes perversos del canciller, sobre quien solía lanzar con frecuencia los dardos agudos de una sátira que manejaba con una oportunidad y un tino admirables; y tal fué bajo su acertada dirección a tenacidad que demostraron aquellos valientes católicos, que hicieron exclamar á Bismarck: «Hace muchos años que lucho contra el Centro, y ahí está, siempre inexpugnable como una fortaleza. Me siento fatigado, fatigado de muerte, en tanto que la pujanza del Centro es invencible»¹.

A medida que la persecución arreciaba, iba siendo mayor el número de diputados con que el Centro contaba en la Cámara, y cada nueva elección llevaba consigo un aumento de diputados católicos. En 1871 eran 57 los que formaban parte del Parlamento; éste número llegó á 91 en 1874, á 95 en 1877, y á 103 en 1878, con lo que el Centro

¹ Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*; capítulo V.

llegó á ser la fracción más numerosa del Reichstag. Hoy figuran en él 100 diputados del Centro, á cuyo lado se encuentran, prestándoles su apoyo, 15 diputados de Polonia y 10 de la Alsacia-Lorena, y el Centro constituye la fracción más numerosa del Parlamento, y está en condiciones de decidir en una votación la victoria del lado que él se incline. En el Landtag prusiano son 100 los diputados del Centro, pero su importancia es menor, porque tienen frente á sí una mayoría compacta, y en el Landtag de Baviera forman la mayoría absoluta.

Este admirable resultado y este constante aumento de diputados del Centro era debido á que los católicos alemanes no hicieron lo que entre nosotros es tan frecuente que se haga, ó sea, despreciar los medios que las leyes en vigor ponen en nuestras manos para que, en lo que esté de nuestra parte, procuremos en el terreno político contribuir á que la causa de la verdad triunfe. En Alemania los católicos acudieron como un solo hombre á las urnas á depositar su voto en favor de los candidatos del Centro, y, hasta tal punto llegaron en su apoyo, que en 1889 se dió el espectáculo extraño de ser la proporción de los diputados católicos en el Parlamento superior á la de la población católica de Alemania, y que, á medida que aumentaba el número de diputados del Centro y éste adquiría cada vez mayor importancia, la mayoría, que, obediente á las más ligeras indicaciones del canciller, había votado aquellas leyes de persecución contra el Catolicismo, se deshacía y desorganizaba por momentos.

II

No era la menor causa, para que este admirable resultado se consiguiese, la actitud del episcopado y del clero alemán. Los obispos, por su parte, se habían manifestado en abierta y franca oposición contra las leyes de Mayo.

Hablando de Mallinekrodt dice Kannengieser 1: «Lo que apreciaba en más era la unión activa de los obispos. «Plazca á Dios — escribía el profesor Tewes, de Graz, — que vuestro episcopado siga las huellas del nuestro, porque entonces no tardará en renacer el espíritu católico en Austria.» Al hablar así no hacía vanas promesas de cortesano, sino que estaba convencido de que los obispos debían ser el centro de acción de la resistencia católica, no cesando de reivindicar para ellos esta altísima misión. Había comprendido que la lucha no sería posible sin que los pastores alentaran á los fieles con sus palabras y ejemplos, y quería que su partido se agrupase estrechamente alrededor de los obispos, y de todos los obispos. Únicamente de esta condición esperaba la salud.

«Los obispos prusianos entraron fácilmente en este orden de ideas, no sabiendo uno qué admirar más en ellos, si su heroísmo en el martirio, ó su concordia en la lucha. Ellos fueron el foco de

1 El despertar de un pueblo, cap. II, párr. 11.º

donde brotaba la luz que iluminaba á Alemania, el centro de donde partían todos los hilos de la organización católica y hacia el cual convergían todas las buenas voluntades. Entre los obispos y los jefes del partido existía un cambio nunca interrumpido de ideas, una especie de endósmosis y exósmosis política y religiosa que mantenía el perfecto equilibrio entre la Iglesia docente y la Iglesia discente.

«Las asambleas periódicas fomentaban este acuerdo. Los obispos se reunían cada año en la antigua ciudad de Fulda, junto á la tumba de San Bonifacio, el apóstol de Alemania; allí deliberaban muchos días en el más profundo secreto y se debatían minuciosamente los grandes intereses de la Iglesia prusiana. Los prelados que llegaban á Fulda, no abundaban quizás en el mismo género de ideas; les era permitido exponer los puntos de vista particulares que se trataba de hacer triunfar; pero terminada la conferencia, todas las divergencias de opiniones habían desaparecido. El acuerdo era completo; el público ignoraba qué hubiera sido el objeto preferido de estos debates; únicamente sabía que los obispos habían deliberado y orado. Los pastores volvían á sus respectivas diócesis, y los acontecimientos probaban siempre que sus esfuerzos no habían sido infructuosos. De estas reuniones de Fulda, cuya tradición se ha perpetuado, ha salido el triunfo de la Iglesia de Alemania: con su ordinaria penetración, Mallinekrodt había comprendido que la fuerza de los católicos residía en la unión de los obispos y en su acción común.

»Sus enemigos lo adivinaban también, y por eso no es extraño que procuraran provocar en el episcopado, no diré una defección ó una felonía, sino la simple disidencia de un prelado, más débil ó menos perspicaz que los otros. El Gobierno lo hubiera dado todo por tener un prelado que se aislara de sus colegas, que desaprobara, aunque fuera indirectamente, la actitud de los demás, que predicara la moderación ó la sumisión cuando los otros luchaban. Hubiera sido esto la brecha abierta en la Iglesia de Alemania, y para practicar la abertura en el tronco no hubiera vacilado en introducir la materia explosiva de la discordia; los autores del Kulturkampf hubieran quedado dueños del campo de batalla.

»Gracias á Dios, este triste espectáculo no se ha dado á los católicos alemanes. «La mayor desgracia que puede caer sobre la Iglesia — me decía Windthorst, — es el nombramiento de obispos á quienes el miedo, la debilidad ó la ambición pueda hacer serviles. Prusia no ha conocido obispos semejantes en el momento de la persecución; puede afirmarse que todos han sido héroes, cuando no mártires.»

El clero, por su parte, seguía sin vacilaciones á sus pastores; unos y otros sufrían resignados la más cruel persecución; el hambre, el destierro, la prisión y toda clase de vejaciones estaban constantemente amenazándoles, mientras que ellos rechazaban con dignidad y admirable entereza los insidiosos halagos que, para hacerles caer en las redes que se les habían tendido, se les hacían; y el pueblo católico, capitaneado por tan valien-

tes adalides, se unía y trabajaba sin descanso, y acudía generoso á subvenir á las necesidades de los ministros de Dios que, por su entereza, habían sido reducidos por el Gobierno á la miseria.

III

Con constancia y unión tan admirables, y con esfuerzos tan generosos y extraordinarios tan hábilmente dirigidos, la victoria tardaría más ó menos, pero, al fin, debía conseguirse, y se consiguió, en efecto. Al cabo de algunos años de persecución Bismarck comenzó á batirse en retirada; comprendió que su obra había fracasado, que los católicos tenían una virilidad y un empuje que él no había soñado siquiera, y que, por el camino de la violencia, la causa católica en Alemania adquiría vitalidad y fuerza de día en día.

Los viejos católicos, á pesar de sus esfuerzos y del apoyo oficial con que contaban, no habían logrado establecer en el imperio una jerarquía eclesiástica; la población católica no había respondido á sus sugerencias, y permanecía fiel á sus prelados y sumisa á las enseñanzas del pontificado; en el Vaticano se creía que los católicos prusianos no podían prestar juramento á la Constitución modificada por las leyes de persecución á la Iglesia, sino reservando formalmente los derechos de ésta; y si el Gobierno no admitía esta reserva, el Papa entendía que los católicos debían rehusar, de la

manera más categórica, el juramento que se le pedía. Esta situación violenta no podía continuar, y el mismo Gobierno buscaba la manera de dulcificarla; pero él deseaba que las leyes de Mayo continuasen en vigor, y la primer exigencia de Roma era que esas leyes de persecución se derogasen.

Pocos días después de elevado León XIII á la alta dignidad pontificia ¹ dirigió al emperador Guillermo, por conducto del Gobierno bávaro, la siguiente carta:

«Por los inexerutables designios del Señor, y sin ningún mérito por Nuestra parte, Nós hemos sido elevado á la Silla del Príncipe de los Apóstoles, y cumplimos el agradable deber de hacer conocer este hecho sin dilación á V. M. I. y R., que gobierna, bajo su cetro poderoso y glorioso, un tan gran número de fieles de Nuestra muy santa Religión.

»Afligido de no encontrar entre la Santa Sede y V. M. las relaciones que existían, felizmente, no há mucho. Nós hacemos un llamamiento á la magnanimidad de vuestro corazón, para obtener que la paz y la tranquilidad de las conciencias sean devueltas á esa parte considerable de vuestros súbditos. Y los súbditos católicos de V. M. no dejarán, como la misma fe que profesan les prescribe, de mostrarse de corazón adictos, deferentes y fieles á V. M.

»Plenamente convencido de la justicia de V. M.,

¹ Su Santidad el Papa León XIII fué el-gido para ocupar la Cátedra de San Pedro el día 20 de Febrero de 1878.

Nós invocamos á Dios Nuestro Señor para que os confiera la plenitud de sus bienes celestiales, y Nós le suplicamos quiera unirnos á V. M. por los lazos de la más perfecta caridad cristiana.»

El 24 de Marzo el emperador Guillermo respondía al Soberano Pontífice, y en su carta se insertaba el siguiente párrafo:

«Presto gustoso á las palabras amistosas que Vos me habéis dirigido la esperanza de que estaréis dispuesto, con la poderosa influencia que la constitución de Vuestra Iglesia concede á Vuestra Santidad sobre todos los servidores de esa Iglesia, á obrar de suerte que, aquellos de estos servidores que hasta ahora lo han desentendido, siguiendo en adelante el ejemplo de la población cuya educación espiritual les está confiada, obedezcan á las leyes del país en que habitan» ¹.

Los términos de esta contestación no eran á propósito para hacer nacer esperanzas en la pacificación religiosa en el imperio. Manifestaban, por parte del emperador, el deseo de que los prelados y los católicos todos prestasen obediencia á las leyes de persecución á la Iglesia, leyes que el Pontífice había con energía condenado, y con las que no estaba dispuesto á transigir, y que, por no aceptarlas, obispos y sacerdotes habían arrojado con valor los rigores del hambre, las tristezas de la prisión y las molestias del destierro. Sin embargo, la carta del Santo Padre al emperador había dado lugar á que, en un terreno extraoficial, se entablaran negociaciones encaminadas á

¹ *León XIII et le prince de Bismarck*, cap. I, párr. 4.º

encontrar una fórmula de arreglo entre ambas potestades.

En el mes de Marzo de 1878, el conde Holnstein, personaje de gran influencia en la corte de Baviera, y de la intimidad de Bismarck, decía al nuncio de Su Santidad en aquel reino, Mons. Masella¹, de quien antes estaba alejado: «Monseñor: nosotros debíamos reconciliarnos y unir nuestros esfuerzos contra el enemigo común, el socialismo.» Y en adelante mostró empeño con el nuncio en que éste fuese á tratar con el mismo Bismarck las cuestiones pendientes, y en convencerle de la conveniencia de que la corte pontificia se dirigiese directamente al canciller, asegurándole que en Berlín tendría una buena acogida.

El conde Holnstein y el príncipe de Bismarck daban al nuncio de Baviera, ya autorizado por la Santa Sede para entender en estas negociaciones, toda clase de facilidades para llegar á un pronto arreglo, siempre que estas cuestiones se trataran sin la intervención de los miembros del Centro en el Reichstag, de alguno de los cuales, y especialmente de Windthorst, decían ambos sagaces políticos que no se servían del conflicto religioso más que para satisfacer sus pasiones particulares y su hostilidad contra el imperio. Bismarck conocía perfectamente todo el valor de su adversario Windthorst, y sabía qué difícil era sorprenderle; por eso procuró prescindir de él y ensayó el medio de, á espaldas suyas, concertar directamente

¹ Mons. Masella ha muerto en Roma en el último mes de Noviembre.

con Roma una paz que le permitiese seguir con más seguridad combatiendo, aunque solapadamente, al Catolicismo, bajo las apariencias de respeto y consideración á la Iglesia, porque creía más fácil sorprender la buena fe de la corte pontificia que engañar á la Pequeña Excelencia. Pero esas negociaciones fracasaron, y á pesar de la buena acogida que Bismarck dispensó al nuncio, se obstinó en conservar, aunque con ciertas reservas, el espíritu de las leyes de Mayo, que Roma no podía aceptar.

Bismarck no había conseguido destrozár á los católicos con la acometida del león, y quería probar la astucia de la serpiente para adormecerlos y aniquilarlos; por eso desistió de continuar por el camino de la persecución violenta, para emprender el de una persecución disimulada y mansa, con la que esperaba obtener mejores resultados.

Esa nueva dirección hacia la paz aparente inició Bismarck con gran astucia, restableciendo á algunos obispos en sus diócesis, satisfaciendo en ellas las dotaciones eclesiásticas y levantando la prisión ó el destierro á muchos sacerdotes, y en 1882 hizo acreditar un representante de Prusia cerca de Su Santidad con objeto de concertar la paz religiosa que simulaba apetecer, y nombró para desempeñar esta misión á una persona de su completa confianza.

El Centro católico comprendió al punto cuál era el plan de su enemigo y procuró poner de manifiesto sus intenciones, para lo cual pidió la revisión de las leyes de Mayo. Entonces fué cuando Windthorst se colocó á una altura envidiable y

cadase se formase un fondo especial cuyo destino sería fijado ulteriormente por el Parlamento. Lógico era suponer que, restablecidas las dotaciones eclesiásticas, ese fondo se entregaría á la Iglesia, á quien injustamente se había arrebatado, y esa era la pretensión del Centro; pero aquel fondo ascendía á 20 millones de francos, y entregar esta suma á los mismos enemigos á quienes se había privado de ella para reducirlos y aniquilarlos por el hambre, era doloroso y humillante para el canciller, que trató de acudir á subterfugios con el fin de evadir tal compromiso, y, para huir de tratar la cuestión en el Parlamento y de tener que discutirla con el jefe del Centro, apeló á un medio que creyó que podía darle mejores resultados, cual fué el acudir directamente al Vaticano, donde no encontró lo que él buscaba, porque, prevenidos ya de su astucia, se le contestó que el Papa abandonaba completamente esta cuestión en manos del Centro católico y del episcopado prusiano. En esta situación, Bismarck acudió á todos los procedimientos dilatorios que su astucia le sugería, y oficial y extraoficialmente se dijo que la cuestión sería sometida muy en breve al Landtag, y, cuando Windthorst y los suyos pedían el cumplimiento de esta promesa, siempre se les ofrecía presentar muy en breve un proyecto de ley sobre este punto, pero sin que este ofrecimiento fuese nunca cumplido. El Centro, que comprendió la intención de aquellas dilaciones, no desistió de su empeño, y las sesiones del Landtag de 1890 fueron verdaderos torneos de elocuencia en que Windthorst apareció como un coloso confundiendo con su palabra á una mayoría

parlamentaria presa de verdadero furor sectario.

«El Kulturkampf—replicó Windthorst á sus adversarios en una de aquellas sesiones—fué comenzado por el príncipe de Bismarck, y él únicamente ha restablecido la paz religiosa en la medida que la gozamos; él sólo tenía poder para hacer triunfar la obra de pacificación aquí y allí (en la corte), y yo me complazco en aprovechar esta ocasión para expresarle públicamente mi reconocimiento.» No hay que perder de vista que estas palabras se pronunciaban algunos días después de la caída del canciller. La sesión en que fueron dichas y las de los días siguientes (Abril 1890), son de las más importantes de estos tiempos. Los discursos que en ellas se pronunciaron, las odiosas manifestaciones de la mayoría, la ausencia voluntaria del general de Caprivi, las declaraciones evasivas del ministro de Cultos, la actitud enérgica del Centro, todo contribuyó á hacer de ellas un espectáculo memorable. Windthorst tomó dos veces la palabra, y sus dos grandes discursos reflejan como un espejo las múltiples aspiraciones de los católicos prusianos. Rara vez su elocuencia habrá rayado á tanta altura. Vehemente é irónico unas veces, amargo é insinuante otras, sacó á la vergüenza pública, con su lógica implacable, las contradicciones, los abusos, las injusticias de la política religiosa de Berlín. El ministro estaba abrumado, confundido, y la mayoría del *cartel* estaba presa de un furor indescriptible. Hacía mucho tiempo que las tribunas no habían presenciado fiesta parecida»¹.

¹ Kannengieser: *Los Católicos alemanes*, cap. IV, párr. 3.^o

aunque eran rechazadas, no dejaron de producir efecto favorable en el ánimo del emperador y en el del canciller, é hicieron que el proyecto quedara relegado al olvido. Este fué el último esfuerzo del gran tribuno católico, esfuerzo seguido de su muerte, y por aquellos días Grossler abandonaba también el Ministerio ¹.

El nombramiento del nuevo ministro, conde de Zedlitz, hizo concebir á los católicos halagüeñas esperanzas, con tanta mayor razón, cuanto que en el ánimo del emperador y de todos estaba la necesidad de cristianizar la escuela, porque era cosa demostrada que los desórdenes y crímenes cometidos en Berlín reconocían como causa la falta de educación religiosa, y que los criminales pertenecían, en su mayor parte, á la generación educada en la escuela desecristianizada.

El ministro redactó un proyecto que puso en conmoción á los liberales y levantó entre ellos gran clamoreo. Zedlitz conservaba lo que el proyecto de Grossler tenía de bueno desde el punto de vista de la confesionalidad de la escuela, y las principales mejoras se referían á la formación de los maestros. Las escuelas, según el nuevo proyecto, habían de ser confesionales, y tanto el director, que generalmente era un sacerdote, como los profesores, debían pertenecer á la confesión de sus discípulos.

El inspector eclesiástico tendría derecho á exa-

¹ ¿Hubiera Windthorst conseguido este triunfo si se hubiera limitado, como muchos católicos españoles hubieran hecho, á esperar tiempos mejores ó á defender el derecho de su rey al Trono de Hannover?

minar, cuando lo tuviera por conveniente, la enseñanza religiosa de las escuelas normales, y á los exámenes de fin de curso debería asistir ese mismo inspector con derecho á voto, y si un candidato al magisterio era declarado incapaz para la enseñanza religiosa por el inspector, podría obtener un certificado de aptitud, pero no estaría autorizado para enseñar la Religión, y en la junta de instrucción primaria de cada escuela el segundo lugar le correspondería al sacerdote encargado de la enseñanza religiosa cuando no fuera inspector local, en cuyo caso le correspondería el primer puesto; y, por último, el ministro renunciaba á la confiscación de los fondos eclesiásticos escolares, y concedía la libertad de enseñanza.

Este proyecto de ley, á pesar de lo mucho que asustó á los liberales, no era, en rigor, otra cosa que la confirmación en su mayor parte de lo que entonces se practicaba, y no entregaba en manos del sacerdote la inspección local ni de distrito sobre la escuela.

En Enero se discutió la obra del ministro, y la batalla fué reñidísima, poniéndose el Centro y la derecha de parte del proyecto, que pasó á una comisión de 28 miembros. Los liberales, que estaban en minoría en esta comisión, no perdonaron medio para oponer obstáculos á su aprobación, y valiéndose de la influencia personal de algunos con el emperador, consiguieron de éste que el proyecto se retirase, y entonces el ministro de Cultos presentó su dimisión; pero de hecho este fracaso no influyó en la práctica de la enseñanza, puesto que ya queda dicho que el proyecto no

hacia otra cosa que sancionar lo que de hecho se venía practicando.

Después del proyecto del conde de Zedlitz las Cámaras de Prusia no se han ocupado en ninguna ley fundamental relativa á la organización de las escuelas, y en esta materia los católicos no han recuperado el terreno perdido desde 1870.

No puede decirse que es situación de paz y de libertad para la Iglesia Católica en una nación aquella en que se encuentran en todo ó en parte proscritas las Órdenes religiosas, porque son parte tan esencial de la Iglesia, que ni ésta puede aquietarse nunca con mutilación semejante, tan contraria á su institución divina y tan opuesta al derecho natural, ni es de católicos el cooperar ni consentir siquiera que así se vulneren los sagrados derechos de la Iglesia.

Por eso el Centro trabajó con empeño para que á Alemania volvieran las Órdenes religiosas expulsadas tan contra razón, y uno y otro día pidió que se revocaran las inicuas leyes que las habían proscrito del territorio alemán, hasta que consiguió que, aunque no del todo, se autorizase la entrada en Alemania de las suprimidas Congregaciones, y con el previo asentimiento del ministro volvieron á Prusia los capuchinos, dominicos, franciscanos, benedictinos, etc.; pero no se le-

vantó la proscripción para los jesuitas. ¡Qué honra tan grande para la inelita Compañía de Jesús! Siempre que la persecución á la Iglesia se inicia, y siempre que de la persecución queda algún vestigio, son sus hijos perseguidos y proscritos; ellos son el blanco de los primeros tiros de la impiedad disfrazada con uno ú otro nombre; y cuando ya la acometida parece haber cesado, aún los últimos disparos también se dirigen contra ellos.

Los católicos no perdonaron medio, ni desperdiciaron ocasión de reclamar la vuelta de los jesuitas, y en congresos y en reuniones tenidas en todas las provincias del imperio donde hay católicos se dejaban oír voces elocuentes pidiendo la vuelta de los jesuitas. «Nos faltan nuestros religiosos y todos nuestros religiosos, incluso los jesuitas; sobre todo los jesuitas»—decía Windthorst en el Congreso Católico de Coblenza de 1890, y los aplausos ahogaban su voz; y en este mismo sentido se enviaban al Reichstag innumerables peticiones.

Al fin el Centro se decidió á presentar la batalla, y en Diciembre de 1890 Windthorst depositó en la mesa de la Cámara una moción pidiendo la vuelta de los jesuitas. Todo el odio sectario se revolió airado contra esta proposición, y la prensa vomitó en periódicos y folletos todo género de insultos y calumnias groseras contra los hijos del gran Ignacio de Loyola; se trabajó por los enemigos cuanto es imaginable, hasta con el mismo emperador, para que la proposición del Centro no prosperase, aunque en el Parlamento se abriese camino, y, durante la discusión de la ley escolar, el canciller

Caprivi manifestó solemnemente que el Gobierno se oponía á la vuelta de los jesuitas. Ante esta declaración, el Centro creyó más prudente no insistir por entonces, y cuando su moción se puso á la orden del día, el conde Ballestrem la retiró en nombre de sus amigos del Centro.

Ni un momento han desfallecido los católicos en su empeño de ver restablecida en Alemania la Compañía de Jesús, y muy recientemente este tema ha vuelto á ser puesto á discusión en el Reichstag, en el que, hablando de esa proscripción inicua de la Compañía de Jesús, decía en Abril de 1894 uno de los jefes del socialismo en Alemania, Liebnecht: «*El Kulturkampf* es la tumba, no de la Iglesia Católica, que se pretendió enterrar, sino del cesarismo liberticida, que quería hacer los oficios del enterrador. La Iglesia posee una fuerza vital inmensa, y los que después de 1870 intentaban destruirla, debían haber principiado por conocerla, precisamente por el carácter de universalidad que ella tiene. La Iglesia Católica es un poder tan grande, que ha podido salir victoriosa de esta guerra, mientras que el protestantismo, después de Lutero, se halla cada día más envilecido por haberse hecho un nuevo sirviente del poder temporal. Eso es lo que la Iglesia Católica y la *Compañía*, su hermoso fruto, no han hecho jamás. Nosotros, por tanto, los socialistas, votamos por la abrogación de la ley de expulsión contra los jesuitas, entendiéndose que obramos así por espíritu de justicia»¹.

¹ *El Kulturkampf internacional*, cap. XVII.

Aún no han logrado los católicos que se levante en el imperio alemán la proscripción que pesa sobre la inclita Compañía de Jesús, á pesar de que el Centro reitera esa petición en cada Legislatura, y á pesar de que cuatro veces ha votado ya el Reichstag la abolición de la ley contra los jesuitas. El Consejo federal se ha negado siempre á ratificar este voto, y actualmente ha vuelto á ser planteada y está siendo discutida esta cuestión de la vuelta á Alemania de la Compañía de Jesús.

VII

Los católicos alemanes han logrado, merced á su organización y á su perseverancia, hacerse respetar en el imperio, y han conseguido triunfos admirables. «El actual emperador de Alemania, Guillermo II — dice á este propósito el cardenal Sancha¹, — viene acreditando también con actos públicos su interés eficaz en bien de la Religión. Ha subvencionado las obras de reparación de la iglesia católica de Santa Eduvigis, situada junto á su palacio imperial en Berlín; con recursos de su peculio ha contribuido á la terminación de las torres y cúpula de la iglesia catedral católica de Colonia, monumento admirable del arte gótico; el mes de Mayo último fué acompañado de su esposa, de sus hijos y de los altos dignatarios de pa-

¹ *Obra citada*, cap. XIX.

lacio á visitar el monasterio de benedictinos de María-Laach, cercano de Bonn, cuyo nuevo altar mayor, verdadera joya del arte, había sido costeado por su generosidad imperial. El abad le dió las gracias, y el emperador le contestó en los términos siguientes: «Grande es mi gozo por venir segunda vez á visitaros. Vuestra Orden benedictina ha merecido bien de la civilización. La sabiduría y el arte han tenido siempre en la Orden de San Benito su más decidido promotor y defensor. Alégrome de haber podido contribuir en algo á la restauración de vuestro hermoso templo, y podéis estar persuadidos de que en lo futuro no se apartará de vosotros mi protección. Y dondequiera que exista una Congregación religiosa, dondequiera que se reúnan personas para dedicarse al culto divino, ó para extender la Religión en el pueblo, sabed que allí estará mi protección imperial.» Estas palabras encierran una lección muy elocuente para los directores de los pueblos; Guillermo II es luterano, y, sin embargo, auxilia á las personas é instituciones católicas, y desea que haya gran fe religiosa en los ciudadanos, porque sabe que de ese modo cumplirán mejor sus deberes individuales, serán fieles á la patria, y sabrán defenderla hasta derramar la última gota de sangre para rechazar y vencer á los que atentan contra la integridad é independencia de la misma. El mismo soberano compró solar de veneranda tradición en Jerusalén ¹, y lo donó á los católicos ale-

¹ El sitio en que se verificó la Asunción de la Santísima Virgen.

manes para que edificasen allí un templo en honor de la Asunción de la Virgen Santísima; ha ofrecido tomar el protectorado de los cristianos en Oriente; se complace en distinguir y consultar al docto cardenal Kopp, príncipe obispo de Breslau, y, finalmente, es tanta la importancia que él concede á la Religión, que cree ser ella el único valladar contra el socialismo y contra el regicidio.»

En los primeros días del último mes de Noviembre, los periódicos que no están complicados en la conspiración del silencio para todo lo que sea favorable á la Religión Católica, como lo están los de mayor circulación en España, daban cuenta de que en su viaje por la Prusia occidental el emperador Guillermo visitó la catedral de Franenburg y de que, contestando á la felicitación del obispo de la diócesis, dijo que siempre sería el protector de la Religión Católica. La prensa protestante puso el grito en el cielo, y á lo que se decía, el Gabinete prusiano encontrábase dispuesto á publicar una nota oficiosa á gusto de esa misma prensa; pero el emperador se opuso á que esto se hiciera.

«Los protestantes — sigue diciendo el cardenal Sancha — han votado (en el Landtag en Marzo del año anterior) unidos al Centro católico una proposición enderezada á poner sobre el mismo pie las congregaciones benéficas de otros cultos con las asociaciones luteranas similares. El ministro de Cultos, Mr. Studt, ha elogiado esa igualdad, y en un discurso de gran resonancia ha enaltecido la Iglesia Católica, su acción social, sus progresos y el aumento de congregaciones religiosas. Ha prometido borrar completamente los

Ante esta actitud resuelta de los diputados católicos, le fué preciso al ministro de Cultos presentar sobre la cuestión que se discutía un proyecto de ley, según el cual el Estado confiscaría los 20 millones de francos, y en cambio garantizaría á las 12 diócesis prusianas una renta anual de 700.000 francos, renta cuya regulación y entrega quedaba casi por completo sujeta al capricho ministerial. La prensa protestante recibió con júbilo este proyecto, pero los católicos le rechazaron con energía, y Windthorst demostró en el Parlamento que lo que se intentaba era sencillamente un robo. El proyecto fué remitido á una comisión compuesta de 21 miembros, de la que sólo ocho católicos formaban parte al lado de personas escogidas de entre los que estaban poseídos de mayor odio sectario contra la Iglesia y más se habían distinguido por él durante el Kulturkampf, por lo que no era difícil adivinar lo que esa comisión haría. Trató, en efecto, de hacer más dura la ley, á pesar de los esfuerzos de los católicos, y con este objeto se presentaron enmiendas que, por combinaciones y antagonismos políticos dentro de la comisión, se desecharon, y el proyecto volvió al Landtag como en un principio se había presentado, siendo discutido en segunda lectura en los días 3 y 4 de Junio de 1890. En esta discusión la rabia protestante se desencadenó contra los católicos, y los oradores de la mayoría, más que como diputados, como energúmenos, prorrumpieron en toda clase de intemperancias; pero aquel mismo encono hizo que la cuestión quedase sin resolver, porque ni la mayoría admitía reforma alguna en el proyecto, ni

el Centro admitía el proyecto sin reformas y estaba decidido á no prestar su consentimiento á aquella limosna que se fingía entregar á la Iglesia Católica alemana, y con la que se pretendía sujetar á sus miembros al capricho y á la arbitrariedad ministerial.

En Enero de 1891 el ministro de Cultos vióse precisado á presentar un nuevo proyecto sobre la misma cuestión; en ese proyecto se decía que los veinte millones serian repartidos á prorrata entre las quince diócesis que habían sufrido retenciones, que cada una recibiría lo que se había confiscado á su clero y á sus instituciones religiosas, y que cada obispo restituiría desde luego una parte de ese capital á los que habían sido privados de sus emolumentos, y el resto le destinaria á la construcción y restauración de iglesias ó de otros edificios religiosos, á la fundación de cajas de jubilación para sacerdotes ó de becas para seminaristas, al aumento de dotación de canónigos, del personal administrativo de los obispados, etc.

Es verdad que en este proyecto no se hacía mención de los intereses de esos veinte millones, que ascendían á una suma considerable; pero al fin la causa de los católicos había ganado terreno, y el Centro había logrado que se reconociese por el Gobierno la obligación en que estaba de devolver á la Iglesia los bienes que le había injustamente arrebatado.

Los diputados protestantes que más se distinguían por su odio implacable contra la Iglesia Católica recibieron este proyecto con verdadera rabia, y excitaron el entusiasmo de sus camaradas

para oponerse á su aprobación por todos los medios; se designó de nuevo una comisión, formada por veintiún miembros, que propuso modificaciones al proyecto, que le variaban por completo, claro está que en sentido de hostilidad á los católicos. La mayoría era opuesta á que se concediese á los obispos facultades tan amplias como las que el proyecto contenía, y al fin, en 24 de Junio de 1891, se votó la ley en la que el anterior proyecto había sido modificado. En ella se acordó la devolución del capital confiscado, pero se disponía que el fondo que á cada diócesis correspondiese se entregaría directamente á las personas perjudicadas, las cuales habrían de ser designadas por una comisión nombrada por el ministro de Cultos, de acuerdo con el respectivo prelado, y que el excedente de cada diócesis, después de hechos estos pagos, sería entregado al obispo, quien dedicaría la renta, de acuerdo con el ministro de Cultos, á asistir á los sacerdotes jubilados, á mejorar las asignaciones de los canónigos y funcionarios de la administración episcopal ó á ayudar á las parroquias pobres á la restauración de sus iglesias, capillas, presbiterios, etc.

El Gobierno, según esta ley, debía dar cuenta al Landtag del uso que hubiera hecho de ella.

Cuestión es de innegable trascendencia y de una importancia extraordinaria todo lo que se refiere á la enseñanza, que, bien dirigida é inspirada en

los principios de la verdad católica, puede ser origen de bienes inmensos para el individuo y para la sociedad toda, y que será causa de males sin cuento si de ella se apoderan hombres sin fe y sin conciencia. Por eso será siempre poco cuanto con la idea de mejorar y catolizar la enseñanza se haga, y por eso los católicos alemanes tomaron con gran empeño el propósito de recabar de los poderes públicos cuanto terreno pudieran del que el Kulturkampf había arrebatado á la enseñanza católica.

Con razón los obispos españoles dicen en su instrucción pastoral, con motivo del Congreso católico de Santiago de Compostela: «Los obispos congregados en torno del Sepulcro de nuestro Padre en la fe, Maestro de ella y Apóstol de todos los pueblos españoles, exhortamos vivamente á nuestros fieles á que sostengan con valor los imprescriptibles derechos de la enseñanza cristiana y la libertad que compete á los padres de familia de educar á sus hijos según las prescripciones de la ley de Dios y los impulsos de su corazón cristiano.» Pero, á pesar de que en España tanto se ha perseguido á la enseñanza católica y se han conculcado los más sagrados derechos de los padres en ella por tiranuelos liberales, es de lamentar que los católicos no hayan dado á estas cuestiones toda la importancia que merecen.

Ya hemos visto en el capítulo II cuál era la situación á que habían dejado reducida la enseñanza de la escuela, en lo que al orden religioso se refiere, los autores del Kulturkampf, y ya que á los católicos no les era posible, porque el Estado

había monopolizado la enseñanza, crear escuelas libres, procuraron por todos los medios resistir á la enseñanza anticatólica que se trataba de dar á sus hijos, y, donde veían que el maestro no seguía siendo fiel á las enseñanzas de la Iglesia, el sacerdote procuraba poner al corriente de este peligro á los padres de familia, lo cual constituía sin duda una contrariedad para el mismo maestro, y en el seno de las familias católicas se procuraba contrarrestar la influencia perniciosa de la enseñanza oficial, y cada casa se convertía en una escuela de catecismo, y hasta los obreros, después de la fatiga del trabajo del día, venían á sus casas y enseñaban á sus hijos el catecismo, y procuraban informarse de lo que en la escuela les habían explicado.

«Desarrollábanse — dice á este propósito Kanningeser ¹ — escenas que recordaban los más hermosos días del cristianismo primitivo. ¡Qué relatos y qué enseñanza en estas familias católicas!» «Nuestro santo obispo — refería la madre con lágrimas en los ojos — está allá, muy lejos, en el desierto; el señor cura acaba de ser arrestado por los gendarmes á media noche, y metido en esa horrible prisión en donde habitan ya tantos sacerdotes..... ¡Rogad, queridos hijos míos, por la santa Iglesia Romana!» Y las manitas se cruzaban piadosamente, y los cándidos ojos azules alzábanse hacia el crucifijo, y una ardiente plegaria subía al cielo por el Papa y por el señor cura. Entonces el padre, silencioso, crispaba sus callosas manos, y

¹ *El despertar de un pueblo*, cap. III, párr. 4.º A.

en medio de un sollozo que oprimía su garganta, murmuraba con rabia: «¡No, no poseerán el alma de estos queridos pequeñuelos!»

«Y no la poseyeron. El pueblo católico ha hecho frente á sus perseguidores; la desgracia, la multa, la prisión, nada ha podido quebrantar su heroica resistencia. La ley sectaria de 1872 y el decreto ministerial de 1876 no dieron los resultados que perseguían sus autores; Falk no había contado con la vigilancia del clero ni con la firmeza de los padres católicos.»

No se cansaron sin embargo los católicos de formular en todos los tonos su protesta contra la escuela no confesional, y en periódicos, asambleas y congresos católicos elevaron sin cesar sus quejas á las Cámaras y al mismo emperador, y aun cuando todo esto no hacía que el Gobierno renunciase á su monopolio sobre la enseñanza, sin embargo, al advenimiento de León XIII al solio pontificio, los autores del Kulturkampf mostraban desaliento, mientras que el Centro católico aparecía cada vez más poderoso y era el partido más fuerte del Reichstag; el emperador hizo comprender que estaba ya cansado del Kulturkampf, y entonces Bismark entabló negociaciones con el nuncio de Munich, Mons. Masella, á las que ya nos hemos referido, y en 14 de Julio de 1879 el ministro Falk presentó la dimisión de su cargo, que le fué en seguida aceptada.

En 13 de Agosto de 1879, el clero de las diócesis de Munster y de Paderborn dirigióse de nuevo al ministro de Cultos abogando por la enseñanza religiosa, y otro tanto hizo el 1.º de Septiembre

del mismo año el clero de Tréveris, y el ministro respondió en 5 de Septiembre al clero westphaliano con una negativa categórica, aunque tratando de hacerle concebir las más lisonjeras esperanzas, y, cambiando á poco de opinión, publicó en 5 de Noviembre un decreto que atenuaba la política de Falk, puesto que disponía que se hiciese una información escolar, y decía que en aquellas circunstancias podíase confiar la enseñanza religiosa á mayor número de sacerdotes.

Como la ley de 1872 dejaba al Gobierno gran libertad de acción respecto á la intervención del clero en la escuela, el nuevo ministro se la fué dando mayor en la práctica, y hasta designó á muchos sacerdotes para desempeñar los cargos de inspectores; pero este favor ministerial no satisfacía á los católicos, que deseaban estar más garantidos, y de ahí que pidiesen la publicación de la ley escolar prometida por el art. 24 de la Constitución de 1850. Windthorst depositó en Febrero de 1888, en la mesa del Landtag, una moción destinada á garantir á los católicos la enseñanza religiosa en las escuelas, que contenía los cuatro artículos siguientes:

«1.º No pueden desempeñar las funciones de profesores más que las personas contra quienes la autoridad de la Iglesia no tenga nada que objetar desde el punto de vista eclesiástico religioso. Si en el desempeño de su cargo deja algún profesor algo que desear bajo este concepto, se le quitará la enseñanza religiosa.

»2.º Únicamente la autoridad eclesiástica tiene el derecho de determinar las personas que pue-

den enseñar la religión en cada escuela primaria.

»3.º Los sacerdotes encargados por la autoridad eclesiástica de dirigir la enseñanza religiosa, pueden á voluntad enseñar por sí mismos la Religión según el programa oficial, ó asistir á las lecciones religiosas del profesor, intervenir y dar á éste instrucciones que se verá obligado á cumplir.

»4.º Las autoridades eclesiásticas designarán los textos que han de emplear los profesores y discípulos para el estudio de la Religión; indicarán también los ejercicios religiosos que deben practicar, fijarán las materias del programa de la enseñanza religiosa y su distribución en cada clase.»

Esta proposición encontró una oposición terrible en la Cámara y fuera de ella, y, como no fué discutida en la legislatura de 1888, el Centro la reprodujo, y al fin llegó su turno de discusión el 27 de Febrero de 1889. Windthorst inició el debate, que sostuvo con los suyos con bríos extraordinarios frente á todas las demás fracciones de la Cámara, excepto algún protestante que se puso de su parte, pero el Centro fué derrotado por una gran mayoría, á pesar de lo cual los católicos quedaron muy satisfechos de su campaña.

El Centro no desistió de su empeño, y como pedía que se publicase la ley prometida por la Constitución de 1850, el ministro de Cultos, Grossler, á principios de Noviembre de 1890, depositó en la mesa de la Cámara un proyecto de ley contrario á los intereses del Catolicismo. He aquí algunos fragmentos de ésta ley:

«1.º La escuela popular tiene por objeto pro-

porcionar á la juventud una formación religiosa, moral y patriótica por la instrucción y la educación.

»2.º Las materias de enseñanza son la Religión, la lengua alemana, etc.

»12. Se procurará atender todo lo posible á la confesionalidad, al establecer escuelas.

»En principio debe recibir todo niño la instrucción religiosa conforme á su confesión. En las escuelas mixtas se procurará asegurar la enseñanza religiosa á los alumnos de cada culto, cuando su número no sea menor de 16.

»15. Si los niños pertenecientes á una confesión pasan de este número, la autoridad competente puede crear una escuela especial para ellos.

»16. La enseñanza religiosa de cada confesión, debe estar en armonía con esta confesión.

»17. La dirección de la enseñanza religiosa en la escuela primaria pertenece á las respectivas confesiones. Por consiguiente: 1.º La introducción de nuevos programas relativos á la enseñanza religiosa, se hace de concierto con las autoridades de cada confesión. 2.º Antes de señalar nuevos textos se hará una información cerca de las autoridades eclesiásticas, para saber si tienen algo que objetar respecto de las doctrinas contenidas en los mismos. 3.º Los eclesiásticos encargados por sus superiores de la enseñanza religiosa, tendrán el derecho de asistir al curso de instrucción religiosa del profesor y de intervenir en ella, presentando cuestiones que les permitan cerciorarse de la rectitud de la doctrina y de los progresos de los alumnos.»

«El lector francés — dice Kannengieser ¹, y nosotros podemos aplicar este párrafo al lector español — acostumbrado á la escuela atea y á la enseñanza anticristiana, quizás encuentre esta ley muy aceptable. Los católicos alemanes, que aspiran á ser árbitros de la educación religiosa de sus hijos, considerábanla, por el contrario, como una violación de sus derechos y una tentativa de protestantización.»

Los jefes del Centro vieron que, si ese proyecto se aprobaba, el árbitro y dispensador de la enseñanza era el Estado; que al clero se le dejaba cierta intervención sólo en la enseñanza religiosa, pero que en cualquier conflicto el ministro era el árbitro; que no se decía á qué confesión había de pertenecer el maestro, ni se derogaba la ley de vigilancia de 1872; y como además Grossler coronaba su obra con la confiscación de los fondos eclesiásticos destinados á las escuelas, los católicos todos se mostraron en abierta oposición al proyecto, y el episcopado se reunió en Colonia y redactó un mensaje de protesta dirigido al ministro de Cultos.

El 5 de Diciembre de 1890 se discutió el proyecto en la Cámara, discusión en que tomó parte muy activa y brillante el mismo Windthorst, y el proyecto pasó á una comisión formada por veintiocho miembros.

En esta comisión Windthorst hizo verdaderos prodigios de actividad y de elocuencia presentando enmiendas y haciendo observaciones que,

¹ *El despertar de un pueblo*, cap. III, párr. 2.º, C.

últimos restos del Kulturkampf, y se ha obligado á presentar un proyecto de nueva ley escolar, conforme á los deseos del partido conservador y del Centro católico. Últimamente demostró cierta complacencia en probar con datos estadísticos que en quince años se habían fundado 621 casas religiosas, porque mientras en 1882 sólo había 914 casas, el año 1897 existían ya 1.535.*

No hace mucho tiempo, durante el año 1901, Varentrapp, profesor de historia moderna de la universidad de Strasburgo, dejó la cátedra que desempeñaba, y, en virtud del derecho de presentación que para la provisión de cátedras tiene, la facultad de filosofía propuso al Gobierno una lista de cuatro nombres, uno de los cuales, que es protestante, fué designado para ocupar la vacante, pero se creó al mismo tiempo una segunda cátedra de historia moderna que fué confiada al Dr. Spahn, que es católico. Los profesores protestantes se mostraron indignados por este nombramiento y, creyéndole obra de los ministros, acudieron al Trono para que reparase la falta cometida. y cuando en la universidad de Strasburgo se abrigaban mayores esperanzas de que el emperador desharia lo hecho, el gobernador de Alsacia-Lorena recibió un despacho concebido en estos términos: «He firmado hoy las cartas patentes del Dr. Spahn. Este será ciertamente un excelente profesor para la universidad. Me regocijo de poder así satisfacer los deseos de mis alsacianos-loreneses y probarles, tanto á ellos como á todos mis súbditos católicos, que las capacidades científicas, cuando están basadas sobre el patriotismo y la fidelidad al impe-

rio, serán siempre utilizadas por mí para el bien y la prosperidad de la patria»¹.

El viejo historiador Mommsen escribió un artículo de protesta contra el nombramiento de un católico y contra la decidida intromisión del emperador en este asunto, y todos los profesores anticatólicos del imperio le hicieron coro; pero el emperador no mostró preocuparse gran cosa. Con ocasión de las fiestas de Navidad del año 1901 envió su retrato á Mr. Althoff, que era quien había extendido el nombramiento de Spahn, y en ese retrato escribió este significativo proverbio: «¡No son los peores los frutos en que se ceban las avis- pas!» ¡Figúrese el efecto que esta dedicatoria produciría entre los profesores protestantes y racionalistas²...!

Muchos han creído que la unión que existe entre el emperador y el Centro indica que el corazón del joven soberano abriga sentimientos católicos debidos á la influencia de su augusta abuela, de quien se dijo, aunque tal vez no con bastante fundamento, que había muerto en el seno de la Iglesia Católica, y ha dado pábulo á esa creencia el ver las atenciones del emperador hacia los católicos y hacia las Órdenes religiosas. Tal vez —

1 Entre los católicos no se celebró este nombramiento tanto como parecía natural esperar: y es que el joven Dr. Spahn, á pesar de figurar como católico y hacer profesión de serlo, tenía concomitancias y antecedentes poco favorables para la profesión de una pura ortodoxia. ®

2 Acerca de este ruidoso incidente del Dr. Spahn puede consultarse el artículo *Les universités allemandes contre l'empereur*, escrito por A. Kannengieser y publicado en *Le Correspondant* del día 10 de Enero de 1902, pág. 42.

nocer el calificativo de católicos, se diferencia de los otros en cuestiones importantes esencialmente políticas, en un todo opinables, muchas de ellas circunstanciales, pero que los dividen lo bastante para no poder formar una sola agrupación política; y si á uno solo de esos partidos existentes se diera el nombre y el carácter de católico, habría de ser á costa de sacrificar las ideas puramente políticas de los que, estando hoy fuera de él, se creyeran en sus deberes de católicos obligados á ingresar en ese partido y de sujetar el Catolicismo y los intereses católicos en España á ciertas formas é ideas políticas que están muy lejos de ser esenciales para la práctica del Catolicismo, contrariando así la doctrina que Su Santidad ha expuesto, no en términos generales, ni con relación á otros países, sino dirigiéndose á los católicos españoles en época que un solo partido trataba de monopolizar el nombre de católico, de que los pareceres puramente políticos «se pueden sostener en su lugar honesta y legitimamente, porque la Iglesia no condena las parcialidades de este género con tal que no estén reñidas con la Religión y la justicia»¹.

«La Iglesia rechaza en gran manera — dice nuestro gran Pontífice León XIII² — ser esclava de ningún partido y doblegarse servilmente á las mudables exigencias de la política. Por la misma razón, guardando sus derechos y respetando los ajenos, piensa que no debe ocuparse en declarar

¹ Enciclica *Sapientiae christianae*.

² Enciclica *Cum quilla*.

qué forma de Gobierno le agrade más, con qué leyes se ha de gobernar la parte civil de los pueblos cristianos, siendo indiferente á las varias formas de Gobierno mientras queden á salvo la Religión y la moral. A este ejemplo se han de conformar los pensamientos y conducta de cada uno de los cristianos. No cabe la menor duda que hay una contienda honesta hasta en materia de política, y es cuando, quedando incólumes la verdad y la justicia, se lucha para que prevalezcan las opiniones que se juzgan ser más conducentes que las demás al bien común. Pero arrastrar la Iglesia á algún partido ó querer tenerle por auxiliar para vencer á los adversarios es propio de hombres que abusan inmoderadamente de la Religión. Por el contrario, la Religión ha de ser para todos santa é inviolable, y aun en el mismo gobierno de los pueblos, que no se puede separar de las leyes morales y deberes religiosos, se ha de tener siempre y ante todo presente qué es lo que más conviene al nombre cristiano; y si en alguna parte se ve que éste pelagra por las maquinaciones de los adversarios, deben cesar todas las diferencias, y unidos los ánimos y proyectos, peleen en defensa de la Religión, que es el bien común por excelencia, al cual todos los demás se han de referir».....
«Se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la Religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del Catolicismo á los que pertenecen á otro partido. Esto, en verdad, es meter malamente los bandos en el augusto campo de la Religión, querer romper la concordia fraterna

y abrir la puerta á una funesta multitud de inconvenientes»¹.

Pero si no es posible, al menos por ahora, formar en España un partido político católico idéntico al alemán, la unión de los católicos españoles en el terreno político-religioso es una aspiración que toma cuerpo cada día, y de la que se hacen con frecuencia ensayos parciales que el mismo episcopado procura y que hasta el Sumo Pontífice recomienda, y esta unión es de absoluta y urgente necesidad para los católicos españoles.

Entre los muchos documentos que podrían citarse en que consta el deseo de Su Santidad de que los católicos se unan, es especialmente expresiva la Encíclica *Cum multa*, dirigida, como antes se ha dicho, á los católicos españoles, en la que dice que «los partidarios de bandos contrarios, por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo, en que es preciso salvar los intereses católicos de la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño aplicarse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos respecto á política». Y el ver que esa unión, tal como Su Santidad la deseaba, encontraba entre muchos católicos españoles resistencias que la hacían imposible, hizo que el Santo Padre, en carta dirigida al hoy cardenal Casañas, entonces obispo de Urgel², manifestase su pesar en estos términos:

¹ Encíclica *Cum multa*.
² En 20 de Marzo de 1880.

«Es en verdad deplorable que engañados muchos, y entretenidos por opiniones de partidos ó banderías políticas, no menos que por humanos intereses, hayan descendido á la arena para combatir unos con otros bajo la dirección y mando de unos pocos que abusan de la eximia religiosidad de ese pueblo, para humillar á los adversarios con los que se hallan en desacuerdo en materias políticas, para satisfacer codicias y privadas aspiraciones, y para convertir en propia substancia las cosas que son de Dios. Cuál sea el espíritu de que se hallen dominados esos jefes en su modo de obrar, lo demuestra el hecho de que se arroguen en la Iglesia el ministerio de la enseñanza, pronunciando su fallo acerca de la fe y la sana doctrina de sus hermanos; que no quieren reunirse en las empresas que á la Religión interesan con aquellos que tienen enfrente, ni aún dentro de los mismos templos; que se llenan cada día recíprocamente de públicos ultrajes por medio de la prensa periódica; que, desnaturalizando y torciendo el sentido de documentos, de suyo nada equívocos, en los cuales reprueba su conducta la potestad eclesiástica, los aplican á su propio parecer y dictamen; que al ser severamente amonestados, no cesan de buscar sagazmente escapes y eflugios, finalmente, que desconfiados y recelosos con sus pastores, aunque de palabra manifiestan acatamiento y reverencia, mas de obra y de verdad menosprecian su autoridad y dirección..... Estas contiendas y solapadas enemistades, enteramente indignas de la condición de cristianos no sirven para el fomento de la Religión y de la verdad, se-

gún se pretexta, sino para otros propuestos fines. Por lo cual, si después de tan extraordinaria solitud, inútilmente empleada por Nós y por los obispos para desviarles de una senda erizada de escollos, se obstinan persistiendo en su tenaz juicio, cosa clara es que aborrecen la luz y que prefieren ser ciegos y guías de otros ciegos. Todo lo cual es para Nós muy sensible; pero se Nos hace todavía más acerbo el ver que en estas contienidas, por todo extremo lamentables y menguadas, hayan tomado parte algunos eclesiásticos que se han olvidado de su deber, y lo que es aún peor, algunos religiosos de antiguo distinguidos por su fidelidad y amor á la Sede Apostólica, los cuales, secreta ó públicamente, ayudan á que este mal arraigue del todo y se propague más y más, con gravísimo daño de los más altos intereses de la Iglesia y de la patria.» Y termina el Romano Pontífice esta carta exhortando á que los católicos todos trabajen por realizar sus vehementes deseos, «atendiendo á la voz de sus pastores, y puesto por debajo todo mundano interés, con ánimo vigoroso, digno de la fe de sus padres, y con estrechísima unión de voluntades, se lancen á la carrera, á manera de falange, para la defensa de la Madre común, que es la Iglesia».

Igual deseo manifestó el Romano Pontífice al contestar al mensaje que los prelados le habían dirigido con motivo del Congreso Católico de Zaragoza, y en la alocución que dirigió á los peregrinos españoles en 1894, en que Su Santidad dijo estas palabras: «Es necesario que todos los católicos de España se persuadan de que el bien su-

premo de la Religión pide de su parte unión y concordia. Es necesario que den treguas á las pasiones políticas que los desconciertan y dividen, y, dejando á la Providencia de Dios dirigir los destinos de las naciones, obren enteramente acordes, guiados por el episcopado, para promover, por todos los medios que las leyes y la equidad permitan, los intereses de la Religión y de la patria, y compactos resistan á los ataques de los impíos y de los enemigos de la sociedad civil.»

El deseo de esa unión se ha manifestado constantemente en los congresos católicos, siquiera con frecuencia los mismos que la pedían la alejaban más cada vez con su conducta, y, en los de Zaragoza y Burgos muy principalmente, el episcopado llegó á fijar bases concretas para esta unión sin proponerse formar un partido político, y el mismo episcopado, reunido en el Congreso recientemente celebrado en Santiago de Compostela, en que esa aspiración se manifestó una vez más, decía en su instrucción pastoral: «No podíamos dejar de hacernos cargo de la aspiración general de los buenos y sencillos fieles suplicando á todo trance la recomendada unión de los católicos. Este ha sido nuestro constante pensamiento y ensueño; este debe ser el primer remedio de nuestros males; esta es la primera palabra para la reconquista de las almas: disponer á los cristianos como el Espíritu Santo dibuja á sus adeptos: *sicut castrorum acies ordinata* (á manera de bien organizada milicia). Y la fórmula de este sublime orden, de esta ansiada organización, consiste en la adhesión y obediencia de los fieles á sus obispos y de

y esto es lo más probable — esas demostraciones son hijas de miras políticas, lo que demuestra hasta qué punto los católicos se han hecho acreedores al respeto hasta de los más altos poderes del imperio, que se ven precisados á guardarles consideraciones porque necesitan de su concurso.

El número de católicos ha aumentado en Alemania durante los últimos años. Según el empadronamiento de 1900, existen en el imperio 35.231.810 protestantes y 20.327.913 católicos, á pesar de que el Catolicismo sufre muchas pérdidas á causa de los matrimonios mixtos, y si, no obstante esas pérdidas, el número de católicos ha aumentado, este aumento es principalmente debido á que en las familias católicas, por lo mismo que es mayor la moralidad, es mayor el número de matrimonios y más abundante la sucesión legítima, y á que muchos católicos inmigran de Austria.

VIII

Muerto Windthorst, los enemigos del Centro católico esperaban con júbilo anticipado que éste perdería toda su importancia y no tardaría en venir á tierra por falta de su principal apoyo; pero el Centro no era una institución personal, no dependía ni en su organización ni en sus funciones de la voluntad ni menos del capricho del hombre ilustre que se hallaba á su frente; respondía á una

necesidad muy generalmente sentida, era un edificio levantado por el trabajo perseverante y entusiasta de muchos hombres eminentes de corazón y sostenida por la adhesión del pueblo católico, y si Windthorst estaba á su cabeza, era porque en él encarnaban aquellas ideas y aquellas aspiraciones de muchos millones de católicos, y porque él había sido el primero en luchar por la causa que el Centro defendía, y, cuando una institución se encuentra en estas condiciones, la falta de la persona que está á su frente y que lleva su representación, por sensible que sea, y lo fué mucho en este caso, no es nunca causa de su muerte, y por eso el Centro católico, contra lo que sus adversarios esperaban, siguió cada vez más pujante.

Los periódicos enemigos del Centro propalaron con gran algazara que en él existían hondas divisiones que comprometían seriamente su vida entre la tendencia aristocrática y la democrática, y esas escisiones, ni eran tan hondas como los enemigos del Centro decían, ni tenían la importancia que quería dárseles.

El canceller Caprivi, que había sustituido á Bismarck, había sabido conquistarse las simpatías del Centro, de cuyo apoyo necesitaba; pero los católicos fueron comprendiendo que no podían confiar gran cosa en las intenciones del canceller, y como se negaron á aprobar los créditos que éste les pedía, se declaró en abierta oposición al Centro. En las elecciones próximas, el Gobierno persiguió cuanto pudo á los candidatos católicos, prestando apoyo á cualquiera otro que luchase en contra de alguno del Centro, y hasta procuró que

algunos católicos se prestaran á presentar su candidatura frente á otras candidaturas católicas del Centro, para cuya estratagema no le faltaron algunos nombres, y en vista de esta actitud del Gobierno, los socialistas se aprestaron con mayor ahínco á la lucha en los distritos católicos.

Por otra parte, el Centro tenía que luchar con la división que en él habían introducido esas dos tendencias aristocrática y democrática que de hecho existían. Cuando se discutió el proyecto de ley militar, una fracción del Centro, el ala derecha, votó la ley, mientras que la rechazó la inmensa mayoría. Desde entonces, aquel grupo del ala derecha, al que se llamó ala aristocrática, capitaneado por el barón de Huene, se manifestó en oposición al resto del Centro católico, al que se llamó ala democrática, y desde que el canciller Caprivi leyó el decreto de disolución del Reichstag, aquella ala aristocrática se separó completamente del Centro y le hizo guerra encarnizada. Había entre aquellos disidentes hombres que habían prestado servicios eminentes á la causa católica, como el barón de Schorlemer-Alts, y si á esta agrupación se le llamó ala aristocrática, fué porque la inmensa mayoría de los que la formaron eran aristócratas, aunque otros muchos aristócratas, continuaron fieles al Centro y votaron en contra de la ley militar. Muchos de esos disidentes volvieron después al seno del Centro y otros se separaron de los que les habían arrastrado, y permanecieron después en una actitud neutral, y todos, ó la mayor parte de los que produjeron esta escisión eran personas que, por unas ú otras razones, general-

mente por conveniencia personal, tenían interés en estar en buena armonía con el Gobierno.

Sin embargo de la presión oficial y de esa división que en el seno del Centro había surgido, las elecciones de 1893 demostraron que el Centro continuaba siendo la fortaleza inexpugnable que hasta entonces había sido, y debióse sin duda en gran parte este feliz resultado al celo é inteligencia del caudillo que había seguido á Windthorst en la jefatura del Centro. El doctor Lieber, en quien concurrían dotes excepcionales de ilustración, de talento y de elocuencia, luchó en esta ocasión con tan feliz resultado que en el primer escrutinio obtuvo 82 triunfos y 32 *ballottages*, muchos de los cuales significaban otras tantas victorias, y en el segundo escrutinio ganó diez puestos más, con lo cual el número de diputados católicos en el Reichstag fué el mismo que hasta entonces había sido, y mientras que el Centro se robustecía en sentido democrático, el ala derecha quedaba casi por completo disuelta ¹.

1 En los primeros días del mes de Abril del año anterior, los periódicos han dado noticia de la muerte del doctor Lieber, acaecida en Camber, su pueblo natal, cerca de Coblenza, á los sesenta y cuatro años de edad, y la prensa toda ha hecho de él grandes elogios. La sencillez era la nota distintiva de su carácter; en Berlín, su hospedaje era la humilde celda de un convento.

Actualmente el jefe del Centro es el conde de Ballestrem, presidente del Reichstag.

IX

Al Centro católico alemán, y á la hábil política de León XIII, se deben todos esos triunfos del Catolicismo en Alemania, y la existencia y organización de ese Centro, que ha sostenido lucha tan gloriosa contra los enemigos de la Iglesia, son hijos principalmente de la unión admirable de aquellos católicos, y del gran sentido práctico y talento extraordinario de sus jefes.

La impresión que en el ánimo de todo católico español produce la lectura de la organización y de los trabajos del Centro católico alemán es de pesar porque en España no se haya copiado una organización á todas luces conveniente para los intereses de la Religión y de la patria misma, y el deseo de que esa organización se implante como copia exacta del Centro católico alemán, y esta impresión, tan natural é inevitable, nos obliga á hablar, siquiera sea someramente, de si es ó no posible que por los católicos españoles se haga una reproducción exacta de la obra de los alemanes, y caso de que esto no sea dable, hasta dónde podemos y debemos llegar, dadas las circunstancias que nos rodean, en el camino por ellos emprendido, cuestión que hoy reviste una actualidad y una importancia extraordinarias.

Digan lo que quieran ciertos autores de derecho político, parece indudable que la existencia de

partidos es para una nación un mal inmenso, mal más ó menos necesario, más ó menos remediable, pero mal al fin digno como tal de lamentarse, porque la idea de partido implica la de parcialidad y de lucha, la oposición de ideas y de intereses, la pugna por el poder y, como consecuencia de todo, el desarrollo de apetitos y pasiones malsanas que, si siempre son causa de perturbación y de desorden, constituyen un verdadero cáncer social en naciones meridionales como la nuestra, en que la pasión ocupa con frecuencia el sitio y las funciones que corresponden á la razón fría y serena. *Omne regnum divisum contra se desolabitur*, dice Jesucristo, y si la división no existiese, los partidos políticos tampoco existirían.

El ideal de la organización política de una nación debe ser, no el de banderías enemigas, sino la estrecha unión de acción y de pensamiento de todos los que la forman, pero la unión en el bien y para el bien, porque solamente esto puede conducir á la sociedad y á los miembros que la constituyen, al fin que individual y socialmente deben proponerse.

La obra, pues, verdaderamente patriótica y cuya realización significaría un paso gigantesco en la organización social de nuestro país, sería, no el crear un partido católico exclusivo, sino catolizar todos los que las diferencias de orden puramente político han creado, el lograr que el carácter y el sello de Catolicismo estuviese impreso y patente al frente de cada organización política, porque ese carácter y nota culminante es compatible, generalmente hablando, lo mismo con el credo

político que se funda en la organización monárquica. que con el que proclama el régimen republicano; lo mismo con principios centralizadores, que con aspiraciones de descentralización; ¡que no cabe encerrar la Religión Católica en los moldes estrechos de los principios y aspiraciones puramente políticas de un partido!

Pero es el hecho que, aunque con frecuencia se afirma que todos los partidos en España son católicos, el Catolicismo de algunos es tan problemático, ó por mejor decir, tan nulo, que además de estar por lo menos excluido de sus programas, aunque en la vida privada algunos ó muchos de sus partidarios practiquen con más ó menos escrupulosidad la Religión Católica, como agrupaciones políticas se ponen de frente con los principios proclamados por la Iglesia, defienden doctrinas por ella condenadas, se complacen en oponerse á las enseñanzas y mandatos emanados del Sumo Pontífice, persiguen de muerte á la enseñanza católica y á las personas y cosas de la Iglesia, y si proclaman la libertad, la practican para defender toda institución, toda secta, toda sociedad, persona ó acto contrario á la doctrina del Catolicismo y á su moral, y en cambio aplican los principios de la más despiadada tiranía para matar toda enseñanza católica, toda asociación religiosa, toda manifestación, en fin, de Catolicismo, á despecho y con desprecio de los avisos y lamentos paternales que salen del corazón del augusto Pontífice, cabeza visible de la Iglesia. Para esos partidos políticos es no sólo disculpable, sino grandemente defendible con arreglo á los principios de libertad

que proclaman, el que la joven de familia honrada á quien compañías ó enseñanzas inmorales han sumido en el abismo del vicio, se una á otras desgraciadas y establezcan una casa de prostitución; pero es intolerable como contrario á la libertad, que esa joven que permanece virtuosa ó que reconoce sus faltas y se arrepiente de ellas pronuncie el voto de castidad en una casa religiosa, y que se funden ó se conserven Asociaciones religiosas para la práctica de las virtudes cristianas, para el socorro del pobre, para la asistencia del enfermo, para la enseñanza del joven; es sagrado, porque se funda en la libertad, el derecho del periodista para calumniar groseramente al pacífico ciudadano ó al sacerdote indefenso, y para propagar las enseñanzas más inmorales, el derecho del orador que en reuniones anticlericales y antisociales despotrica contra todo lo divino y lo humano, y hasta el del alborotador pagado que vocifera é insulta y que blasfema hasta de lo más santo; pero es inadmisibles que los católicos practiquen pública y ostensiblemente los actos del culto, que los oradores sagrados ó profanos expongan lo que ha sido y es doctrina de la Iglesia, que circulen con libertad las enseñanzas del Papa y del episcopado, y tachan de terrible intolerancia el que los religiosos calumniados y los católicos escarnecidos hagan oír siquiera una voz de queja contra tamañas injusticias.

A tales partidos, que defienden esos sistemas y que no los toleran como mal menor é irremediable, sino que pugnan por hacerlos triunfar y por implantarles en la práctica ¿se les puede llamar

católicos? En modo alguno, no puede llamarse católica á una agrupación que, más ó menos hipócritamente, persigue al Catolicismo y desoye la voz de la Santa Sede, como no puede llamarse elegante al hombre de formas groseras, ni valiente al que es cobarde, ni escuela de virtudes á una casa de juego. Es, se me dirá, que esos partidos á sí mismos se llaman católicos, por lo menos cuando á sus fines así conviene; es que creen que todo lo que hacen es compatible con las doctrinas de nuestra Religión, y suponen que los que no piensan como ellos son exaltados clericales.

No hay duda que ese es el argumento de muchos que, ó quieren convencer á otros de lo que si les hablaran con franqueza sería difícil convencerlos, ó tratan de engañarse á sí mismos; pero qué valor tiene esa distinción entre Catolicismo y clericalismo, lo hemos visto ya en el capítulo II.

Lejos de mi ánimo el constituirme en pontífice, ni el lanzar contra nadie excomuniones; prefiero salvar las intenciones de todos, aunque me queda el escozor de suponer que entre esos políticos los hay que si se llaman católicos es porque tienen la bastante sagacidad para llevar á remolque de ese modo á otros muchos que, siendo tal vez de corazón sano y de instintos católicos, y alguno de ellos hasta piadoso, se dejan llevar por ambiciones bastardas, ó tienen lo bastante desocupada la cabeza para no comprender que entre ser verdadero católico y perseguidor de la Iglesia no hay compatibilidad posible; y no por constituirme en dispensador de patentes de Catolicismo, sino por manifestar una idea que no es mía solo sino de todo

el que de buena fe medita sobre estas cosas, diré que los partidos que de esa manera se conducen, digan lo que quieran de buena ó mala fe sus secuaces, al menos prácticamente son anticatólicos.

Frente á estos partidos, á los que sin escrúpulo alguno creo que puede titularseles anticatólicos, no hay en España una agrupación única que enarbole como bandera también única de partido la divisa de la Religión Católica. Hay, ciertamente, partidos políticos formados en su inmensa mayoría por hombres de corazón sanísimo y de ideas excelentes, partidos que hacen de la Religión y del nombre católico la divisa y el principal fundamento de sus principios políticos, y que en este concepto llevan con justicia la denominación de católicos, y hay otros en los que no son esos principios base de su existencia, ni es esencial para pertenecer á ellos el carácter de católico, y en los que, si se admiten y hasta se practican algunos principios de los partidos más avanzados, se hace esto ó se aparenta hacer, en hipótesis, como mal menor irremediable, y á título de mal menor y de hipótesis admiten esos principios muchos de sus partidarios, y en estos partidos, á los que no puede llamarse católicos porque no es su aspecto religioso fundamento y nota esencial de su organización, no cabe duda que pueden haber y se encuentran de hecho muchos buenos católicos que en materias políticas tienen distintas ideas que las de los partidos antes mencionados, y á quienes los más exaltados tachan de réprobos y casi de herejes, pero á quienes la Iglesia, única autoridad en

la materia, mira como hijos, á veces predilectos, complaciéndose en reconocer y aplaudir su Catolicismo.

Nótase más cada día la aspiración de muchos católicos españoles de formar una agrupación única y poderosa frente á los partidos anticatólicos, y se siente cada vez con más urgencia la necesidad de establecer una unión estrecha, no en lo que al dogma y á la moral solamente afecta, que en este punto esa unión existe por fortuna, sino en lo que se refiere á las cuestiones político-religiosas y en lo que concierne á la acción social católica, y este deseo, esta necesidad de unión de los elementos católicos se traduce por muchos en la aspiración de que se forme un partido católico, acariciando los unos la idea de que ese partido sea una agrupación nueva, y teniendo muchos de los que están afiliados á partidos políticos determinados la pretensión de que todos ingresen en el suyo, y esa tendencia hacia la unión aumenta cada día á medida que el despiadado despotismo de los partidos que alardean de liberales, conduciéndose como déspotas, se recrudece en contra del Catolicismo.

Si lo que se quiere es formar un partido católico tal como aquí se entienden los partidos políticos, es decir, una agrupación con una jefatura determinada y con un programa al que los partidarios presten su conformidad y su cooperación, que contenga todas las soluciones de los problemas políticos del momento que desde las esferas del poder han de resolverse, en oposición y hasta en lucha con los demás partidos existentes, sería ne-

cesario empezar por unir á los católicos en las mismas aspiraciones políticas, y agrupar á todas esas fracciones que hoy militan en campos diferentes bajo la misma bandera, no sólo religiosa, sino política. ¿Y sería posible unir en un solo partido, con un mismo programa político y bajo una misma jefatura, á los que empiezan por no estar conformes acerca de quién ha de ocupar el Trono y á los que no han resuelto aún si el Trono debe estar ocupado; á los que sostienen que las circunstancias actuales de la Nación española permiten implantar en ella la tesis católica en su mayor pureza, con los que juzgan que esas mismas circunstancias obligan á contentarse hoy con la hipótesis? La imposibilidad que existe para que esta aspiración, por noble que sea, pueda realizarse, salta á la vista, y hoy por hoy es seguro que cuantos esfuerzos se hicieran en este sentido serían por completo infructuosos y hasta contraproducentes.

Si á una de las existentes ó á una nueva agrupación política se le diera el nombre de partido católico, nos encontraríamos siempre con el inconveniente de que la existencia de un partido católico supondría la negación de este carácter en los demás partidos, porque si hubiera más de un partido católico no habría razón para que uno solo monopolizase este nombre; ¿y es hoy posible en España dar el nombre de católico á un solo partido y tildar por ende de anticatólicos á los demás que no sean ese? ¿Habría razón para hacerlo así? Además, cada partido ó agrupación política de los existentes, aun aquellos á quienes hay que reco-

éstos al Romano Pontífice; cuanto más estrecha é intensa sea esta relación, cuanto más participe no sólo de exterior y ceremonioso acatamiento, sino de espíritu cordial, de sinceridad profunda, la unión será más indisoluble é inquebrantable.»

Es, pues, la unión de los católicos españoles en el terreno político-religioso, no ya una cuestión de más ó menos conveniencia, ni una necesidad más ó menos sentida, sino una recomendación expresa y terminante del episcopado y del mismo Romano Pontífice¹; y por lo dicho, bien se comprenden las bases sobre que esa organización ha de descansar.

La unión que debe intentarse conseguir entre los católicos españoles, y que estamos obligados á procurar, ha de ser superior é independiente de los partidos políticos y compatible con éstos en todo aquello que no sea opuesto á los principios que sirvan para establecer esa misma unión, y no se oponga á la Religión y la justicia. Así lo recomienda constantemente Su Santidad en muchos

1 A los que niegan á Su Santidad competencia para intervenir en cuestiones de este género, fundándose en que no se trata de cuestiones de fe, bastará oponer este pasaje de la Enciclica *Sapientiae Christianae*:

«Nadie imagine que sólo deba obedecerse á la autoridad de los Sagrados Pastores, y más aún del Romano Pontífice, en lo que al dogma corresponde, y cuya pertinaz desaprobación no puede librarse de la nota de herejía. Y no basta tampoco asentir sincera y firmemente á las doctrinas que, aun cuando no definidas por la Iglesia en juicio solemne, se proponen, no obstante, á nuestra fe como divinamente reveladas por su ordinario y universal magisterio, las que el Concilio Vaticano decretó que deben ser creídas con fe católica y divina, sino que también se ha de considerar como un deber de los cristianos el dejarse gobernar y regir por la potestad y guía de los obispos, y en primer lugar de la Sede Apostólica.»

lugares de sus documentos, y especialmente en el que antes se ha citado de la Enciclica *Cum multa*, donde dice que «los partidarios de bandos contrarios, por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo, en que es preciso salvar los intereses católicos en la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño aplicarse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política, los cuales, por otra parte, se pueden sostener en su lugar honesta y legítimamente».

Así se ha entendido por el episcopado español, que en más de una ocasión, inspirándose en ese criterio, ha fijado reglas para que esa unión se estableciese, y así lo han entendido los congresos católicos. Reconocióse en el de Burgos, por los de ánimo más sereno, que no es por ahora posible en España la formación de un partido político católico exclusivo; que no es á la iniciativa de los hombres políticos á quien corresponde marcar la línea divisoria entre los católicos y los no católicos, porque la señalan á veces tan junto á sí mismos, que sólo dejan dentro del círculo que destinan para los católicos á unos cuantos amigos políticos y personales, sino que ésta es función exclusiva de la Iglesia; y se decidió que lo más conveniente sería formar una alianza ó agrupación católica que se fundase sobre amplias y robustas bases establecidas por el episcopado, dejando que cada católico, fuera de lo que en estas bases se estableciese, se moviese con libertad dentro del partido político

sin duda, pero lejos de la realidad, y no ha estado en relación íntima con el pueblo católico, ó no ha habido verdaderos partidos católicos ó éstos han sido débiles, vacilantes y discutidos hasta por católicos de buena fe. En Austria no pudo pensarse en la formación del partido popular católico hasta que sus obispos, vacilantes y divididos hasta entonces, aparecieron pública y estrechamente unidos; y en Alemania el episcopado se puso al frente de los católicos, despreciando las más violentas persecuciones, y fué el inspirador, el verdadero verbo del Centro católico.

También es un hecho, y en lo que ya dicho queda por lo que respecta á Alemania demostrado, que los partidos católicos se han formado precisamente en los momentos de persecución.

Se objetará por muchos sin duda: y si en Alemania se formó el partido católico, ¿qué razón hay para que no pueda formarse en España otro partido idéntico al alemán? Veámoslo.

X

La situación de los católicos españoles se diferencia de la de los alemanes por su pasado y por su presente. La Religión Católica ha sido en España sin interrupción, desde la conversión de Recaredo, no sólo la de la casi totalidad de los españoles, sino la Religión del Estado, y leyes, y costumbres é instituciones se han venido inspirando en

las sublimes enseñanzas de esa Religión que nuestros misioneros y nuestros soldados han extendido con su predicación y con su espada por la redondez de la tierra; y, aunque la irreligiosidad del siglo XIX ha logrado, junto con el aminoramiento de la fe y la perversión de las costumbres, romper esa unidad católica, la perla más preciada de nuestra nacionalidad y la base de nuestra grandeza, y se ha escrito en nuestras leyes la tolerancia religiosa, que en la práctica se convierte frecuentemente, merced á la interpretación de políticos impíos, en tolerancia para toda secta y persecución para el Catolicismo, el hecho es que aún es la Religión Católica la Religión de la nación española; que, aunque sean muchos los indiferentes y los católicos de solo nombre, la inmensa mayoría de los españoles sigue siendo y llamándose católica; que el Catolicismo está en nuestras costumbres, en las que tiene hondas raíces que no han podido arrancar sus perseguidores; que en nuestras leyes, á pesar de venir elaborando en ellas de muchos años acá legisladores sin fe imbuidos del odio al Catolicismo, aún flota el espíritu católico de que estaban saturadas en tiempos más felices para nuestra pobre patria; y que, más por esa fuerza de la costumbre que por impulsos del corazón ni dictados de la inteligencia, los mismos que tienen declarada guerra abierta al Catolicismo, y blasfeman de su doctrina, y persiguen á sus ministros, y tratan de aniquilar sus instituciones prestando franca y entusiasta ayuda á todo lo que tenga el sello de anticatólico é impío, se llaman á sí mismos católicos y hasta alardean de serlo, y de serlo más

que otro alguno, siempre que por alguien se niega ó se pone en duda su Catolicismo.

Aquel glorioso pasado y este nebuloso presente para el Catolicismo y los católicos españoles hace que éstos ni formen ni puedan formar un partido á semejanza del Centro católico alemán, y que hayan surgido entre ellos divisiones lamentables que no pueden borrarse de una plumada, y que sólo el tiempo y los acontecimientos, tal vez más que nada una persecución abierta contra el Catolicismo, podrán hacer desaparecer.

Introdujéronse en nuestra organización política nuevas prácticas y cambios violentos que afectaban unos directamente á los principios religiosos, que otros se referían á ellos de soslayo, y que, aunque otros podían mirarse como indiferentes desde el punto de vista religioso, formaban parte de un sistema que, defendido por hombres imbuidos de ideas anticatólicas, eran englobados por los partidarios de sistemas opuestos, para mirarlos todos como contrarios á las ideas religiosas que ellos sostenían con empeño; de ahí que haya católicos, sobre todo entre la generación que fué testigo de aquellas luchas á la vez políticas y religiosas, que tengan el convencimiento íntimo de que no puede defenderse la Religión sin defender todas y cada una de las doctrinas y de las instituciones que formaron el régimen que murió á manos de los hombres de opuestas ideas, y de ahí también que haya personas de sentimientos católicos más ó menos arraigados que, sin abrigar odios contra la Religión ni contra la Iglesia, por no ser partidarios de aquel régimen, tal vez por

no conformarse con él en cuestiones meramente políticas y de orden secundario, aceptan todos los principios de los partidos opuestos, hasta aquéllos que están en abierta oposición con las doctrinas católicas; y á dar un aspecto de mayor dureza y hasta convertir estas discrepancias en verdaderos odios ha contribuido una empeñada cuestión dinástica que ha dado lugar á guerras sangrientas que todos recordamos con pena. Católicos hay que ven el Catolicismo encarnado en una dinastía que, al menos mientras triunfa, proclama como fundamentales principios católicos; otros que, más atentos á nuestro glorioso pasado que á nuestro deplorable presente, se forjan la ilusión de que les rodea la sociedad y los hombres de pasados siglos, y creyendo que sólo por culpa de unos pocos no estamos ahora como entonces estábamos, sueñan con restaurar de una sola plumada todo lo que entonces existía, sin transigir con que la restauración sea paulatina ni parcial, sino completa, total; otros no ven en todos los principios proclamados por los partidarios del moderno régimen, ni en las personas que ocupan los primeros puestos de la nación, incompatibilidad con los principios del Catolicismo, ó juzgan más prudente y más práctico transigir con ciertos sistemas y con ciertos males, porque transigiendo creen evitan males mayores; otros muchos, en vista de tal confusión, prefieren permanecer indiferentes, sin declararse por ninguna de estas parcialidades, y todas estas actitudes son otros tantos obstáculos para que la unión de los católicos sea un hecho.

«El instinto de los partidos políticos — dicen

con razón los prelados españoles, — la aspiración de sus directores y la sugestión cotidiana de sus órganos en la prensa, han sido rémora y obstáculo para esta suspirada unión que todos aman y apetecen, pero no con las dilataciones de la caridad que nos amonesta el Apóstol: *Reine la anchura del corazón como las arenas del mar*. No es esto lucubración de filósofos ni declamación de retóricos, sino obra de caridad y de humildad de los cristianos »¹.

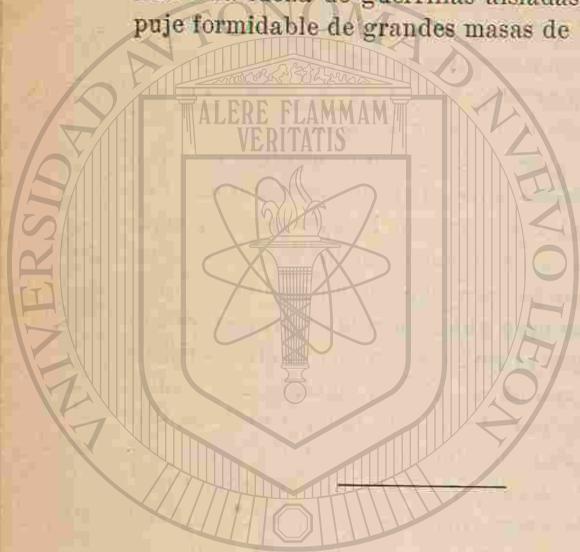
En tal confusión, no podía faltar la guía de quien tiene la santa misión de dirigir á los católicos, por la senda de la verdad, y el Papa, á quien por tratarse de cuestiones que tan directamente afectan á los intereses de la Iglesia y de los católicos, le corresponde sin disputa trazar, en la medida que la Santa Sede lo hace siempre, la línea de conducta que á los católicos conviene, en más de una ocasión solemne, como acabamos de ver, ha levantado su voz, cuyos beneficios efectos se notan de día en día, no sin que los más obstinados pongan verdadero empeño en dar á las palabras emanadas de la Santa Sede interpretaciones acomodaticias, encaminadas siempre á mantener la aureola de la parcialidad á que pertenecen ó en regatear en estas materias facultades al Romano Pontífice, porque la pasión es la nota distintiva de todas esas divisiones, ya que por naturaleza somos los españoles apasionados en todo.

En Alemania las circunstancias son completa-

¹ De la instrucción pastoral de los prelados reunidos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso Católico de 1902.

mente distintas. Desde que el cisma protestante separó de la Iglesia Católica á tantos pueblos que hasta entonces habían vivido en comunión con la Santa Sede, en Alemania fué el protestantismo la religión del Estado y la de la inmensa mayoría de los alemanes; y de entonces acá, la organización, las leyes, las costumbres, toda la vida social en suma, ha estado imbuida é inspirada por el protestantismo. Los católicos, que estaban en gran minoría, tenían entre sí, como perseguidos, una unión estrecha; y como en la adversidad y en la oposición la unión se hace más íntima, y ellos estaban en abierta oposición con un régimen y unas leyes que les eran abiertamente contrarias, de ahí que sus intereses religiosos y sus intereses políticos fueran comunes, que no hubiera entre ellos divisiones de partidos ni aun lugar á vivir de ilusiones que nada hubiera justificado; y como, por otra parte, no les separaba ninguna cuestión dinástica ni había pretendiente alguno á la corona del imperio que solicitase ú obtuviese su apoyo, se hallaban en condiciones de luchar unidos en religión y en política, y nada les impedía colocarse dentro de la realidad, á la que la misma necesidad de la defensa les traía. Esto sin contar con la diferencia notable que existe entre el carácter frío, reflexivo y eminentemente práctico de los habitantes de aquellos países, y la fogosidad de nuestro temperamento meridional, tan dado á luchas intestinas y á que la imaginación y la pasión ocupen el lugar que á la reflexión corresponde, y sin tener en cuenta el espíritu de asociación, que es nota distintiva del temperamento alemán, y que

de una manera tan notable le diferencia del nuestro, por naturaleza refractario á las grandes organizaciones sociales y tan dado, hasta en la guerra, más á la lucha de guerrillas aisladas que al empuje formidable de grandes masas de ejército.



CAPÍTULO V

Acción social de los católicos alemanes.

I. Importancia del socialismo en Alemania. — II. El socialismo en España. — III. Actitud de los católicos frente al socialismo. — IV. Plausible conducta de los católicos alemanes ante este peligro. — V. El abate Hitze y su obra. — VI. El clero, la aristocracia católica y los campesinos. — VII. El abate Adolfo Kolping y los obreros industriales. — VIII. Los Círculos Católicos de obreros. — IX. El abate Liesen y las jóvenes obreras. — X. Los Congresos Católicos en Alemania y en España. — XI. La Asociación popular católica. — XII. La Universidad popular.

I

Demostraría tener un gran desconocimiento de lo que por el mundo pasa y una absoluta ceguera en sus juicios quien no advirtiese que hay en las sociedades modernas un dilema planteado; dilema terrible y de una trascendencia extraordinaria, que no se desvanece por cerrar ante él los ojos y que constituye la cuestión más pavorosa que agita al mundo, y que tal vez Dios, en su infinita sabiduría, ha hecho surgir del fondo de las sociedades más civilizadas para preparar el triunfo de su santa Iglesia.

O las sociedades modernas se entregan en manos

de su preferencia, y se invitó al episcopado para que fijase esas bases, que fueron en efecto establecidas y que están publicadas en el tomo en que lo fueron las conclusiones de dicho Congreso; pero triste es reconocer que muchos católicos, que era de esperar que oyesen esas enseñanzas, no han hecho de ellas el menor caso y han seguido más atentos á las doctrinas y consejos que algunos periódicos, antes políticos que católicos, les comunicaban, y más fieles á cierto espíritu de bandería que sumisos á la voz del episcopado.

Base, y muy esencial, de esa organización católica es la sumisión absoluta á la Santa Sede y al episcopado. «Los tiempos — dice el gran Pontífice reinante ¹ — exigen alteza de sentimientos, propósitos generosos y perfecta disciplina. Esta deberá, sobre todo, demostrarse en la sumisión confiada y perfecta á las normas directivas de la Santa Sede, medio principal para hacer que desaparezca ó se disminuya al menos el daño de las opiniones de partido cuando éstas dividen, y para coordinar todos los esfuerzos al servicio de un intento superior, cual es el triunfo de Jesucristo en la Iglesia. *Tal es el deber de los católicos.*»

El mismo Soberano Pontífice exhorta y ruega á los católicos españoles, en la Encíclica *Cum multa*, que se acuerden del deber de obedecer á sus obispos; y al contestar al mensaje que los obispos reunidos en el Congreso de Zaragoza le habían dirigido, manifestaba su deseo de «que las fuerzas que han andado divididas se junten y aúnen, dis-

¹ Última Encíclica de Su Santidad el Papa León XIII.

puestas y concertadas, no bajo la dirección de hombres faltos de autoridad que atienden ante todo á los intereses de la vida presente y á las pasiones de partido, sino bajo la de aquellos á quienes Dios puso al frente para la defensa y conservación del orden religioso y moral» ¹.

Pero esa organización católica no ha de tener un objeto puramente piadoso, sino que ha de formarse para influir en la marcha de los negocios del Estado, tratando de imprimir en sus instituciones y en sus leyes el espíritu católico y defendiendo los intereses de la Religión, valiéndose para ello de los medios lícitos que las leyes ponen en nuestras manos, para lo cual Su Santidad aconseja á los católicos que intervengan en las funciones de gobierno, en las que las leyes permiten intervenir á todos los ciudadanos, y les recomienda como «conveniente al bien público tomar parte prudentemente en la administración municipal, con el fin de velar sobre todo por la educación moral y religiosa de la juventud; conveniente y lícito que los católicos extiendan su acción más allá de este campo, hasta los más altos cargos del Gobierno» ². Y en este mismo criterio se inspiró el episcopado reunido en el Congreso Católico de Zaragoza y en el de Burgos al fijar las reglas prácticas para la unión y acción común de los católicos.

¹ Carta dirigida al cardenal Benavides.

² Encíclica *Immortale Dei*.

En Italia, por circunstancias especiales de aquel Gobierno respecto de la Santa Sede, Su Santidad prohíbe á los católicos tomar parte en los asuntos políticos.

Es, por último, deber de los católicos españoles, según el mismo Pontífice decía en 1894 á los peregrinos que de España habian ido á postrarse á sus pies, «sujetarse respetuosamente á los poderes constituidos», deber que Su Santidad ha insistido en recordar, y que el episcopado español ha declarado repetidamente y confirmado con su conducta, y que no se opone á que los partidarios de otro régimen ó de otra dinastía sigan sosteniendo, con las limitaciones que impone ese deber que el Papa nos recuerda, la aspiración que crean más legítima ¹.

Si queremos ejemplos elocuentes de esa unión, busquémoslos entre los enemigos de la Iglesia. Todas sus parcialidades y diferencias desaparecen y se funden en el odio al Catolicismo..... ¿No podrá entre nosotros el amor lo que entre ellos puede el odio?

Siguiendo la orientación que dejamos indicada, será posible que, si las circunstancias lo exigen,

1. Los límites que para la extensión y contenido de este trabajo me he propuesto, no me permiten entrar en más detalles acerca del alcance y forma de esa unión de los católicos que el Papa aconseja y que el episcopado y los congresos católicos españoles han proclamado. Basta á mi propósito hacer ver á los lectores que, al presentar como modelo digno de imitación al Centro católico alemán, no es porque crea que en España puede copiarse exactamente su organización.

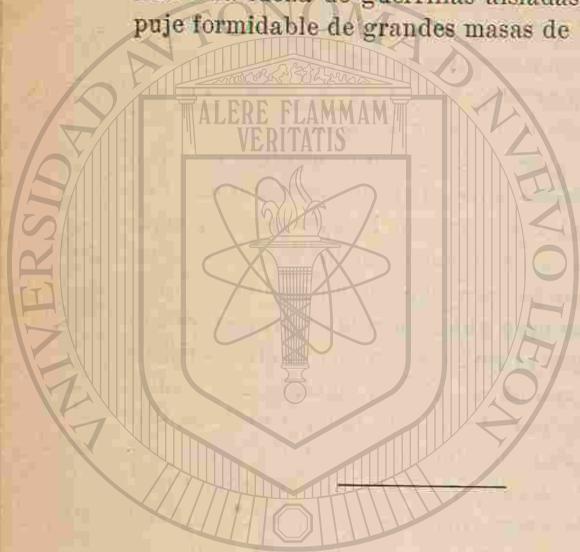
El que desee estudiar con más extensión asunto de tan vital interés, puede hacerlo en las conclusiones de los congresos católicos, y especialmente de los de Zaragoza, Tarragona y Burgos; en las instrucciones pastorales que en el de Zaragoza, Burgos y Santiago de Compostela dió el episcopado, y en la notable obra "La fórmula de la unión de los católicos", colección de artículos publicados en la Revista *La Ciudad de Dios* por su director el Padre Conrado Muiños. Madrid 1908.

tras esa «santa alianza» de los elementos católicos sin distinción y con independencia de partidos políticos llegue á formarse en España un verdadero partido católico como el Centro alemán, y para que esto suceda bastará que continúe ó arrezice la persecución al Catolicismo en España y que se siga oprimiendo á los católicos y atentando contra su libertad, porque ante la necesidad de la defensa se impondrá la unión y la acción común, aun en el terreno puramente político, y ante ella irán perdiendo importancia, hasta desaparecer tal vez, diferencias políticas que hoy son un obstáculo para que se establezcan completas inteligencias á todas luces convenientes; pero no hay que perder de vista que en la formación de los grandes partidos católicos modernos han concurrido circunstancias muy dignas de ser tenidas en cuenta.

En primer lugar, no se concibe la existencia de un partido católico si en él no existe una adhesión y una sumisión completa al Romano Pontífice. A los que se empeñaran en formar un partido católico y en poner resistencias más ó menos manifiestas á las direcciones pontificias, podría comparárseles con los que quisieran dar vigor á una rama poniendo obstáculos para que hasta ella llegase la savia del tronco del árbol y de sus raíces.

Por otra parte, mientras el episcopado de una nación no ha elevado su voz franca y valientemente, pero á la vez de una manera unánime, como salida de una sola garganta é impulsada por una misma alma, y mientras ese episcopado no se ha hecho perfectamente cargo de las circunstancias del momento, dejando idealismos muy laudables,

de una manera tan notable le diferencia del nuestro, por naturaleza refractario á las grandes organizaciones sociales y tan dado, hasta en la guerra, más á la lucha de guerrillas aisladas que al empuje formidable de grandes masas de ejército.



CAPÍTULO V

Acción social de los católicos alemanes.

I. Importancia del socialismo en Alemania. — II. El socialismo en España. — III. Actitud de los católicos frente al socialismo. — IV. Plausible conducta de los católicos alemanes ante este peligro. — V. El abate Hitze y su obra. — VI. El clero, la aristocracia católica y los campesinos. — VII. El abate Adolfo Kolping y los obreros industriales. — VIII. Los Círculos Católicos de obreros. — IX. El abate Liesen y las jóvenes obreras. — X. Los Congresos Católicos en Alemania y en España. — XI. La Asociación popular católica. — XII. La Universidad popular.

I

Demstraría tener un gran desconocimiento de lo que por el mundo pasa y una absoluta ceguera en sus juicios quien no advirtiese que hay en las sociedades modernas un dilema planteado; dilema terrible y de una trascendencia extraordinaria, que no se desvanece por cerrar ante él los ojos y que constituye la cuestión más pavorosa que agita al mundo, y que tal vez Dios, en su infinita sabiduría, ha hecho surgir del fondo de las sociedades más civilizadas para preparar el triunfo de su santa Iglesia.

O las sociedades modernas se entregan en manos

encontrarlas en otros campos procuran halagar las pasiones socialistas y apoyar más ó menos manifiestamente las aspiraciones del socialismo, tienen el apoyo decidido del partido socialista; y cuando se promulgan leyes como las que ocupando el poder el partido conservador, y siendo ministro el Sr. Dato se promulgaron, en beneficio de las clases trabajadoras, los socialistas procuran hacer ver á los obreros que esas leyes son debidas á sus esfuerzos

El partido socialista obrero está organizado en agrupaciones diferentes. En 1888 solamente había en España 16 de esas agrupaciones, que se habían elevado á 70 en 1900, además de un gran número de grupos sueltos, dispuestos á convertirse en breve en nuevas agrupaciones.

Pero lo que más demuestra el talento práctico de los socialistas, que, lejos de perderse, como se pierden los católicos en discusiones bizantinas, se preocupan en trabajar por la propagación de su causa, es la unión general de trabajadores, verdadero ejército del socialismo, fundada en España en Agosto de 1888 y que, según *La Unión Obrera*, su órgano oficial en la prensa en España, correspondiente al 19 de Enero de este mismo año, cuenta ya en nuestra nación con 46.896 asociados, clasificados por oficios y agrupados en sociedades de resistencia.

El periódico *El Socialista*, que se publica en Madrid, en su número correspondiente al 6 de Febrero de este año, tomando estos datos de los números publicados hasta ahora de *La Unión Obrera*, inserta la siguiente relación, que demues-

tra el aumento constante que desde 1889 ha tenido la Unión general de trabajadores:

| | Secciones. | Federados. |
|-------------------------|------------|---------------------|
| Noviembre de 1889..... | 27 | 3.355 |
| Septiembre de 1890..... | 36 | 3.896 |
| Abril de 1890..... | 51 | 5.457 |
| Agosto de 1891..... | 58 | 5.804 |
| Febrero de 1892..... | 79 | 7.170 |
| Agosto de 1892..... | 97 | 8.014 |
| Febrero de 1893..... | 110 | 8.848 |
| Agosto de 1893..... | 97 | 8.553 |
| Mayo de 1895..... | 79 | 6.276 |
| Febrero de 1896..... | 69 | 6.154 |
| Septiembre de 1899..... | 65 | 15.261 |
| Marzo de 1900..... | 69 | 14.737 |
| Septiembre de 1900..... | 126 | 26.088 |
| Marzo de 1901..... | 172 | 29.388 |
| Octubre de 1901..... | 198 | 31.558 |
| Marzo de 1902..... | 226 | 32.778 |
| Octubre de 1902..... | 251 | 40.037 |
| Enero de 1903..... | 232 | 46.896 ¹ |

¹ Según el mismo periódico, la descomposición de las fuerzas de la Unión General por provincias da el siguiente resultado: Madrid 40 secciones, con 16.783 individuos; Vizcaya 33, con 4.111; Barcelona 17, con 3.591; Oviedo 29, con 3.367; Santander 23, con 3.164; Valladolid 20, con 2.335; Pontevedra 12, con 2.173; Alicante 9, con 2.057; Palencia 9, con 1.242; Salamanca 11, con 1.034; Baleares 8, con 958; Castellón 5, con 819; Guipuzcoa 6, con 812; Valencia 4, con 782; León 6, con 684; Jaén 4, con 524; Málaga 4, con 484; Zaragoza 8, con 427; Burgos 12, con 409; Coruña 4, con 187; Navarra 2, con 173; Guadalajara 1, con 159; Alava 3, con 125; Tarragona 2, con 110; Sevilla 2, con 93; Lugo 1, con 72; Logroño 2, con 65; Cádiz 1, con 30; Ternel 1, con 23; y Gerona 1, con 20.

Por oficios se descompone la Unión General del siguiente modo:

- Agricultores y jardineros 12 secciones, con 2.261 individuos.
- Agrupaciones varias 14, con 792.
- Alumbrado y calefacción 5, con 693.
- Alimentación 12, con 2.596.
- Artes gráficas 22, con 2.749.
- Camareros y cocineros 1, con 140.
- Cerámica y mosaicos 7, con 319.
- Cocheros y herradores 2, con 1.537.

Las cifras de 282 secciones y 46.896 federados sólo comprenden á los que pagan su cuota á la Unión; han ingresado en ella 9 secciones más con 2.124 federados; por consiguiente, la Unión General de Trabajadores cuenta en España con 291 secciones y 49.020 asociados.

El obrero que ingresa en una de esas sociedades, llamadas generalmente sociedades de resistencia, porque su principal objeto es el oponerse y resistir á las exigencias del capital y de los patronos por medio de las huelgas, hasta tal punto que, solamente durante el año 1902, han sido 46 las huelgas declaradas y sostenidas por esa Unión, satisface semanalmente una cuota de 30 céntimos, que, á más de ser el medio de que mire como cosa propia una asociación que semanalmente le cuesta un sacrificio pecuniario, le da derecho al apoyo

Construcción 26, con 10.189.
Constructores de carruajes 4, con 235.
Cordeleros 3, con 112.
Curtidores y boteros 9, con 816.
Decoración 12, con 695.
Empedrados y obreros municipales 2, con 170.
Ferrocarriles 1, con 600.
Fontaneros, hojalateros y vidrieros 6, con 354.
Guarnicioneros y jalmeseros 3, con 69.
Industria textil 18, con 3.074.
Madera 31, con 5.553.
Metalurgia 27, con 4.866.
Mineros 4, con 1.515.
Mueblajes 5, con 167.
Obreros del mar 10, con 1.977.
Papeleros 1, con 16.
Peluqueros barberos 2, con 148.
Piedra 16, con 2.575.
Tintoreros y blanqueadores 3, con 237.
Vestido y calzado 22, con 1.949.

de la asociación, á percibir un diario cuando por consecuencia de una huelga queda sin trabajo, y le abre en muchos casos la puerta de muchos talleres que de otro modo encontraría cerrados, porque sus compañeros de oficio se imponen frecuentemente á los patronos y les exigen que no admitan á trabajar al compañero no asociado, ó que le despidan si está ya trabajando.

Estas sociedades no son manifiestamente socialistas, pero son la gran arma del socialismo y el medio más eficaz de propaganda de sus doctrinas. En ellas se usa toda la fraseología socialista, se exponen y se predicán con el menor pretexto las ideas socialistas, las juntas directivas están presididas y manejadas por los socialistas más conspicuos, la dirección central de todas esas sociedades está en manos de socialistas, el presidente general de todas ellas es el orador socialista Pablo Iglesias, socialista significado es también el secretario general, el centro de reunión, á donde le es preciso acudir á todo asociado, es el círculo socialista, el órgano en la prensa de todas esas sociedades es un furibundo periódico socialista, y en las reuniones de los asociados los oradores socialistas exponen sus doctrinas y excitan de las más bajas pasiones de los obreros ¹.

¹ Uno de los grandes medios de propaganda con que el socialismo y el anarquismo cuentan en España es la prensa. Sin contar con muchos periódicos de gran circulación que, imbuidos de espíritu sectario mal disimulado, hacen propaganda en favor de las ideas más disolventes, persiguen descarada ó solapadamente al Catolicismo y á la Iglesia, atacan todo principio de autoridad ó inducen al pueblo á la rebelión y hasta el motín callejero con miras siempre interesadas y mezquinas, y en los que

De esa manera el obrero, á quien en general no puede exigirse una gran ilustración, que aun sin estar contaminado de las ideas del socialismo ingresa en esas sociedades de resistencia — é ingresa muchas veces por necesidad, porque está si no expuesto á carecer de trabajo y no tiene organización alguna de otra clase á que acogerse — se encuentra, sin darse cuenta, siendo un tributario del socialismo, viviendo en una atmósfera de socialismo y siendo, en fin, un socialista y en camino de ser muy pronto un anarquista furibundo, y tal vez un criminal empedernido; y aunque esto no ocurra, es por lo menos un ciego instrumento del socialismo ¹.

redactan algunos caracterizados socialistas; éstos cuentan en España con un gran número de periódicos órganos de la secta. En Madrid se publica el semanario *El Socialista*, en Barcelona, *La Guerra Social*; en Alicante, *El Grito del Pueblo*; en Palma, *La Bandera Roja* y *El Obrero-Balear*; en el Ferrol, *El Obrero* y *El Bien del Obrero*; en Bilbao, *La Igualdad* y *La Lucha de Clases*; en Mataró, *La República Social*; en Linares, *El Defensor del Trabajo*; en Santander, *La Lucha Obrera* y *La Voz del Pueblo*; en Zaragoza, *La Aurora Social*; en Málaga, *La Unión Social*; en Valencia, *La República Social*; en Eibar, *¡Adelante!*, etc., etc.

Además se publican en Madrid dos revistas con el título de *La Nueva Era* y *La Instrucción del Obrero* y multitud de folletos de propaganda, traducidos la mayor parte de idiomas extranjeros.

La *Revista Blanca* y el semanario *Tierra y Libertad* son los principales órganos del anarquismo en la prensa, y todos los años se publican tomos y folletos anarquistas saturados del veneno que se infiltra rápidamente entre las clases obreras, debidos unos á anarquistas españoles y traducciones otros de las obras más rabirosamente revolucionarias que en el extranjero se publican, y claro está que entre esas publicaciones son principalmente leídas las que han salido de la pluma de Bakounine, el gran apóstol del anarquismo.

¹ No es fácil dar del anarquismo en España datos tan exactos como respecto del socialismo, á pesar de su mucha extensión.

Con razón, pues, y podríamos decir que con cierto espíritu profético, exclamaba Mons. Emmanuel de Ketteler, obispo de Maguncia, en 1848, en la primera asamblea general de los católicos en la misma ciudad de Maguncia: «El pueblo sufre; las masas proletarias, más numerosas cada día, proclaman á voz en grito sus reivindicaciones. ¿Cómo impedirles que se lancen sobre la sociedad de que se creen víctimas? ¿Cómo prevenir ó desvanecer sus sueños de liquidación social que flotan en el aire?... La cuestión obrera — añade — es mucho más importante que las llamadas cuestiones políticas. Atendiendo únicamente á los debates de las Cámaras y de la prensa, creeríase que las cuestiones políticas son mucho más graves que todas las que afectan al hombre y que abarcan los intereses más esenciales de la humanidad. Esto es una ilusión. Las cuestiones políticas, propiamente dichas, no tienen interés real más que para una pequeña porción del pueblo, para los obreros de la pluma, para todos los que dominan en la tribuna y en la prensa» ¹.

Y en efecto, de día en día los partidos políticos van cediendo su puesto á las escuelas sociales y se dibujan más marcadamente esas dos tendencias: la católica de una parte y la socialista de otra. En Alemania toman cada vez mayor incremento, y en cada elección general que se verifica,

Sus organizaciones ó no existen, ó son secretas ó desperdigadas, ó no se encuentran por lo menos tan reguladas como las del socialismo.

¹ Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*, capítulo I, pár. 2.^o

socialistas y católicos ganan los puestos que pierden esos partidos intermedios, que profesando y defendiendo principios cuyas consecuencias son las ideas disolventes del socialismo, huyen de éste aterrizados y no quieren, sin embargo, aceptar la única doctrina que no conduce á él, que es la doctrina de la Iglesia Católica. Kannengieser demuestra en su obra *Los católicos alemanes*, con datos precisos, que en los distritos de Alemania en que el Catolicismo domina es en los únicos en los que el progreso del socialismo se ha estrellado y se ha encontrado con barreras infranqueables; en cambio, en los distritos protestantes el socialismo ha aumentado rápidamente, y sus candidatos han obtenido fácilmente el triunfo sobre liberales y conservadores, escuelas que no reconocen, por lo regular, principios fijos y arraigados, y que van cediendo más ó menos lentamente ante la marcha de las ideas disolventes que ellas mismas han fomentado.

Otro tanto acaece en España. Al lado de la organización del socialismo y del progreso que cada día adquiere, los partidos políticos están en un grado de descomposición manifiesta; buscan para distinguirse la bandera de una jefatura; se afanan por redactar programas, que á cada paso cambian, y que no les sirven para otra cosa que para conquistar el poder, y los que alardean de liberales realizan las más inauditas opresiones al grito de libertad, de esa palabra tan calumniada en nuestra época, y en cambio se esmeran, con un empeño pueril, por aparecer como liberales y por justificarlo con sus actos los que dicen profesar

principios conservadores. A cada paso surgen escisiones dentro de cada partido ó nuevas agrupaciones, y es frecuente el ir y venir de políticos, que, con todo, se les juzga dignos de ocupar puestos distinguidos y aun se les recompensa con ellos, y que pasan con facilidad increíble de uno á otro partido; todo lo cual demuestra que las divisiones y agrupaciones políticas antes reconocen por causa las ambiciones personales que el culto de las ideas y la defensa de los principios.

Todo esto hace que los partidos políticos estén entre nosotros más desacreditados cada vez y que tomen de día en día mayor incremento las cuestiones y los partidos sociales, dibujándose en este terreno, de una manera cada vez más clara, la tendencia católica frente á la tendencia anticatólica.

III

Al lado de esa robusta organización y de esa propaganda socialista y anarquista que cada día adquiere mayores vuelos, ¿qué organización adecuada para resistirla y sobrepujarla podemos presentar los católicos españoles? ¡Triste es confesarlo!.... Ninguna. Aún hay católicos, hasta en las grandes poblaciones, que siguen creyendo que nuestro pueblo es en su totalidad católico también, sin reparar que pocos son los hombres del pueblo que en los grandes centros de población cumplen con los deberes religiosos más elementa-

del socialismo y aceptan todos los horrores que son de él consecuencia, ó inclinan su altiva frente ante la Iglesia de Cristo y se ponen bajo su manto protector. Este es el dilema planteado; su solución Dios la sabe, y en definitiva nosotros los católicos podemos presumirla, porque la Iglesia de Dios es indestructible, y las puertas del infierno ha dicho el divino Salvador que no prevalecerán contra ella; pero tal vez antes de que el error quede vencido y aniquilado las modernas sociedades tengan que contemplar aterrorizadas días de luto y arroyos de sangre, y estén condenadas á pasar por momentos de suprema angustia en justa expiación de sus crímenes nefandos.

Con razón dice el Padre Félix ¹: «Hace poco se osó decir y repetir, mostrando al pueblo un fantasma, evocado á fin de atemorizarle: «He aquí el enemigo» ². El enemigo era el *clericalismo*, es decir, el Catolicismo. Nosotros decimos á nuestra vez, mostrando, no un espectro imaginario, sino un ser real: «He aquí el *enemigo*, el enemigo mortal, no solamente de la Religión y de Dios, sino del orden y de la sociedad; ¡este enemigo es el socialismo!»

Alemania es la tierra clásica del socialismo, que ha arraigado en el imperio de una manera extraordinaria.

Son las doctrinas socialistas, aparte de sus errores, tan halagadoras para el obrero, sujeto á tantas miserias y dedicado por regla general á un tra-

¹ *El socialismo ante la sociedad*: Prefacio.

² Palabras pronunciadas por Gambetta en el Parlamento francés.

bajo rudo que no le permite ni le produce lo bastante para gozar de las comodidades materiales de la vida; impresionan de tal manera su fantasía las predicaciones de los corifeos del socialismo, que le presentan un porvenir lleno de felicidades que están tan conformes con sus ambiciones, que le hablan de mejoramiento de su suerte por una transformación completa de la organización social, que le persuaden que la causa de su situación servil es la subordinación del trabajo al capital y que esa subordinación no podrá desaparecer hasta que se haga desaparecer también la propiedad privada y se nacionalicen los medios de producción y que le hacen ver en lontananza una sociedad en que no habrá ricos ni pobres, en que todas las mujeres serán propias, en que reinará una igualdad completa y una libertad y una felicidad que, en fuerza de desearla, se llega á creer posible, sin fijarse en que es incompatible con la vida terrestre, y menos aún entre hombres de la calaña de los hombres socialistas, hombres sin Dios, sin familia y sin freno moral alguno, que se explica fácilmente que los prosélitos se multipliquen con rapidez entre los obreros, generalmente de instrucción escasa y de imaginación viva, que, por lo mismo que sienten con fuerza las penalidades de la vida, prestan fácilmente oídos á quien les hable de mejoramientos más ó menos utópicos; que ya que se les regatee lo que es justo, sueñan con tremendas injusticias; y si estas predicaciones malsanas caen en un corazón de donde la fe religiosa haya desaparecido ó en que se halle amortiguada, fácilmente arraigarán en él los odios

que el socialismo le predica y la irreligiosidad que le imbuye, y acabarán por producir un verdadero monstruo.

Y preciso es confesar que, aparte de algunos fundados motivos que á las clases populares asisten para tratar de arrojar de sí el yugo ominoso que las oprime, y que la ausencia de la caridad cristiana ha forjado, siquiera sea tan censurable como digno de disculpa el que se hayan arrojado en brazos del socialismo, hay para el nacimiento y desarrollo de éste razones de oportunidad que saltan á la vista.

Desde fines del siglo XVIII, políticos y hombres de ciencia han hecho soñar al pueblo con una felicidad ficticia, le han predicado su emancipación y le han hecho cifrar sus esperanzas en una libertad que, después de conseguida, ha visto con desencanto que no ha producido para él otra cosa que esclavizarle más á las leyes de una despiadada concurrencia, á los caprichos de patronos sin entrañas, á los movimientos acompasados de una máquina, reduciéndole á situación peor que la del esclavo; en una igualdad que ha producido castas separadas por verdaderos abismos y que ha roto los dulces y delicados lazos de la caridad cristiana; en una fraternidad, en fin, que se ha traducido en la práctica en la explotación del hombre por el hombre y en la lucha despiadada de un mercantilismo sin entrañas, en la que el más débil sucumbe ante las exigencias del más fuerte. Esos mismos políticos, inspirándose en los principios exageradamente individualistas de la revolución francesa, han destruido la antigua organización

gremial, en que obreros y maestros se congregaban formando un solo cuerpo y mezclando sus intereses bajo un régimen de armonía y de mutua inteligencia, y aquel régimen profundamente democrático y beneficioso, sobre todo para el obrero, le han sustituido por un cruel individualismo en que los intereses de cada clase y hasta de cada individuo se encuentran separados y contrapuestos, y del que, desechada la caridad cristiana, tenía que nacer, como ha nacido, el odio y la lucha de clases sociales y la cruel concurrencia entre los individuos; y en estas luchas, en este pugilato por la vida, el débil, el obrero, es el explotado, el oprimido, el que lleva siempre la peor parte. ¿Tiene algo de extraño que ese pueblo tan cruelmente engañado se organice y se lance á la conquista de bienes más positivos, de los únicos bienes que los llamados sus redentores le han enseñado á apreciar, que son los bienes materiales, y que trate de ocupar en el banquete de la vida un puesto más distinguido? Si la asociación es para la clase obrera una necesidad, ¿qué extraño es que la procure y que la inspire en los mismos principios de disolución que ha aprendido, y que la acomode á las necesidades de la lucha social que se ha entablado?

En Alemania fueron inútiles las leyes de represión contra el socialismo; éste siguió aumentando de día en día, hasta llegar á formar un Estado dentro del Estado.

Aunque el socialismo tenía ya muchos prosélitos antes de la guerra franco-prusiana, no tenía aún organización ni dirección determinada. Las teo-

rias socialistas que Lassalle y Carlos Marx difundían se iban poco á poco é insensiblemente infiltrando en las clases populares; y este progreso de las ideas socialistas se manifestó en 1871 cuando en las elecciones del primer Reichstag consiguió el triunfo un candidato socialista, que obtuvo 101.927 votos. En 1874 nueve diputados socialistas tomaron asiento en la Cámara elegidos por 351.670 votos; 12 diputados socialistas fueron elegidos en 1877, 9 en 1878, 12 en 1881, 24 en 1884, 11 en 1887, 35 en 1890, 44 en 1893 y 56 en 1898, y el número de electores, que ascendió ya en 1890 á 1.427.323, se elevó á 2.125.000 en 1898.

Las elecciones del Reichstag en 1898 acusan una gran extensión del socialismo en Alemania; las principales capitales del imperio están en su mayor parte representadas por diputados socialistas, y de día en día conquista el partido nuevas posiciones.

Estos triunfos del socialismo débense en primer término á su admirable organización, débense también á su prensa periódica ¹, al entusiasmo de sus partidarios y al talento y habilidad de sus jefes. Bebel, el apóstol del socialismo en Alemania, ha dicho: «Nosotros queremos en política la república, en economía el socialismo, en religión el ateísmo»; pero hábilmente, y siempre con el objeto de ganar partidarios y de seguir adelante por el camino del triunfo de estas ideas, se vela la crudeza de estos principios y se inician nuevas orientaciones.

¹ En 1898 contaban 76 periódicos y 65 hojas profesionales con una tirada de muchos miles de ejemplares.

«Cincuenta y seis socialistas se sientan en Berlín frente á 108 miembros del Centro, de 62 conservadores, de 49 nacionales liberales, más decididos, más enérgicos, más batalladores que nunca, sabiendo lo que quieren y cómo lo quieren. Allí están los jefes reconocidos y aclamados por 2.125.000 soldados, que serán tal vez 3.000.000 en la próxima batalla. ¿Por qué negarlo, á qué discutir sobre las cifras para reducir estos batallones, si llenos de alegría, si penetrados de disciplina están llenos de esperanza? ¿Por qué no convenir en que la inmensa mayoría es socialista, de nombre y de hecho, en teoría y en la práctica, hasta la médula de los huesos? Vedlos en actividad en los centros industriales, oídos en las reuniones públicas, y el rubor subirá á vuestra frente; estos hijos del pueblo, estos obreros, estos proletarios, discuten, hablan trabajan se organizan, se entusiasman por su causa, y nosotros, llamados por Dios y por la Iglesia para la defensa de sus santas libertades, nos contentamos con vivir de un pasado que no tiene ya razón de ser, nos imaginamos haber llenado nuestro deber cuando, contra lo que esperábamos, la derrota no ha sido un desastre para siempre irreparable. Si para entrar en detalles, se quiere segregar de las fuerzas socialistas esa multitud que se une muy fácilmente para las necesidades de la causa, y llamarla la multitud de los descontentos; esta multitud de inconscientes que corren con el grueso del ejército sin saber adónde van; estos burgueses arrepentidos y malhumorados que votan por los socialistas por diletantismo para darse el placer de una manifesta-

ción á su modo; estos sectarios protestantes, judíos ó de otra clase, que van á las urnas únicamente por odio contra el candidato católico! Pero estos descontentos de hoy serán tal vez mañana más numerosos; estos inconscientes, arrastrados por la ola que pasa, se dejarán llevar mañana por el movimiento hacia las barricadas y el combate sangriento de la calle; estos burgueses, estos sectarios, frecuentemente más peligrosos y más miserables que el peor de los socialistas, no sentirán jamás en sus venas un poco de calor por una causa perdida ó comprometida, ni de entusiasmo en su alma por un ideal colocado demasiado alto para su inteligencia habituada á la tierra. No, dejemos para otros estos cálculos mezquinos y estas esperanzas ridículas, y repitamos simplemente: El socialismo, aclamado por 2.125.000 votos, está representado en Berlín por 56 diputados envalentados por su triunfo de ayer, llenos de esperanza en su triunfo de mañana»¹.

II

En España son, por desgracia, pocos, muy pocos, aun entre los católicos celosos é ilustrados, y entre el clero mismo, los que se han hecho completamente cargo de la situación del mundo y de Es-

¹ De *L'Association catholique* de 15 de Septiembre de 1898, artículo de Mr. Henri Cotig, cura de Mulhouse.

paña misma ante esa terrible invasión de errores perniciosísimos que entre las clases populares se han extendido y se extienden cada día con una rapidez increíble. La inmensa mayoría de los españoles, y de los españoles católicos, tienen la idea equivocada de que el socialismo en España carece en absoluto de importancia, que es casi una ilusión y que sus partidarios son, cuando más, algunas docenas de exaltados que se mueven en el vacío y que no merecen siquiera los honores de que se les tome en serio. Y, sin embargo, ¡qué lejos está este juicio de ser exacto!

El aumento del socialismo en España es, en efecto, verdaderamente tan asombroso como desconocido de la inmensa mayoría; y á tal extremo se ha llegado en la propagación de las ideas disolventes entre las clases trabajadoras, que ya al socialista se le va mirando por sus compañeros de trabajo en los talleres y fábricas de los grandes centros industriales como un conservador insufrible, casi casi como un *clerical*, porque la gran masa obrera se ha echado en manos del anarquismo más revolucionario.

Y obsérvese que, hijo sin duda de nuestro temperamento meridional, dado siempre á las exaltaciones en todos terrenos, unido á la ignorancia, tanto religiosa como social, de nuestro pueblo, casi todos los obreros que dan el primer paso por el camino de esas ideas malsanas — y lo dan muchísimos, inconscientemente unos, forzados otros y convencidos los menos — recorren todo el camino hasta llegar á encontrarse enredados en las redes del anarquismo más sanguinario. El pueblo revo-

lucionario de 1868, que proclamaba la república y seguía ciegamente á los santones revolucionarios y republicanos, les ha ido poco á poco dejando abandonados y solos con sus camarillas de políticos de oficio. Todas aquellas masas que seguían á Castelar y aclamaban á Pi y Margall, se convirtieron bien pronto en socialistas.

«Socialista era la masa y sobre ella no alcanzaban influencia alguna los antiguos caudillos; el nombre de república no movía ya los ánimos; los republicanos eran denostados con el calificativo de *políticos*; «son unos burgueses como los monárquicos», decían de ellos despreciativamente los socialistas. ¿Qué adelantaremos, añadian, con que España fuese una república como Francia, si seguía explotándonos el capital, y continuábamos dominados por la aborrecible burguesía?

»Pero he aquí que el socialismo propiamente dicho ha empezado á decaer, no bien llegó al colmo de su extensión é influencia. La masa revolucionaria ya no es socialista: el anarquismo es su idea y su bandera. El procedimiento de fuerza, la propaganda por el hecho, son sus aspiraciones. Ramiro Macztu, en un estudio reciente, ha demostrado que los libros anarquistas, los periódicos anarquistas, los jefes anarquistas son, hoy por hoy, los únicos que alcanzan verdadero influjo en el pueblo revolucionario. El socialismo á lo Pablo Iglesias es considerado actualmente tan arcaico, tan atrasado, tan reaccionario y hasta tan burgués como lo fueron el progresismo y el republicanismo federal.

»Esta revolución es lógica verdaderamente, y

dondequiera que aparezcan las ideas del naturalismo político y se tienda á la emancipación social fuera de las vías católicas, se realizará más tarde ó más temprano. Pero asombra la rapidez con que se ha consumado en nuestra Patria; es un efecto del carácter nacional: así como en el orden puramente religioso el español que deja de ser católico no se detiene en el protestantismo, ni aun en el deísmo racionalista, sino que llega en muy poco tiempo al ateísmo materialista, en éste rueda igualmente hasta el fondo en menos tiempo del que necesitan los hombres de otras razas para modificar algún pormenor de las ideas recibidas por la educación ó adquiridas por el estudio. Puede decirse que entre nosotros la lógica es fulminante, quizá porque nuestro temperamento es más pasional que reflexivo; aquí las ideas no se profesan, sino que se sienten, y doctrina que no se transforme inmediatamente en pasión, en amor y en odio, apenas si deja huella en el espíritu del individuo, ni por tanto alcanza influjo en el organismo colectivo.

»De aquí nuestra aversión, instintiva más que reflexiva, á los términos medios, y que toda prudencia nos parezca debilidad vergonzosa. Pero el hecho es así: la masa revolucionaria es anarquista. ®

»Y porque lo es, resulta que hoy es en España de todo punto imposible una revolución puramente política, que, como las de 1820, 1834, 1840, 1854 y 1868, sólo aspire á cambiar el régimen político del Estado; toda revolución que aquí se realizase, sin que nadie pueda evitarlo, no sería sino una explo-

sión anarquista. Así deben entenderlo las clases conservadoras, cuantos tienen algo que perder, aunque no sea más que la vida.»¹

Prueba evidente de ese desarrollo que en España ha adquirido el anarquismo son los tristes y gravísimos sucesos que durante el mes de Febrero del año anterior de 1902 ensangrentaron las calles de la populosa Barcelona y pusieron en alarma al resto de la nación. Los socialistas habían advertido repetidamente en sus órganos en la prensa á todos sus partidarios que se abstuviesen de cooperar á la huelga general que los anarquistas proyectaban, y que no podía favorecer sino á los patronos. A pesar de esa opinión de los socialistas contraria á la huelga, se pensó por los elementos más revolucionarios de otras naciones en elegir Barcelona y España toda como punto de ensayo de una huelga general, porque se contaba sin duda entre su numerosa población obrera con un número de anarquistas bastante para imponer su voluntad á los demás obreros, porque contaban con nuestro temperamento exaltado, tal vez con la flojedad de nuestros gobernantes, y hasta con la ignorancia de nuestro pueblo. Y el hecho es que en Barcelona se dió el espectáculo de que 60.000 obreros secundaron los planes de los anarquistas, de buen grado muchos, tal vez contra su deseo otros que no se sintieron lo bastante fuertes para oponerse á los más exaltados, y la ciudad condal pasó días de angustia, presencié escenas sangrientas y repugnantes bajo el imperio de la más horrorosa

¹ *El Universo* de 8 de Enero de 1902.

anarquía que, si se dominó, fué gracias á que la fuerza pública pudo concentrarse en Barcelona y supo cumplir con su deber.

¿Qué sucederá el día en que lo que ocurrió en Barcelona ocurra en muchas poblaciones á la vez y se extienda á los pueblos rurales, y entre el ejército dominen las mismas tendencias y compromisos que entre las clases obreras se han extendido, día quizá no tan lejano como muchos piensan?

Los socialistas cuentan en España con una organización completa. Dos instituciones diferentes, que en rigor no son sino el complemento la una de la otra, comprenden en su organización á todos los elementos del socialismo: el partido socialista obrero y la unión general de trabajadores. El programa del partido socialista obrero fué formulado por el Congreso de Barcelona de 1887, y, para llevarle á la práctica, á diferencia de los anarquistas partidarios de la revolución para implantar sus ideales, apelan á la evolución¹, sin desaprovechar cualquier oportunidad que se les presente de apoyar á políticos ó á partidos que, por convicción ó por conveniencia, estén dispuestos á dar un paso por el camino del socialismo y haciendo creer á la clase obrera que cualquier disposición emanada del poder público que le sea favorable no es otra cosa sino un anticipo á cuenta, arrancado á los políticos, merced á los esfuerzos del socialismo. Por eso, cuando políticos veleidosos, para lograr ambicionados jefaturas, desesperanzados de

¹ Esta es la diferencia esencial que en la práctica separa al socialismo del anarquismo.

les, y en esa falsa creencia permanecen tranquilos, con los brazos cruzados.

Hay muchos, muchísimos, por desgracia, que se figuran que estamos en el mejor de los mundos, y que eso de socialismo y anarquismo no pasa de ser una ilusión de unos cuantos exaltados; y hay muchos también que, sin ver este peligro que tanto aumenta, y sin presentir las tremendas sacudidas que se aproximan, se entretienen en discutir jefaturas y distinguir de nombres y de colores dentro del mismo campo católico. Las cuestiones sociales hoy planteadas son para muchos, cuando más, motivo de conversación agradable. «Todos hablan de la cuestión social — decía Windthorst en el Congreso de Breslau, — después se van á fumar un cigarro y beber un vaso de vino, pero nadie quiere trabajar en ella.»

Hay entre nosotros, lo mismo entre sacerdotes que entre seglares, un mal inmenso: en lugar de dedicarnos, como los católicos alemanes se dedican, sin abandonar la acción política, á desarrollar y extender la acción privada, á hacer propaganda de las ideas y á ponerlas en práctica con los medios de que podamos disponer, y que si no los da el esfuerzo individual pueden encontrarse en el colectivo, creando instituciones sin carácter oficial alguno que lleven á la práctica esas mismas teorías, se espera todo de la acción de los Gobiernos y se quiere que éstos, por reales órdenes, hagan católicos á los que no lo son, y previsores á los desarreglados, y fértiles los campos, y que ellos mejoren la situación de los agricultores y la suerte de los obreros, y resuelvan la cuestión so-

cial y nos hagan á todos felices. ¡Y qué gobiernos y qué gobernantes suelen ser éstos de quienes la generalidad de los católicos esperan la redención de la Patria!.... Pero mientras ésta llega por esa vía oficial de que se espera por la generalidad, la inmensa mayoría están cruzados de brazos y abandonan la acción privada, esa esfera de acción importantísima, en la que mucho, muchísimo podría conseguirse.

Con esa conducta, la experiencia diaria nos enseña que vamos de mal en peor; pero, al menos, sirve á muchos de tranquilidad de conciencia, porque así pueden achacar al Gobierno toda la culpa de lo que en gran parte es debido á su propia indolencia.

Después de haber hablado de la importancia y extensión del socialismo, cuya extensión ha aumentado desde entonces de una manera prodigiosa, decía el P. Félix ¹: «Tal es, señores, la situación creada por la conspiración socialista y el mal con que nos amenaza. Lo más triste todavía es la actitud de muchos hombres de nuestra época delante de dicho mal. ¡Ah! Ciertamente: ¿quién podría negar que este azote suspendido sobre la sociedad es ya por sí mismo formidable y amenazador? Empero la disposición de la sociedad en presencia del azote es, á mis ojos, más amenazadora y más formidable todavía. Sí, lo confieso; lo que me asusta más no es el mal, sino el enfermo; el enfermo que no quiere remedio, y que apenas reconoce su enfermedad y el peligro á que le conduce.

¹ Tercera conferencia.

lado del pueblo. Es digno de alabanza el Papa León XIII, por haber enseñado que era menester dar al obrero un salario justo, y merecen elogio jesuitas célebres que han sostenido que la Religión no pide forma alguna determinada de gobierno. Consta que el clero católico se ha puesto en relaciones personales con la clase obrera, siendo así que los pastores protestantes están lejos de haber imitado ese bello ejemplo, y es debida á la intervención del primero la poca extension alcanzada por el socialismo en los distritos puramente católicos»¹.

IV

La preferente atención que prestó á la cuestión social fué uno de los medios más eficaces para que en Alemania adquiriese el partido católico una gran preponderancia. Mientras que liberales y conservadores concedían poca importancia á esos problemas, los católicos se dedicaban con empeño á su estudio y á buscar para ellos soluciones, constituyendo objeto preferente de su atención todo lo que al mejoramiento de las clases populares se refería².

¹ Citado por el cardenal Sancha en la obra ya dicha, capítulo IX.

² En el manifiesto electoral que el Centro repartió en 1887 con motivo de las elecciones en Baviera, se decía: "Proteger la Religión y promover eficazmente los intereses de las clases rurales é industriales; tal es la principal misión que nuestros representantes han de llenar. Que el que no quiera que la legislación procure exclusivamente el provecho del capitalismo y una libertad ilimitada en el dominio económico, vote por el partido del Centro." (*Association Catholique*, 1887, pág. 196.)

«Una asamblea general de católicos alemanes —decía el conde Ballestrem en el discurso de clausura del Congreso Católico de Maguncia celebrado en 1892— no sabría funcionar sin ocuparse con amplitud en la cuestión social y en sus enfiutas los socialistas.»

No habían aún pensado los economistas no católicos en esta magna cuestión, ni aun sospechaban muchos su existencia, cuando un sacerdote católico le dedicaba atención preferente y hacia de ella el objeto predilecto de sus desvelos. Este apóstol era el abate Ketteler, quien en 1848, cuando aún era párroco de una aldea y diputado del Parlamento de Francfort, pronunció en la catedral de Maguncia seis magníficos discursos sobre cuestiones sociales ante un público numerosísimo.

«Hasta Ketteler—dice Decurtins— se habían limitado los católicos á seguir á los hombres de genio, que, en su lucha con la revolución, identificaban el derecho histórico del antiguo régimen con la Iglesia y condenaban de corrido toda reforma social, como si fuera una empresa revolucionaria, ó bien amalgamaban de cualquier modo las utopías sociales con el Cristianismo para hacerlas aceptables..... El gran mérito de Ketteler consiste en haber sido el primero en introducir de nuevo en la economía política moderna la concepción católica, y en haber desplegado, así en el terreno de la ciencia como en el de la vida práctica, la bandera de la reforma social católica. Dióse, desde un principio, perfecta cuenta de la incontrastable oposición que existía entre sus ideas y las doctrinas económicas imperantes, y

constituyó con sólidas garantías de existencia un sistema fundado en la moral social del cristianismo mucho tiempo antes de que Lasalle hiciera su ruidosa aparición»¹.

Los discursos de la catedral de Maguncia hicieron gran impresión en todas partes, porque en ellos había expuesto Ketteler doctrinas que, aun cuando hoy son generalmente admitidas por los tratadistas católicos, constituían entonces una novedad que muchos miraron como imprudente. Quince años más tarde reunía Ketteler, siendo ya obispo de Maguncia, sus ideas acerca de la cuestión social en un libro que tuvo resonancia extraordinaria y que fué admirado por amigos y adversarios, bajo el título de *La cuestión social y el Cristianismo*, y estableció en su diócesis durante su pontificado infinidad de instituciones encaminadas todas al mejoramiento moral y material de las clases obreras, y un año antes de su muerte, en 1876, su última obra *Los católicos en el imperio alemán*, fué un nuevo tratado en que la cuestión obrera ocupó lugar preferente y en que expuso aquellas teorías que le valieron de algunos el dictado de agitador socialista, pero que constituyeron el programa social del Centro católico, y que se abrieron paso en el Parlamento y justificaron que al gran obispo de Maguncia se le apellidase el obispo de los obreros².

¹ Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*, capítulo I, párr. 2.º

² En 1873 Ketteler, al ser elegido miembro del Reichstag, publicó un programa político, que fué en adelante programa aceptado por el Centro.

En este programa pedía al Estado: 1.º, prohibición del trabajo

Todas estas predicaciones del sabio obispo fueron para los hombres del Centro objeto de preferente atención y estudio. Windthorst concedió á estas cuestiones toda la importancia que tenían cuando el socialismo, todavía naciente, tomaba incremento extraordinario, y, de acuerdo con los jefes del Centro y secundado por los demás católicos, formuló un programa social encaminado á mejorar la situación del obrero y procuró que ese programa fuera aprobado por el Reichstag; pero la persecución de que los católicos eran objeto les impidió dedicar á estas cuestiones toda la actividad que merecían.

Al fin, en 1877 el conde de Galen presentó á la Cámara un proyecto de ley social. Era la primera vez que allí se planteaba una cuestión de esta especie, y la mayoría liberal censuró por ello duramente al Centro, tachándole de tener tendencias demagógicas; á juicio de aquella mayoría, como á juicio del Gobierno, no eran sino exageraciones aquellos temores de los católicos y aquella importancia que concedían á estas cuestiones.

El 11 de Mayo el emperador fué objeto de un atentado, y, pocos días después, vióse de nuevo su vida en peligro. El Reichstag fué disuelto y se procedió á nuevas elecciones, en las que, á pesar de la presión oficial, los socialistas sacaron triunfantes

en las fábricas para los niños menores de catorce años; 2.º, prohibición del trabajo de las mujeres casadas en las fábricas y en todo taller industrial que no fuese un taller de familia; 3.º, prohibición del trabajo en las fábricas los domingos y días de fiesta; 4.º, fijación de una jornada normal de diez horas; 5.º, creación de inspectores ó de *dikastères* para inspeccionar el cumplimiento de estas leyes.

gran número de candidatos; y todo esto hizo que el Gobierno, preocupado ya por aquellas tendencias que hasta entonces había despreciado, tratase de poner al mal remedio. Para ello presentó varias veces al Parlamento proyectos de ley de represión contra el socialismo, que el Parlamento no votaba, y á los que siempre se oponía el Centro, que comprendía que con la violencia no se resolvería la cuestión social; pero al fin, en 1878, consiguió Bismarck que se le dieran poderes discrecionales, y procedió con mano dura á la represión del socialismo, sin que este sistema de violencias diera resultado alguno, puesto que el progreso del socialismo continuó de día en día más creciente.

El Centro, por el contrario, seguía en su campaña pacífica, defendiendo su programa de reformas sociales, y sus economistas más eminentes presentaron al Reichstag una serie de proyectos de ley encaminados á proteger la vida moral, religiosa y material de los obreros; y aun cuando, como hemos dicho, estos proyectos sociales encontraron en un principio oposición y hasta fueron tal vez mirados con desprecio, el rápido progreso del socialismo hizo comprender bien pronto cuán justificadas eran las pretensiones de los católicos; y á pesar de que aún resistía el Canciller dar la aprobación al plan de sus enemigos, consiguieron éstos tener mayoría en el Reichstag, que las reivindicaciones que pedían se hallen inscritas hoy en el Código industrial de Alemania, y que el actual emperador Guillermo adoptase las ideas del Centro, mientras que alejaba de su lado al Canciller de Hierro. De ese modo el programa de protección

á los obreros dió á Windthorst y al Centro católico alemán uno de sus mayores y más legítimos triunfos.

Los diputados del Centro católico no han cesado en este empeño; hicieron y hacen grandes esfuerzos por la organización del sistema corporativo¹, por la creación de las Cámaras del trabajo, por el establecimiento de seguros obreros contra las desastrosas consecuencias de los accidentes del trabajo, de las enfermedades, de la inutilidad, de la vejez y de la falta de trabajo, por la creación de jardines obreros, pensamiento realizado en Alemania por las Conferencias de San Vicente Paúl de Münster y de Paderborn, y por el establecimiento de una legislación internacional obrera, idea iniciada y sostenida por eminentes católicos de todos los países y alentada por el mismo Sumo Pontífice².

Pero no se han limitado los católicos alemanes á formular programas sociales para someterlos á la aprobación de las Cámaras; no se contentaron

1 Suprimidos los antiguos gremios por la ola demoleadora del individualismo, hijo de la revolución francesa, los modernos pensadores abogan por su restablecimiento, las legislaciones se les muestran favorables, y Su Santidad el Papa León XIII los recomienda en su Encíclica *Reverentiam*.— Véase *Necesidad de las Asociaciones Gremiales*, folleto publicado por el mismo autor de este libro, el año 1900.

2 Puede consultarse sobre este punto la obra citada de León Gregoire y la de Max Turmann: *Le développement du catholicisme social depuis l'Encyclique «Reverentiam»*, cap. IX, párrafo 3.º, pág. 217, París, 1900.

El descanso dominical y la reglamentación del trabajo de los niños y mujeres fueron cuestiones planteadas también por el Centro, y á su constancia y habilidad se debió el que el Reichstag aceptase sus soluciones; y aun cuando no se refiera á Alema-

con procurar reformas y protección en favor de las clases populares desde las esferas del Gobierno, sino que acometieron con empeño la empresa de trabajar con esfuerzos privados por el alivio moral y material de la sociedad, y muy especialmente de las clases obreras, y para ello fundaron un gran número de instituciones, cuyo origen y desarrollo es de un grande interés y cuya organización es por todos conceptos digna de estudio.

Entre estas instituciones merecen citarse por su grande importancia el *Bonifacius Verein*, la gran obra de propaganda religiosa en el interior fundada en 1848 y puesta bajo la advocación de San Bonifacio; el *Arbeiterwohl*, asociación de industriales y amigos del obrero, fundada en 1881 y que publica un boletín bajo el mismo título; el *Verein Caritas*, que se ocupa en toda clase de obras de caridad, cuyo asiento es Friburgo, y que publica también con el mismo título una revista desde 1895; el *Augustinus Verein*, ó Asociación católica de la prensa; el *Borromeus Verein*, ó Aso-

nia, es digno de citarse, en confirmación de que los católicos han procurado en otros países ponerse á la cabeza del movimiento social, el hecho de que el primer Ministerio del Trabajo se estableció en Bélgica por iniciativa y á petición de los católicos.

En España está casi todo por hacer en este terreno; pero son dignos de aplauso y de mención especial los trabajos incesantes del Rdo. P. Antonio Vicent, de la Compañía de Jesús, en la creación de Círculos católicos de obreros, y los que la Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera establecida en Madrid dedica al mismo objeto. A la iniciativa de esta importante Asociación se deben muchos proyectos de ley beneficiosos para la clase obrera, algunos de los cuales fueron adoptados por el Gobierno y sancionados por las Cortes, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Dato.

ciación para la propaganda de buenas lecturas; el *Verein*, de los comerciantes católicos; los *Gesellen Vereine*, de que hablaremos más tarde; los *Arbeitervereine* para los obreros de fábrica, y que han adquirido notable desarrollo; la Asociación de San Rafael para el socorro de los emigrantes; las de estudiantes católicos, etc.; pero en este modesto trabajo no nos detendremos á estudiar estas y otras muchas instituciones bien dignas ciertamente de ser estudiadas con detenimiento, y nos limitaremos á dar idea de algunas de las que florecieron durante el Kulturkampf.

A estas obras sociales que los católicos establecieron en Alemania fué debido sin duda el que, cuando llegó la persecución abierta contra el Catolicismo, hubiera una masa popular bien cimentada en la doctrina católica, que estaba disciplinada y dispuesta á resistir, y el que cuando era necesario acudiese á las urnas electorales como un solo hombre, dando así el triunfo á tantos candidatos católicos como llevaron con gloria en circunstancias bien difíciles la voz del Centro católico en el Parlamento.

V

Así como no es posible hablar de la acción política de los católicos alemanes y del Centro católico alemán sin que al momento acuda á la memoria el nombre de Windthorst, tampoco se puede hablar de los trabajos sociales de esos mismos ca-

»Mirad en su conjunto la actitud de los hombres en estos tiempos tan cargados de tempestades, y decidme: ¿no estáis vosotros asustados? Dejad aparte, si queréis, á los hombres que voluntariamente llamaré los *encarnizados*; hombres fatales, que á la hora presente procuran aún hacer mayor nuestro mal y ahondan nuestro abismo; hombres verdaderamente incomprensibles, si la pasión no bastase para explicarlo todo; que en un momento como el actual, nada les parece tan apremiante como lanzar á Dios del alma del pueblo, y aun del alma del niño; y que, para salvar nuestro presente y asegurar nuestro porvenir, juzgan que lo han hecho todo multiplicando los hombres sin religión y los niños sin Dios; ¡como si el abismo que amenaza engullirlo todo no fuera precisamente, en nuestras generaciones ya educadas, la ausencia de la Religión y de Dios!

»Dejemos á estos hombres que, semejantes á caballos que han roto el freno, arrastran al abismo á donde nos conducen el carro de la civilización. ¡Al lado de los hombres *encarnizados*, directa y abiertamente enemigos de la sociedad, veo á los cómplices; á los que, sin desearlo y quizá sin saberlo, empujan también el carro de la sociedad amenazada á la corriente de todos los errores que nos han conducido á la situación en que nos hallamos; hombres ciegos, cuyas ilusiones son comparables á una verdadera ceguera; que no piensan en repeler el más pequeño de los errores que nos pierden cada día, y amenazan destruirnos absolutamente; hombres verdaderamente cómplices del atentado público contra la sociedad, que con-

tinúan, hoy como ayer y como anteayer, por sus palabras, por sus lecturas, por sus periódicos, por sus libros y por todas las prácticas de su vida, siguiendo la corriente de la revolución y de la impiedad, dejando estrellarse contra todos los escollos el buque que lleva, á través de tantas tempestades, á la sociedad viviente!

»Hay otros que yo llamaré los *inconsecuentes*; hombres irresolutos, tímidos, pusilánimes, que desean fortalecer la sociedad y que dejan subvertir todas sus bases; que quieren mantener el orden y que no se atreven á combatir resueltamente el principio del desorden; que temen el triunfo del mal, y que no se deciden á levantar animosamente la bandera del bien; que ansian, con una voluntad sincera, la victoria del derecho y de la justicia, pero que se disponen á pedir gracia á la injusticia y á la iniquidad en el día temido y verdaderamente temible de su triunfo; hombres peligrosos, más peligrosos algunas veces que los mismos adversarios.

»Hay otra clase de hombres, que yo llamaré los *indiferentes* y los *inactivos*; seres apáticos, á los cuales nada puede conmover, sin excluir la razón grosera de su interés más vulgar; hombres indolentes que miran cómo pasa el torrente, sin procurar hacer nada para detenerlo ó para desviar su curso, y que se tranquilizan diciendo: «Todavía no ha inundado nuestras márgenes; sigamos tranquilos; después de todo, ¿quién nos responde de que el mal sea tan grande como dicen?» Hombres ligeros, superficiales, niños grandes, que, como los hijos de la antigua Atenas, van

preguntando á todos los que encuentran: «¿Qué hay de nuevo?» ¡Oh!— exclamaba Demóstenes:— ¿qué cosa más nueva puede haber que contemplar á un macedonio amenazando la libertad de los atenienses? Y yo preguntaré: ¿qué cosa más nueva y más capaz de arrancaros de vuestro entorpecimiento que ver, en medio de vosotros, la barbarie amenazando á la civilización? ¿Y qué se necesita para despertaros, si los golpes que nos han herido ya no pueden conmoveros siquiera? Estamos en el caso de repetiros lo que decía un orador gentil á sus conciudadanos en un una situación semejante: «¡Despertad, por fin!» *Expergiscimini tandem!* Sí, señores, ha llegado la hora de salir de este sueño; ha llegado también la hora para vosotros de contaros, de uniros, de organizaros para una defensa intrépida y para una resistencia invencible. Haced un gran haz de fuerzas vivas, si no queréis ser quebrantados, desunidos y separados; si, salid, salid de vuestra soledad, si no queréis que os barra cual al polvo el viento de las tempestades.»

Aún podríamos añadir nosotros á lo dicho por el P. Félix: Hay otra clase de hombres, de buena fe sin duda, que no sabemos cómo llamar, que haciéndose en parte cargo de las circunstancias que les rodean y no desconocedores del mal que nos amenaza, se deciden á contribuir á remediarlo, y en las tertulias de sus camaradas pronuncian verdaderos discursos encaminados á combatir el error, y pagan una cuota mensual, que en nada ó en muy poco hace variar su presupuesto de gastos, para alguna sociedad que tenga por

objeto poner diques á ese mal mismo; que asisten puntuales á alguna velada solemne en la que la concurrencia es distinguida y agradable, y en la que se discurrea acerca de las graves cuestiones que hoy agitan á la sociedad; que tal vez dan alguna conferencia brillante plagada de citas interesantes y de datos curiosos é inspirada en los más sanos principios ante un público que se entera más ó menos de lo que se le dice, pero que aplaude aunque no entienda. ¿Nos atreveremos á censurar á estos hombres por lo que hacen? Lejos de eso; pero yo pregunto: si de esa olimpica manera hubieran los Apóstoles entendido su misión; si así obrasen los misioneros; si de ese modo se hubieran conducido los católicos alemanes durante el Kulturkampf; si todos ellos no hubieran acomodado su conducta á sus palabras y no se hubieran contentado con peroraciones muy plausibles, con desembolsos siempre dignos de recompensa, y no hubieran acompañado á todo esto la acción organizada, el personal sacrificio, ¿hubieran conseguido los unos extender la fe del Crucificado por todo el mundo, y los otros convertir al Centro católico alemán en fortaleza inexpugnable? Indudablemente que no.

Que en el Cristianismo está el remedio contra las doctrinas y las prácticas socialistas, constituye para todo católico una verdad axiomática; pero esta frase significa para los unos, como con acierto dice Mr. León Gregoire ¹: «Nada tenemos que hacer, Dios sólo puede salvarnos. Si los obreros prac-

¹ *Le Pape, les catholiques et la question sociale*: Paris, 1899.

tican el Cristianismo, disfrutarán del premio de la resignación; despreciarán los bienes de la tierra y no se rebelarán inútilmente contra las miserias sociales, consecuencia del pecado original.» Para otros significará: «El Cristianismo, que es el solo remedio eficaz, tiene necesidad de predicadores. Es preciso predicarle por nuestras obras tanto como por nuestras palabras. Le recomendamos al pueblo como un alivio, como un remedio; hagamos la prueba de nuestras recomendaciones. Si los ricos practicasen el Cristianismo, el obrero no sucumbiría bajo el peso de tantas miserias; hagámonos primero oír del rico, á fin de hacernos en seguida escuchar del pobre.»

«Así la misma máxima, según las bocas que la comenten y las voluntades que le apliquen, parece ser el lenguaje del egoísmo ó el lenguaje de la abnegación, un pretexto para la inacción ó una razón para la acción.»

Preciso es que los católicos españoles se convenzan — ¡y quiera Dios que no se convenzan demasiado tarde! — de que las cuestiones sociales deben ocupar su atención preferente, porque la acción social católica es la única solución salvadora para las sociedades modernas; de que en este terreno hay para el desarrollo de su celo un extensísimo campo; de que frente á esas cuestiones sociales, que han de ser en el porvenir las que preocupen á los hombres de gobierno, los católicos debemos estar unidos y agrupados formando un partido social compacto, sin distinción de opiniones políticas, con el programa que tenemos bien definido en las doctrinas de la Iglesia y en las enseñanzas del

Sumo Pontífice, especialmente en su admirable Encíclica *Rerum Novarum*¹, Encíclica que no se dirigió á los partidarios de tales ó cuales sistemas políticos, sino á los católicos todos, Encíclica que mereció en 1893 ser proclamada como norma digna de ser seguida por protestantes, socialistas y católicos reunidos como representantes de las federaciones obreras de la República suiza, en el Congreso anual de Bienne, al ser invitadas por ese mismo Congreso las asociaciones católicas obreras á propagar y á defender con energía las enseñanzas sociales que en esa Encíclica se contienen. Ese es el píritu de la Iglesia, y esa es la conducta de los católicos alemanes.

La tendencia del Pontificado y de los católicos fieles á sus enseñanzas es, de muchos años á esta parte, manifiesta hacia todo lo que á los intereses de las clases populares se refiere. En las doctrinas de la Iglesia se han encarnado siempre los fundamentos de la verdadera democracia, y, frente á la falsa democracia, proclamada por el socialismo, nuestro gran Pontífice León XIII ha presentado y bendecido, en Encíclica reciente, esa otra democracia cristiana cuyas enseñanzas y glorioso abolengo se encuentran en el humilde taller de Nazareth.

¹ Tan lejos se está en España de haberse entendido así por muchos católicos que todo lo posponen á ideas políticas determinadas, que por miras de partido se han abstenido de tomar parte en obras de carácter eminentemente social, como son los Ciculos de obreros, ó las han hecho abiertamente la guerra, y, creada en Madrid la «Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera», independiente de todo partido político, se han abstenido de formar parte de ella por ese mismo espíritu mezquino de bandería.

«Por los hombres de trabajo manual es preciso restaurar la sociedad», decía León XIII en una audiencia á Mr. León Harmel; y añadía en una carta dirigida en Noviembre de 1898 al ministro general de los franciscanos: «Nós mismo, si hemos dirigido á los obispos nuestras Encíclicas sobre la francmasonería, sobre la condición de los obreros, sobre los principales deberes de los ciudadanos cristianos y otras del mismo género, también lo hemos hecho en interés del pueblo, para que sepa sus derechos y sus deberes y aprenda á dirigirse por sí mismo para trabajar como conviene á su salud.»

»Nós deseamos —decía el mismo Pontífice el 15 de Octubre de 1899 en una carta dirigida á los obispos de la región subalpina—que los católicos se dediquen con celo á mejorar las costumbres al mismo tiempo que á aliviar la miseria del pueblo desgraciado, á hacer bien á los obreros y á los hombres de las clases inferiores. Así Nos congratulamos grandemente en ver celebrarse á este efecto reuniones públicas, desarrollarse círculos y patronatos, sociedades de socorros mutuos y otras instituciones del mismo género ¹.

»Muy recientemente ² insistía en esta misma idea.

»Repitámoslo nuevamente y más alto aún —decía— es necesario que el clero vaya al pueblo

¹ Max Turmann: *Le Catholicisme Social depuis l'Encyclique Rerum Novarum*. París, 1900.

² En la Carta Encíclica dirigida á los obispos de Italia en 8 del último Diciembre de 1902.

cristiano, amenazado por todas partes de asechanzas y toda clase de engañosas promesas, empujado, particularmente por el socialismo, á la apostasia de la fe hereditaria. Mas todos los sacerdotes deben subordinar su acción á la autoridad de aquellos que el Espíritu Santo ha establecido obispos para gobernar la Iglesia de Dios: falta de que nacerían la confusión y un gravísimo desorden, con perjuicio también de la causa que tienen que defender y promover. Asimismo, para este objeto, Nós deseamos que al fin de su educación en los seminarios, los aspirantes al sacerdocio reciban la enseñanza de los documentos pontificios que conciernen á la cuestión social y á la democracia cristiana, absteniéndose, no obstante, como hemos dicho ya, de tomar parte alguna en el movimiento exterior.

»Luego, cuando sean sacerdotes, ocupense con particular cuidado del pueblo, objeto en todo tiempo de las más afectuosas solicitudes por parte de la Iglesia. Librar á los hijos del pueblo de la ignorancia de las cosas espirituales y eternas, y con industriosa ternura encaminarlos hacia una existencia honesta y virtuosa; confirmar á los adultos en la fe, y excitarlos á la práctica de la vida cristiana, disipando las preocupaciones contrarias; promover en el mundo secular católico las instituciones reconocidas por verdaderamente eficaces para mejorar moral y materialmente á las multitudes; y, sobre todo, defender los principios de justicia y de caridad evangélicas, en que todos los derechos y todos los deberes de la sociedad civil encuentran una justa conciliación: he aquí,

en sus principales partes, el noble encargo de su acción social.

»En el siglo XX¹ la fuerza de la Iglesia Católica estará toda entera en el pueblo: la Iglesia no vivirá más que atrayéndose al pueblo, y no podrá atraérsele más que yendo á él. «Hasta aquí el mundo ha sido gobernado por dinastías; en adelante la Santa Sede debe tratar con el pueblo, y con los obispos en relación estrecha, cotidiana y personal con el pueblo.» He aquí lo que escribía Manning en 1887 en la carta que dirigió á Roma en favor de los caballeros del trabajo. «Perder la influencia sobre el pueblo—declaraba en la misma época el cardenal Gibbons,—sería perder el porvenir todo entero.» En Lovaina el conde de Mun decía á la juventud católica: «Vayamos hacia el pueblo, señores, esta es la obra del siglo venidero.»

»De esta clara percepción de las necesidades futuras resulta para la Iglesia un doble deber. Es preciso que el Pontificado por actos expresivos distinga su causa de la de las dinastías y haga suyos los intereses de las masas populares. Es preciso que los católicos de cada país, clérigos y legos, se asocien á esta evolución, y que conozcan y hagan conocer á los demás su inmensa importancia. El Pontificado ha cumplido con su deber enteramente. Ciertos católicos, en cada país, han empezado desde largo tiempo á cumplir con el suyo; ellos forman el núcleo de una agrupación; en todas partes este grupo aumenta con más ó menos rapidez, según la inteligencia y el celo de los

1. León Gregoire, obra citada, Conclusión, párrafos 1.º y 8.º

cristianos. «No hay más que dos fuerzas sociales, —escribía poco hace Mr. Harmel,— el clero y el pueblo obrero; uniéndoles es como prepararemos la sociedad del porvenir y los triunfos de Jesucristo.»

En 1869 los obispos alemanes reunidos en Fulda adoptaron la siguiente resolución: «Entre la instrucción que se da á los miembros del clero en filosofía, y acerca de su misión pastoral, es preciso no descuidar por más tiempo la cuestión obrera: es de desear que algunos eclesiásticos se dediquen con especialidad al estudio de la economía política.» En el Congreso de Lieja de 1890 el abate Hitze y el obispo Doutreloux recordaban esta misma necesidad: éste pedía que el clero estudiase las aplicaciones de la justicia y de la caridad de Jesucristo á la economía social; aquél decía francamente: «Si os queréis colocar á la altura de vuestra misión, os es preciso estudiar los problemas sociales del presente siglo.» Manning en Inglaterra, Gibbons é Ireland en América, han multiplicado consejos parecidos. Por mucho tiempo los sacerdotes franceses descuidaron estas cuestiones; pero después se han dedicado á ellas con empeño¹.

En presencia de esta actitud de la Iglesia y de los católicos, Bebel, el eximio apóstol del socialismo en Alemania, decía en 1897: «Lutero no ha hecho más que favorecer á los principes alemanes, cuando la Iglesia se colocaba prudentemente al

1 El Congreso Católico recientemente reunido en Santiago de Compostela reconoció la conveniencia de establecer cátedras de Sociología en los seminarios.

tólicos sin que se nos presente en primer término la colosal figura de un sacerdote cuyos trabajos sociales, tanto en el orden especulativo como en el práctico, le hacen digno de los mayores elogios, y ese benemérito sacerdote es el abate Hitze.

Apenas había terminado sus estudios, cuando fué enviado como vicario á la gran ciudad industrial de Munchen-Gladbach. Allí se dedicó con verdadero empeño á los estudios sociales, y de su pluma salieron trabajos de verdadero mérito, que le colocaron muy pronto entre los primeros sociólogos alemanes. No se limitó su actividad al estudio meramente especulativo de esas cuestiones tan importantes, sino que procuró traducir sus observaciones á la práctica, y en este noble empeño encontró una poderosa ayuda en un gran industrial católico de Munchen-Gladbach, Brandts, que se había propuesto organizar una fábrica modelo y que, bajo la dirección del abate Hitze, creó una porción de instituciones beneficiosas para sus obreros, que fueron como un campo de experimentación para el infatigable sacerdote, que más tarde había de acometer empresas de mayor empeño.

La importancia que adquirió con sus notables trabajos le llevó muy pronto á ocupar un puesto distinguido en la política alemana. En 1882 entró en el Landtag prusiano, y en 1884 en el Reichstag, y ha sido siempre en el Parlamento una de las figuras de primera magnitud, la más genuína representación de las clases populares y el defensor infatigable de la población obrera. El fué el que imprimió en el Centro católico esa tendencia social en beneficio de las clases obreras, y su grande

obra fué su tenaz y decidido empeño en hacer entrar al Gobierno por el camino de la publicación de leyes protectoras del obrero, tendencia que Bismarck resistió siempre, hasta que su caída determinó el triunfo del infatigable abate, porque el emperador adoptó entonces las ideas sociales que el Centro había defendido, llamó á sus consejos al abate Hitze, y los antiguos proyectos de éste con ligeras modificaciones fueron adoptados por el Gobierno y convertidos en leyes en 1890.

Hitze es hoy una de las primeras figuras del Centro y del Parlamento alemán; hace algunos años fué nombrado profesor de la universidad de Münster, y sus obras sobre cuestiones sociales son celebradas en el mundo entero.

VI

El clero católico alemán se distinguió y se distingue notablemente por sus trabajos incesantes, encaminados á mejorar la condición, no sólo moral, sino material de los campesinos, de ese elemento de tan extraordinaria importancia en toda nación y en el que se ceba generalmente de una manera tan despiadada la usura. Ese clero, que fué el primero en levantar en el Parlamento su voz en favor de los campesinos, se dedicó á extender su acción bienhechora entre la población de los campos y á establecer en su beneficio instituciones que mejoraron su situación material y que contribuyeron

pués de treinta y cinco años por su sucesor, Mons. Schäffer, tiene su centro en Colonia. Esta obra ha aumentado, y, á pesar de las dificultades, ha extendido sus beneficios, procurando á los jóvenes obreros de los talleres un hogar en las ciudades populosas. Esta acción es aún susceptible de desenvolvimiento; y cualquiera que sea la suerte que el porvenir reserve á la ley corporativa, cualesquiera que sean las nuevas instituciones que completen los *Gesellenvereine*, éstos continuarán siendo una obra fecunda y preciosa de preservación y de conservación social¹.

Pero si los jóvenes para quienes los *Gesellenvereine* se habían fundado tenían necesidad de instituciones de esta clase para contrarrestar los peligros á que están sujetos, no eran menos dignos de atención los que aún no habían llegado á los diez y siete años y, como aprendices, estaban ya formando parte de la población de los talleres, y tanto más expuestos á dejarse arrastrar por la seducción del vicio, cuanto que sus pocos años les hacían más irreflexivos y fáciles al halago. El clero católico no desatendió esta necesidad, y creó para estos jóvenes los círculos de aprendices (*Lehrlingvereine*) que se desarrollaron con rapidez. Y como al casarse los compañeros, ó al llegar á los veintisiete años, no podían seguir formando parte del *Gesellenverein*, se procuró que no quedasen excluidos de esa hermosa trama de instituciones sociales creadas por el clero católico

¹ *La Reforma Social*, número correspondiente á 16 de Diciembre de 1900.

alemán, y se fundó para ellos la asociación de maestros *Meistervereine*, en relación estrecha con los *Gesellenvereine* y dirigidos por el mismo presidente que ellos, y el desarrollo de esta institución ha sido casi á la par de los *Gesellenvereine*.

VIII

Los círculos católicos de obreros son otra institución digna del mayor elogio. El Santo Padre ha recomendado y bendecido esta obra con insistencia, y el autor de este trabajo ha tenido la honra y la satisfacción inmensa de oír de sus mismos labios esta recomendación, hecha con gran encarecimiento.

Estos círculos de obreros (*Arbeitervereine*), recomendados por los congresos católicos de Alemania, inspirándose en las enseñanzas de Su Santidad, han llegado á adquirir en aquel imperio una gran importancia y á constituir una verdadera fuerza social católica, que en más de una ocasión ha hecho sentir á sus adversarios el empuje de su influencia y de su número; y no sólo en Alemania, sino en otras naciones, han dado y están dando resultados que son su mayor elogio.

Es el círculo católico de obreros un centro de reunión en que el obrero, frecuentemente abandonado de la sociedad en que vive, y explotado con harta frecuencia por patronos sin humanidad y sin entrañas, encuentra sociedad agradable, que

le separa de la taberna ó del garito; compañeros honrados y cristianos como él, patronos humanos, que no se desdennan de tenderle una mano amiga; hombres de carrera, que ponen en práctica los principios de la verdadera democracia cristiana, y sacerdotes en quienes encuentra amigos cariñosos, consejeros ilustrados y maestros de sana doctrina. Allí se mezclan las explicaciones y las prácticas religiosas con los entretenimientos honestos y agradables y las enseñanzas instructivas, y hay establecida una serie de instituciones de indole social y económica que contribuye á mejorar la situación moral y material del obrero.

En Alemania tomaron á su cargo el establecimiento y dirección de estos círculos el episcopado ¹ y el clero católico; aquél publicando pastorales, en las que procuraba fomentar la creación de círculos en sus diócesis, recomendando á su clero esta obra y hasta ordenando que esta cuestión se tratase en las conferencias eclesiásticas de la diócesis; y el clero, sobre todo el clero parroquial, tomando una parte activa en su establecimiento y en su organización y dedicando á esta obra toda la atención que sus deberes parroquiales le exigian, como obra que es de regeneración religiosa y de verdadero apostolado. El abate Hitze, de quien ya hemos hablado, fué el verdadero apóstol de esta importante obra.

¹ Ketteler, en la conferencia episcopal de Fulda, en 1869, hizo con sus informes decidir á los obispos á tomar con empeño la creación y desarrollo de los círculos de obreros. Desde entonces la cuestión social se estudió en los seminarios con gran atención.

«El régimen de los *Vereine* organizados por los católicos sociales no respondía por completo á las nuevas condiciones en que se encontraba: los primeros *Gesellen* y *Arbeitervereine* eran, sobre todo, círculos y patronatos donde algunas obras de carácter económico se aplicaban á grupos fraternales religiosos que se ocupaban principalmente en algunas conferencias, en reuniones íntimas, en obras de piedad, en algunas cajas de ahorros ó de socorros, pero sin carácter profesional, sin discusión ó lucha por los intereses económicos, etc. Por muy importante y esencial que fuese el fin que se proponían, el fin principal, es decir, el fin religioso y moral, se notó que eran necesarios nuevos engranajes para responder á nuevas necesidades. Se proclamó, pues, la creación en los *Gesellen* y en los *Arbeitervereine* católicos de *secciones profesionales*, destinadas, bajo la dirección tradicional, á ocuparse sobre todo en las cuestiones de mejoramiento social y económico de la condición de los obreros. Los *Arbeitervereine* entraron en parte por este camino; también lo hicieron así los *Gesellenvereine*, pero lentamente y no sin resistencia de parte de ciertos miembros; es difícil allí, como en todas partes, hacer aceptar las modificaciones á los que han trabajado y conseguido éxitos con los métodos antiguos. Esta reorganización, esta transformación fué, pues, lenta; empezó, sin embargo, y algunos *Arbeitervereine* están divididos profesionalmente y contienen en su seno las uniones profesionales. ®

»Esta misma lentitud de la acción católica hizo que se creasen fuera de las asociaciones católicas

grupos profesionales de un carácter puramente económico, sin principio alguno religioso, y que en ellos ingresasen muchos católicos, y esto dió lugar á una pastoral colectiva de los obispos de Prusia, publicada en Octubre de 1899, donde ponen á los fieles en guardia contra estas tendencias, proclaman el fin y el principio religioso como necesario y esencial, y se pronuncian en favor de las secciones profesionales creadas en el *Arbeitervereine*, sin perjuicio de su fin principal»¹.

No solamente funcionan en Alemania círculos de jóvenes obreros y de hombres; el clero no podía dejar de extender su celo á la mujer obrera, elemento importantísimo para la moralización del hogar, y para atenderla estableció hospicios de obreras donde encontrasen alojamiento barato y en buenas condiciones² las jóvenes que, por ser huérfanas ó tener precisión de trabajar en poblaciones donde no residían sus familias, se veían en la necesidad de habitar en casas de huéspedes, con gran peligro para sus buenas costumbres; y como las jóvenes dedicadas á trabajos en talleres ó fábricas difícilmente tienen ocasión ni tiempo

1. *La Reforma Sociale*, número antes citado.

2. También en estos hospicios se da alimentación por un precio reducido á las obreras que no viven en el establecimiento.

para aprender el manejo de una casa, y esta ignorancia contribuye mucho á hacer desgraciada la familia que más tarde han de constituir, se establecieron en estos hospicios, que eran á la vez círculos de obreras, con algunos espaciosos jardines, donde, sobre todo en los días festivos, encontraban las jóvenes obreras esparcimiento, enseñanzas de cocina, planchado, costura, etc. En muchos puntos, al frente de estos hospicios hay religiosas; y donde no, el clero procura formar juntas de señoras piadosas dispuestas á prestar á las jóvenes obreras estos cuidados; y así como los jóvenes obreros tuvieron entre el clero católico sus apóstoles y especiales protectores, el abate Liesen dedicó sus desvelos más que otro alguno á fundar estos establecimientos para jóvenes obreras.

X

La obra de los católicos alemanes, la pujanza que han demostrado en sus plausibles empeños y los triunfos por ellos obtenidos sobre sus perseguidores, se deben en gran parte á sus congresos católicos, las grandes maniobras de otoño, como con gran propiedad les llamaba Windthorst.

El modo como están organizados y funcionan los congresos católicos en Alemania es por demás interesante. También en España se han celebrado algunos de esos congresos; pero sea por una ó por otra causa, y siempre por culpas que todos nos

esforzamos en echar al prójimo, esos congresos han estado muy lejos de ser lo que sus iniciadores pensaron, y quizá de lo que Su Santidad quiere que sean. Obsérvase en ellos — y conste que hablo aquí tan sólo de sus defectos, que mucho podría decir también de sus ventajas — un recrudecimiento de bajas pasiones de bandería, que no se proponen seguramente la mayor gloria de Dios, sino la supremacía de tal partido, ó el encumbriamiento de tal político ó la defensa de tal periódico, órgano de alguna agrupación política, y todo ello con intransigencias y exaltaciones que destruyen toda noble iniciativa, y el resultado de sus trabajos es una serie demasiado prolongada, para que pueda ser práctica, de conclusiones que se imprimen y de las que nadie vuelve á ocuparse. El día en que esas exaltaciones, de buena fe sin duda, pero de perniciosos efectos, desaparezcan, como es de esperar que suceda, los congresos católicos entre nosotros darán el resultado que han dado en Alemania y que de ellos es de esperar. Nadie puede dudar del probado catolicismo de Windthorst, y ninguno de esos exaltados congresistas españoles tendrá la pretensión de dejarle atrás como hombre de acción; y sin embargo, dice Kannengieser que en tanto que la asociación de Gustavo Adolfo y el Congreso de los católicos viejos injuriaban á la Iglesia y á la Santa Sede en Halle y en Heidelberg, los católicos del Congreso de Friburgo no tuvieron más que palabras de respeto para sus hermanos separados de la comunión católica, y que hasta el jefe del Centro elogió á los protestantes que le habían prestado su apoyo du-

rante el Kulturkampf, sin que en ninguno de los muchos discursos que se pronunciaron hubiera una sola palabra capaz de herir á los adversarios, y menos aún nada que significase ni aun la menor molestia para otros católicos.

Afortunadamente en el último Congreso católico español celebrado en el mes de Julio del año anterior en Santiago de Compostela esas mezquinas exaltaciones de bandería no se manifestaron. En el curso de sus sesiones la voz del episcopado fué por todos acatada y aplaudida; los partidarios de jefaturas y tendencias contrarias ó distintas al menos de las del episcopado encontraron más propio buscar expansiones fuera del Congreso, los unos pronunciando discursos, los otros insertando en sus periódicos noticias espeluznantes acerca de la terrible intransigencia de los congresistas, y calificando por ejemplo de toque de botasillas el tema admirablemente desarrollado por el venerable sacerdote D. Andrés Manjón, de que los padres tienen derecho preferente al del Estado á intervenir en la educación de sus hijos. Este hecho de haber separado las cuestiones de sus banderías de las de una manifestación puramente católica, ha sido una de las notas más interesantes del último Congreso católico español.

Durante el Kulturkampf sobre todo, los congresos católicos fueron en Alemania el nervio de la acción católica; de ellos surgían las grandes iniciativas, de ellos la prensa católica; en ellos se preparaban las elecciones y se formaban y discutían los proyectos que después eran llevados á las Cámaras; allí los jóvenes se adiestraban en la elo-

de una manera notable á crear entre esa población rural vínculos indestructibles.

¡Qué bien tan inmenso se haría en España á la población de los campos, que es la base de nuestra organización y de nuestra vida, y que sufre más que otra alguna los rigores de la mala administración pública y está agobiada bajo el peso insostenible de una usura despiadada, si nuestro clero hubiera desde el seminario dedicado la debida atención á los estudios sociales y se hubiera aficionado á esta clase de cuestiones que hoy son de tan considerable importancia! ¡Quién sabe cuán inmensos males podrían atajarse aún, tanto en el orden religioso, como en el social, como en el económico, si nuestro clero copiasse en este punto la obra nunca bastante alabada del clero de Alemania y de otros países y constituyese un objeto preferente de su atención y de su estudio la acción social del clero en otras naciones!

No fué un sacerdote, sino un distinguido seglar, el que creó una de las instituciones de resultados más positivos y admirables en favor de la población obrera; me refiero á las asociaciones de aldeanos que tuvieron su origen en Westphalia y que fueron debidas á la iniciativa del barón de Schorlemer-Alst, uno de los jefes del Centro católico.

En 10 de Julio de 1862 fundó una asociación compuesta de treinta y siete miembros, que se comprometían á ayudarse mutuamente en sus intereses religiosos, sociales y materiales; y aunque le fueron negados por el gobierno los derechos corporativos, esto no impidió que la idea se propagase y que se fundasen otras corporaciones aná-

logas. En 1871 el Gobierno amenazó con someter á estas sociedades á la vigilancia de la policía, pretextando que se mezclaban en asuntos políticos; pero el barón de Schorlemer-Alst disolvió voluntariamente estas asociaciones, y pocos días después reunió 2.000 aldeanos en Münster y allí fundó el *Westphalische Bauernverein*, asociación que se extendió á muchos puntos de Alemania y que prestó servicios admirables á multitud de agricultores.

Curioso resultaría el hablar de la organización, progresos é importancia de esta asociación; baste á nuestro propósito indicar que el objeto que se propone es el de establecer una corporación de propietarios rurales que juntos deliberan sobre sus propios intereses, que procuran difundir los conocimientos que á los agricultores les son necesarios ó útiles, que dirimen entre ellos sus discordias, que fundan bancos de crédito, cooperativas, etc.; que procuran el socorro del que se encuentra en situación precaria y el conseguir economía en la adquisición de todo lo que al labrador le es necesario.

El barón de Schorlemer-Alst, á quien sus trabajos merecieron el calificativo de rey de los aldeanos, fué el iniciador y fundador de estas sociedades; pero el clero fué su cooperador más importante, y á él se debió principalmente su difusión por las poblaciones rurales.

No contentos con esto los católicos alemanes, fundaron otras nuevas é importantísimas sociedades que produjeron resultados verdaderamente asombrosos y que constituyeron un inmenso bene-

ficio en favor de los campesinos. El abate Dasbach, que se había distinguido como periodista, que había fundado muchos é importantes periódicos católicos que alcanzaron gran circulación, y que más tarde formó parte del Landtag y del Reichstag, preocupado con los males que al campesino acarrea la terrible usura, generalmente ejercida por judíos sin entrañas, y viendo que este mal alcanzaba en el país de Tréveris proporciones verdaderamente alarmantes, comprendió que el remedio contra esta llaga social era el promover asociaciones de los que eran ó estaban en condiciones de ser sus víctimas, y en una reunión popular celebrada en Neuhans el 10 de Febrero de 1884 hizo que se acordase la creación del *Trierische Banerverein*. Establecida esta hermosa institución, se nombró presidente de la misma al diputado Limburgo; vicepresidente al abate Stolzenberger, cura de Waldbach, y secretario y tesorero al iniciador de la obra, abate Dasbach, quien en 1891 fué elegido presidente por aclamación. El clero propagó por todas partes la idea é hizo comprender á los aldeanos las grandes ventajas que podía reportarles la nueva institución, que con tan poderosos auxilios reunió en muy pocos años hasta 100.000 asociados.

Una de las ventajas más salientes que el *Verein* produjo fué la ayuda que prestó á los campesinos contra la persecución del usurero. Según sus constituciones, cuando á uno de sus miembros se le complicaba en un litigio cuya causa fuera la usura ó el comercio de bestias, el comité de dirección del *Verein* estudiaría si el asociado había sido da-

ñado en sus intereses, y, en caso afirmativo, tomaría el litigio por su cuenta. De este modo el implacable judío sabía que no tenía que entenderse con un pobre campesino, á quien le era fácil asustar con la amenaza de un proceso ó envolverle en él con malas artes, sino con una sociedad que conocía y sabía sortear sus tretas; y de esa manera el *Verein* constituyó el terror de los usureros. Muchos fueron los procesos que se siguieron por cuenta de la Asociación, y también en muchas ocasiones fué forzoso á los usureros resignarse á la derrota ó desistir de continuar los procesos, en los que hasta se vieron ellos mismos, con frecuencia, envueltos, y que, entablados siempre con razón por el *Verein*, eran casi siempre ganados por él.

Para suplir al usurero con ventaja para el campesino, el abate Dasbach creó un Banco Agrícola, que hacía á estos últimos préstamos con un interés reducido y que les proporcionaba ganado en condiciones ventajosísimas; creó también sociedades de seguros contra la mortalidad del ganado, y en poco tiempo prestaron estas instituciones servicios en tanto número, que significaban algunos millones las sumas que se había evitado que pasasen de la exhausta bolsa del campesino á las garras del insaciable judío.

A semejanza de esta asociación existen otras, de cuyos beneficios gozan infinidad de campesinos, iniciadas y dirigidas por insignes católicos, pertenecientes muchos de ellos á la aristocracia.

«Es preciso — dice Kannengieser ¹ — mostrarse

Los Católicos Alemanes, cap. III, párr. 3.º

agradecido á la aristocracia católica de Alemania, por haber comprendido tan bien su deber social. En efecto, casi en todas partes se ha colocado á la cabeza del movimiento con un celo y una abnegación que la honran. Vive todo el año en medio de estas poblaciones rurales, tan dignas de interés, y con esta presencia real y continua se las atrae poderosamente. El barón de Schorlemer-Alst, el barón Félix de Loé, el barón de Huene, ejercen una verdadera soberanía sobre ellas, y el reconocimiento de sus protegidos les ha conquistado el hermoso título de reyes de los aldeanos. Ellos son, efectivamente, reyes, por la autoridad y crédito de que gozan, por la bondad con que tratan á los obreros de la tierra, por los beneficios que les hacen. Los 100.000 aldeanos que han aceptado su patronato constituyen una guardia de honor que el socialismo se esfuerza en vano en sobornar.

»El clero es, en cierto modo, el lazo de unión entre la aristocracia y los campesinos: él pertenece á éstos por su origen; se acerca á aquélla por su ciencia, su educación y su carácter sacerdotal. Es, á la vez, el abogado y el censor de los unos y de los otros, y casi siempre el amigo atendido de todos. En estas condiciones podía ser un instrumento precioso cuando se trataba de la fundación de los *Bauernverein*. La influencia que ejerce el abate Dsbach demuestra que ha estado á la altura de su misión; y si estas hermosas instituciones agrícolas son tan meritorias, débese, en gran parte, al clero parroquial».....

«No se trata de un vago patronato, de una presidencia más ó menos honorífica; no basta asistir

sencillamente, en un hermoso sillón, á una fiesta ó á una representación teatral, ni menos pronunciar, en determinadas ocasiones, un discurso elocuente. Si el clero alemán comprendiera su acción social de esta olímpica manera, no podría registrar ningún triunfo. Para comprender á qué precio domina á los jóvenes obreros, es necesario ver al clero de Mulhuse en obra. El director consagra casi todo el tiempo al círculo; sus colegas, imitando su generosa abnegación, lo sacrifican todo para todos.»

¡Lástima grande que estos párrafos transcritos no podamos aplicarlos exactamente á España....

Dignas de mención son también, entre las instituciones de orden económico creadas en beneficio de los agricultores en que los católicos han tomado parte muy activa, las cajas populares de ahorros y de préstamos, principalmente las del sistema Raiffeisen, en las que se proporcionan préstamos á los agricultores que tienen necesidad de ellos, pero que se diferencian de las demás instituciones de esta clase en que en ellas se trata de averiguar si la necesidad del préstamo está ó no justificada y cuál es el uso que de él va á hacerse, con objeto de que no se convierta la institución en incentivo de despilfarros y gastos inútiles. Estas cajas están constituidas por pequeños accionistas, todos los cuales residen en el mismo municipio ó parroquia; y si importante es esta institución por lo que tiene de sociedad de crédito, no lo es menos como caja de ahorros, que, colocada en lugar próximo á la vivienda de los campesinos, es un estímulo que les induce al ahorro.

Es verdaderamente asombroso, y prueba de una manera palpable el gran espíritu de solidaridad que existe en el pueblo alemán, tan contrario en esto al carácter de nuestro pueblo, el inmenso desarrollo que estas cajas han tenido entre aquella población agrícola, y que recientemente se ha puesto de manifiesto con motivo de las fiestas celebradas para la erección de una estatua á Raiffeisen en Heddesdorf, cerca de Neuwied. En 1895 había 1,563 Asociaciones, hoy se ha elevado este número á 1,713, y su aumento es constante y extraordinario.

En el último ejercicio el movimiento financiero ha subido á 405.246.313 marcos, y los depósitos hechos por los asociados, que en 1900 sumaban 22 millones de marcos, pasan hoy de 34 millones.

VII

Si de mucha atención son dignos los que á la agricultura dedican su pequeño capital ó su personal esfuerzo, no merecen menos los obreros industriales, cuyo trabajo generalmente se ejercita en las poblaciones, y frecuentemente en los grandes centros de la industria y en talleres que encierran toda una población obrera en condiciones á veces detestables en lo moral y en lo físico.

Ninguna clase como esta ha sufrido las terribles consecuencias de la actual organización social, de la supresión de los antiguos gremios, del indus-

trialismo verdaderamente cruel que nos devora, y de la satánica propaganda de todos los errores modernos ó modernizados por la moda; en ningún elemento social como en este las malas pasiones encuentran tantos estímulos para desarrollarse, y las semillas del error, divulgadas por periódicos ó novelas infames, encuentran terreno más fecundo. De aquí que esas masas de obreros sean siempre materia dispuesta para la propagación de la impiedad y del socialismo, y aun para las doctrinas más absurdas, que encuentran entre ellos fácilmente inteligencias á que ofuscar y brazos dispuestos á sostenerlas con el entusiasmo con que el pueblo acoge siempre lo que logra fascinarle.

Mr. León Harmell hace una pintura de lo que es el moderno taller que parecerá exagerada é inverosímil á los que están alejados de esa atmósfera deletérea en que viven las grandes masas de la población obrera en los grandes centros de explotación, y no tengan en cuenta que esta triste pintura está hecha por un gran fabricante que habla por propia experiencia. Los crímenes más nefandos, las blasfemias más horribles, las doctrinas más absurdas tienen carta de naturaleza y completo señorío sobre la población de las grandes fábricas; en ellas se hace descarada propaganda de las ideas más disolventes y se ataca despiadadamente á todo lo que á la religión se refiere, se calumnia á sus ministros y se blasfema de lo más santo; todo el que profesa ó predica un absurdo es allí digno de respeto; pero ¡ay del que se confiese católico! no hay insulto, no hay burla, no hay

acusación ni calumnia que deje de dirigirse, y sobre él se ejerce la tiranía más inaudita. «Por el contrario, las supersticiones más ridículas son respetadas, y el que se burlase de ellas sería vivamente censurado por un filósofo vecino en nombre de la libertad de conciencia. Hemos conocido algunos que adoraban al sol, y esta devoción era encontrada muy digna de respeto»¹.

Y no se crea que esta triste pintura no retrata el estado de corrupción que reina entre muchos núcleos de población obrera en España. No hace mucho que un obrero profundamente católico me decía: «En los talleres en que yo trabajo hay cerca de mil hombres; allí penetran toda clase de periódicos impíos, de lecturas socialistas y anarquistas, de novelas indecentes; pero ni se lee ni se dejaría circular una sola hoja escrita en sentido católico; allí se expone sin rodeos toda idea disolvente y se blasfema sin reparo, y escasamente una docena nos atrevemos á llamarnos católicos, y somos por ello objeto constante de burlas y de bromas de mal género.» ¡Y esto pasa en el mismo Madrid!

Estos males inmensos reclaman la atención de los católicos, y esas desgraciadas masas populares que se encuentran sumidas en ellos merecen que los esfuerzos de todos se aumen para acudir á su remedio.

Así lo comprendieron los católicos alemanes, y entre su benemérito clero surgió un verdadero apóstol de los artesanos. El abate Adolfo Kolping,

¹ *Manuel; a' une Corporation chrétienne*, por León Harmel: Parte 4.^a, capítulo I.

nacido en 8 de Diciembre de 1813, en Kerpen, de padres pobres, no pudo, á pesar de su decidida vocación, por falta de medios materiales, dedicarse al sacerdocio, y se vió precisado á trabajar en el oficio de zapatero, pero sin desistir nunca del propósito de seguir su vocación, para lo cual alternaba el trabajo de su oficio con el estudio, y en fuerza de privaciones y perseverancia, á pesar de las burlas de sus compañeros, á los veintiocho años de edad pudo comenzar sus estudios teológicos. Estudió primero en la universidad de Munich; pasó después al gran seminario de Colonia, y en 1845, cuando Kolping tenía treinta y dos años, fué ordenado de sacerdote y enviado de vicario á Elberfeld, ciudad de la provincia rhenana.

En el ejercicio de su sagrado ministerio Kolping dedicó atención preferente á los jóvenes obreros; él había visto por su propia experiencia los grandes peligros que les rodeaban, y había podido observar que la necesidad de buscar trabajo en poblaciones distintas de las de su nacimiento colocaba al joven obrero en un estado de aislamiento que, unido á la influencia de amigos corrompidos, era causa de una vida de vicios y disipación. En Elberfeld se había fundado un Círculo de obreros jóvenes, y Kolping se dedicó con empeño á procurar su progreso, y pronto fué nombrado su presidente; dió á este Círculo el nombre de *Gesellenverein*,[®] y tal desarrollo adquirió su obra, que en 1853 se habían fundado en distintas poblaciones de Alemania cerca de 300 *Gesellenvereine*.

El objeto de esta institución es el de crear una vasta asociación de jóvenes artesanos religiosos y

honrados¹ y ponerlos á cubierto de los peligros que los rodean proporeionándoles en lo posible las ventajas de la familia. Terminado el trabajo del día, los jóvenes se reúnen en un local donde encuentran distracción, juegos honestos, lecturas amenas é instructivas; caja de ahorros y clases gratuitas, y muchos de ellos faltos de familia tienen allí alojamiento económico y decente; el domingo el obrero se consagra más especialmente al *Verein*, allí santifica el día consagrado al Señor, y después de cumplidos los deberes religiosos dedica el resto del día á la distracción y al descanso en unión de sus compañeros. A medida que estas casas se fueron estableciendo por todas las poblaciones, se les dió una organización jerárquica; al frente de cada una de ellas había un sacerdote del clero parroquial, un presidente en cada diócesis, otro central en cada nación y otro general con residencia en Colonia.

Cuando un compañero perteneciente á esta asociación, que, según los estatutos, ha de ser soltero, mayor de diez y siete años y menor de veintisiete, necesita viajar en busca de trabajo, va provisto de su libreta de viaje, que le indica la población en que hay *Gesellenverein*, con su dirección y el nombre de su presidente. Al llegar al término de su viaje, se presenta al presidente y declara que se halla dispuesto á aceptar el trabajo que se le proporcione; se aloja en el *Verein* gra-

¹ Para ingresar en el *Gesellenverein* es necesario ser católico, aunque, por excepción, se puede admitir á algún protestante, y antes de admitirles como socios se somete á los jóvenes á un noviciado de tres meses.

tuitamente, y se le da de almorzar á la mañana siguiente y la comida durante el domingo y el almuerzo del lunes, si ha llegado en sábado, también gratuitamente; si no encuentra trabajo, sigue su viaje á otra población; y si le encuentra, ingresa desde luego en el *Gesellenverein*.

La obra del abate Kolping se propagó rápidamente por toda Europa y hasta por América; y aunque fué, como toda institución católica, perseguida durante el Kulturkampf, salió victoriosa de estas embestidas. A la muerte de su fundador, acaecida en 4 de Diciembre de 1865, más de 400 *Gesellenvereine* se habían fundado en Europa; y en la época en que Kannengieser escribía su obra formaban esta sociedad 80.000 compañeros, con 794 *Gesellenvereine*, y habían pasado por ellos 400.000. ¡Y todo esto dirigido por el clero alemán! ¡Bien mereció Kolping el nombre de *padre de los compañeros*, con que se le designaba!

«Los *Gesellenvereine* continúan su acción bienhechora, ya bien conocida. Hay al presente 1.059 extendidos por los países de lengua alemana, y continúan su obra social de preservación de los jóvenes obreros. Tienen en muchos puntos locales espaciosos, hosterías y alojamientos permanentes, conferencias, algunas cajas, bibliotecas y cursos profesionales. Al mismo tiempo algunos, y así se lo recomiendan, procuran ensanchar sus cuadros, formar allí también secciones profesionales y aun cooperativas, para retener y agrupar también á los obreros adultos, como consiguen, con tan buen éxito, conservar á los obreros jóvenes. La obra de los *Gesellenvereine*, dirigida por Kolping, y des-

cuencia y hacían resaltar sus dotes los que las tenían extraordinarias, y de allí surgía el entusiasmo y la unión de todos los que defendían la misma santa causa, cuyo entusiasmo se comunicaba por el imperio todo.

Windthorst era el alma de aquellas grandes asambleas; pronunciaba cada día en ellas tres ó cuatro discursos, y era siempre el encargado de hacer el de clausura, en el cual, con prodigiosa habilidad y elocuencia, á la vez que resumía los trabajos del Congreso, trazaba la línea de conducta que los católicos habían de seguir en lo sucesivo.

Aquellos congresos no tienen el carácter de los nuestros, en los que forma la inmensa mayoría el elemento eclesiástico, cuya proporción va en aumento en cada Congreso; porque el elemento secolar, por causas que no hay para qué explicar en este momento, se retrae más cada vez de tomar parte, al menos activa, en sus trabajos, sino que asisten miles de personas de todas clases y condiciones sociales. Al lado del alto dignatario ó del opulento aristócrata se divisa la cara de tez curtida del obrero del campo ó del trabajador de las minas; al lado del rico industrial está el obrero humilde — y obreros asisten á millares; — al lado del sacerdote eminente el modesto vicario de una aldea, todos inspirados por los mismos sentimientos y unidos por vínculos de amor.

Estos congresos, que tuvieron su origen en Manguncia en 1848, se reúnen anualmente, siempre en población distinta. En ellos se congregan representantes de todas las asociaciones católicas, se

celebran reuniones generales de cada una de las instituciones católicas establecidas en el imperio, son la cita de todos los católicos influyentes, el medio de darse á conocer los oradores más notables y de adiestrarse los que aún no son conocidos; en estos Congresos se celebran reuniones de estudiantes católicos, se reúnen también los obreros, hay alegres fiestas y expansiones, en las que se bebe mucha cerveza y en las que hasta Windthorst perdía su formalidad para entregarse á la común alegría.

El día 24 de Agosto del año anterior de 1902 se inauguró en Mannheim el último Congreso católico de Alemania, que hace el número 49 en la serie de los ya celebrados y que ha revestido una solemnidad y una importancia extraordinarias.

Mannheim es un puerto comercial y un centro obrero de gran importancia, y el haberse elegido por los católicos como punto de cita esta población del gran ducado de Baden es muy significativo, si se tiene en cuenta que en este país es donde el catolicismo sufrió más ruda y larga persecución; que católicos y protestantes están en el Ducado en número próximamente igual, y que en él es donde el Centro ha ganado hasta ahora menos terreno y donde las Ordenes religiosas han estado por mucho tiempo enteramente proscritas, hasta que los esfuerzos de los católicos han conseguido recientemente que se las abran las puertas, y algunas de las expulsadas de Francia son actualmente admitidas en Baden.

Los congresistas eran en número de 50.000 próximamente, y entre ellos 20.000 obreros del Pala-

El *Volkverein* es una oficina de información, tanto para el estudio, como para la acción, como para las obras católicas. Es un *secretariado de las obras sociales*, y á él se dirigen los elementos católicos para resolver una cuestión difícil, para saber qué ha de hacerse para fundar una nueva obra, para crear una nueva institución, resolver una cuestión controvertida ó delicada, sin que por sí mismo tenga un programa definido fuera de las reglas generales de la sociedad cristiana ¹.

«El *Volkverein* es uno de los más activos auxiliares del Centro en su lucha política. En la reciente asamblea general de los católicos alemanes en Bonn, el Dr. Lieber consideraba que las grandes instituciones de la lucha actual, además del *Bonifacius Verein*, que trabaja directamente en el orden de las misiones religiosas, son la fracción del Centro y el *Volkverein*. Su organización es notable y sus efectos importantes.

«Hay en *Volkverein* el una cuestión de organización, de servicios; hay una cuestión de procedimiento, de programa, de política: estas cuestiones son distintas.

«Es preciso admirar y alabar en alto grado el organismo y los servicios. Es, en efecto, bajo este aspecto, una institución de primer orden, un auxiliar, un agente particularmente eficaz de propaganda, de influencia, de lucha.

«Cuanto al programa, á la política, hay en ella

¹ Las 27 oficinas diseminadas en las diferentes provincias de imperio resuelven cada año más de 150.000 consultas, y hacen restituir á los obreros más de 70.000 francos. — *L'Association Catholique*, di. curso antes citado.

tendencias y procedimientos discutibles. Institución católica, pero institución de propaganda y de acción asociada al gran movimiento político, está también naturalmente expuesta al flujo de las controversias. La admirable unión que han sabido conservar ante el enemigo los católicos alemanes en las cuestiones esenciales, aun á pesar de las más vivas divergencias francamente expresadas, permite esperar que la organización fecunda del *Volkverein* servirá siempre, de acuerdo con las autoridades legítimas, al triunfo del bien.

«Pero, se comprende por las causas indicadas, el *Volkverein* no reúne bajo su dirección todos los *vereine*. Lejos de esto, hay divergencias, y de ahí resultan desconfianzas y distancias. El *Volkverein* ayuda á todo el mundo sin duda, ó ayuda á un gran número; pero es una oficina cooperativa, de la cual muchos usan sin ver en ella en modo alguno una dirección» ¹.

El *Volkverein* produjo resultados asombrosos, y desde su nacimiento tuvo un rápido desarrollo. Cuando llevaba tan sólo un año de existencia contaba con más de 100.000 socios ², las reuniones de propaganda fueron numerosísimas, y pronto se extendió hasta las últimas aldeas, gracias principalmente al celo infatigable del clero católico alemán, y gracias también al apoyo entusiasta del pueblo católico.

¹ «Mouvement social et action catholique en Allemagne»; artículos publicados por Mr. Victor Brants en la revista *La Reforme Sociale*, números correspondientes á Diciembre de 1900.

² En 1898 contaba esta Asociación 180.622 socios; hoy se eleva este número á 200.000.

Los socialistas que en el Congreso de Halle habían declarado la guerra al Catolicismo, y que de antemano habían manifestado el júbilo de la victoria, viéronse sorprendidos por la fuerza, para ellos inesperada, de ese Catolicismo, y por los progresos del *Volkverein* que oponía á la propaganda de la democracia social una barrera infranqueable y, á pesar suyo, tuvieron que confesar públicamente que el Centro católico sostenido admirablemente por el *Volkverein*, era más robusto é inexpugnable que nunca y las elecciones han demostrado la admirable previsión de Windthorst al crear esta organización, que tanto bien está haciendo en el imperio.

Entre las instituciones creadas por el *Volkverein* merece citarse principalmente la Universidad popular de München-Gladbach.

Ya en otra parte nos lamentábamos de la culpable ignorancia que acerca de la cuestión social reina entre las clases á quienes debía preocupar seriamente, y que, sin embargo, al borde del abismo abierto á sus pies por los que predicán el odio de clases y ahondado con su misma conducta, se entregan á sus pasatiempos, frecuentemente censurables y dispendiosos, sin sospechar siquiera que hay en las modernas sociedades planteados problemas gravísimos que ellos con su proceder agrían más y más, sin sospechar que á su lado hay

quien sufre los horrores de la miseria y está privado de todos los goces de la vida mundana.

A remediar esta ignorancia en lo que fuera posible trató de acudir el comité directivo del *Volkverein*, y comprendiendo que no bastaban para ello los muchos é importantísimos estudios que en periódicos, revistas, libros y folletos se habían publicado por eminentes sociólogos católicos, porque estos escritos, ó no eran leídos por muchos, ó no era fácil que una persona los reuniera y los leyera todos, ó la mayor parte al menos, trabajo que sólo era dable á los especialistas, concibieron la idea de presentar en conjunto las cuestiones sociales de palabra, y establecer para ello enseñanzas dadas por los hombres más conocedores de tales cuestiones, para atraer é instruir con estas explicaciones á un auditorio numeroso.

A estas enseñanzas llamaron los liberales, con el propósito de ridiculizarlas, *Universidad popular*; pero los católicos, que hubieran creído pecar de pretenciosos al dar este nombre á su fundación, dejaron correr el que sus enemigos le habían dado, y la denominación de *Universidad popular* ha sido en adelante empleada por todos para designarla.

Algunos meses antes de la apertura de estos cursos, el comité del *Volkverein* publicó un programa, en el que manifestaba que su objeto sería el siguiente:

1.º Demostrar la importancia de las cuestiones sociales; la parte que las clases directivas, y especialmente el clero, deben tomar en la solución de estos problemas; despertar el gusto y la afición á los estudios sociológicos.

2.º Determinar el lazo que una entre sí las diferentes cuestiones; evidenciar los principios á que debe obedecer el legislador tratándose de leyes obreras.

3.º Tratar á fondo, tanto como el tiempo lo permita, las cuestiones teóricas y prácticas; abrir á los estudiantes nuevos horizontes, y sobre todo proporcionarles las indicaciones bibliográficas, con ayuda de las cuales les será fácil completar su educación.

4.º Establecer relaciones personales entre los maestros de la ciencia social y sus agentes; contacto fecundo para lo porvenir, igualmente útil á los unos y á los otros.

München-Gladbach, población industrial por excelencia, y en la que funcionan admirables instituciones de carácter social entre su numerosa población obrera, gracias al celo de fabricantes católicos y del abate Hitze, fué el sitio designado para dar principio á estos estudios, y la época elegida fué la segunda mitad de Septiembre, en que se juzgó que era más fácil que el clero, profesores industriales, etc., pudiesen asistir; y como todas estas personas no habían de poder dedicar largo tiempo á estos estudios, la duración del curso no pasaba de quince días. El 19 de Septiembre de 1892 se celebró la primera reunión oficial; 600 estudiantes habían acudido, y entre ellos dominaba el clero, y había personas de distintas profesiones y hasta extranjeros que habían emprendido el viaje sólo para asistir á aquellas enseñanzas, que estaban á cargo de los hombres más eminentes en cuestiones sociales.

Durante quince días se dedicaba á estas cuestiones un trabajo asiduo; por la mañana los oyentes asistían tres ó cuatro horas á las explicaciones de maestros, que terminada su tarea, dejaban su sitial para ocupar un asiento entre los discípulos y escuchar las explicaciones del profesor que les sustituía, y que hasta entonces había asistido como oyente, y se veía á hombres encanecidos y eminentes tomar notas de aquellas explicaciones; la tarde se dedicaba á visitar los establecimientos industriales y á conocer las instituciones de carácter social que tanto abundaban en la población obrera de München-Gladbach; por la noche se reunían en un amplio local, en el que uno de los profesores exponía una cuestión que era discutida entre los concurrentes, y en aquella discusión podían tomar parte todos. A las diez de la noche terminaba la discusión, que era resumida por alguno de los profesores, y hasta bien entrada la noche aquellos mismos hombres que hasta entonces habían dedicado todo el día al estudio, se reunían en fiestas agradables, en las que se hacía gran consumo de cerveza.

Terminado el curso, los estudiantes de la Universidad popular volvían al punto de su residencia, donde á su vez se convertían en maestros y propagadores de las doctrinas que habían aprendido, dejando establecidos entre ellos vínculos de amistad y de relación constante que se estrechaban más al acudir á un nuevo curso, puesto que la Universidad popular se estableció como una institución permanente.

Estos cursos de sociología se han seguido dando

periódicamente. En Octubre de 1898 estas reuniones se celebraron en Strasburgo, y asistieron á ellas 1.733 oyentes, de los cuales 631 eran eclesiásticos y seminaristas, lo cual prueba el gran interés que entre el clero católico alemán despiertan estas cuestiones sociales, y explica en gran parte la eficacia de su apostolado.

«Yo he visto — dice uno de los asistentes á las reuniones de Strasburgo — sentados en los mismos bancos, ante las mismas mesas, los alumnos del seminario, los estudiantes de derecho y de medicina, jóvenes salidos de las escuelas de comercio y de industria, el dependiente de los grandes almacenes, el obrero de fábrica, el aprendiz, la mayor parte provistos de sus cuadernos de estudio, haciendo un resumen de las relaciones y exposiciones, presentando dificultades y ensayándose en el uso de la palabra, y he sacado la impresión de que este curso social constituye una grande escuela, abierta á todas las buenas voluntades, accesible á todas las inteligencias, verdadero plantel de donde saldrán mañana los representantes del pueblo»¹.

¹ H. Cetty: discurso antes citado.

CAPITULO VI

El clero católico alemán.

I. Intervención del clero católico en la política. — II. Parte que toma en las elecciones y en las reuniones electorales. — III. La prensa periódica actual y los católicos. — IV. Admirables esfuerzos del clero católico alemán para dar incremento á la prensa católica y desarrollo sorprendente de ésta.

I

Si en toda obra católica es al clero á quien corresponde la dirección, porque su misión es la de enseñar y dirigir al pueblo cristiano, hasta tal punto que, como ya en otro lugar hemos dicho, es completamente absurdo el llamarse católico y anticlerical, porque el ser anticlerical es sinónimo de ser anticatólico, siquiera otra cosa enseñen al pobre vulgo, lo mismo al vulgo de blusa que al de levita, los impíos que cuentan con su candidez para el éxito de sus predicaciones, haciéndole creer en distingos con los que le engañan mejor y le llevan á la impiedad más derechamente, en la obra realizada por los católicos alemanes corresponde al clero católico la principal gloria, y no se

tinado; más de 300 corporaciones de estudiantes estaban allí representadas, y Prusia, Hesse, Wuttemberg y Baviera habían enviado importante contingente, siendo de notar que este Congreso ha sido el primero en que han estado representadas Alsacia y Lorena. En él el venerable arzobispo de Friburgo, Mons. Noerder, y el Dr. Schaedler pronunciaron importantes discursos acerca de la cuestión social, á la que se concede siempre en estos Congresos una importancia extraordinaria, y durante el curso de las sesiones los oradores rayaron á gran altura, la unión fué admirable, y numerosa y extraordinaria la concurrencia, y el Congreso escuchó con júbilo las contestaciones dadas por Su Santidad, por el emperador Guillermo, y por el gran duque de Baden á los telegramas que se les habían dirigido.

Entre otros importantes acuerdos tomados por este Congreso, merece citarse el de fundar un comité central que tendrá por objeto reclutar y tener á disposición de los diferentes comités electorales locales, oradores políticos para las diversas asociaciones católicas, y que tendrá como en reserva conferenciantes que serán enviados, en casos urgentes, en lo más duro de la pelea ¹.

¹ "La politique du Centre dans l'Empire et le Congrès des catholiques allemands à Mannheim", artículo de Rodolph Heilmann, publicado en *Le Correspondant*, números de 25 de Septiembre y 10 de Octubre de 1902.

XI

El celo incansable de Windthorst no estaba aún satisfecho, y en su interior acariciaba una idea á cuya realización dedicó los últimos años de su vida, y que él juzgaba de gran importancia, porque comprendía que á las fuerzas del socialismo, cada vez más numerosas y organizadas, no bastaba oponer la acción de las leyes protectoras de la clase obrera votadas por el Parlamento, y á las que los socialistas podían mirar como un nuevo motivo de esperanza y un adelanto que se les concedía á cuenta de deudas mayores, y que para prevenir del contagio fatal al pueblo católico y oponer una barrera al socialismo era preciso organizar las fuerzas católicas del imperio, porque sin organización toda resistencia es imposible.

Pocos eran los iniciados en aquella idea, á la que el Jefe del Centro prestaba tanta atención, y con estos pocos, secretamente y con gran prudencia, trataba y discutía su plan. El año que precedió á su muerte acudió á Maguncia, sin que nadie tuviese noticia de su viaje ni supiese el objeto que le movía á hacerlo, como no fuesen algunos de sus amigos que acudieron de distintos puntos del imperio á reunirse con Windthorst, y allí en secreto trataron y discutieron con él cuestiones que no se traslucían; durante el año 1890 aquellas reuniones se celebraron del mismo modo y con igual secreto en otras poblaciones, hasta que en la

que tuvieron en el mes de Octubre en Colonia se vencieron los últimos obstáculos y quedó acordada la fundación de la Asociación popular católica (*Volkverein*), que era la idea que Windthorst perseguía, y designado el comite directivo.

Antes de dar este pensamiento á los vientos de la publicidad se había estudiado y discutido hasta en sus menores detalles, única manera de prevenir fracasos tan posibles como lamentables. En un manifiesto que apareció en Maguncia el 20 de Noviembre de 1890, Windthorst expuso el plan de la nueva Asociación: «El orden político y social — decía — está quebrantado en sus fundamentos. Nadie como el socialismo propaga estas teorías y se esfuerza en llevarlas á la práctica. Y como en el pueblo católico encuentra sus más enérgicos contradictores, ha declarado alívidamente la guerra á nuestra Iglesia en el congreso de Halle¹. A este enemigo que quiere asaltarnos es necesario oponer la barrera de nuestra poderosa organización. Unamos nuestros esfuerzos y marchemos contra él en apretadas filas. Formemos una coalición inmensa que abarque todas las regiones de nuestra patria. Esta alianza nos permitirá organizar nuestras fuerzas, multiplicar nuestros medios de acción, dirigir y reforzar metódicamente nuestra actividad en el terreno de la prensa, del folleto, de las asambleas. De esta suerte los socia-

¹ Los socialistas, que vieron que eran inútiles sus esfuerzos para hacer triunfar á sus candidatos en los distritos católicos, declararon solemnemente en el Congreso de Halle la guerra al catolicismo y acordaron dirigir su propaganda con gran empeño á la población católica.

listas nos encontrarán armados aun en las más apartadas aldeas, y en todas partes rechazaremos victoriosamente al error, haciendo brillar la verdad á los ojos del pueblo.»

He aquí cómo describe Kannengieser la organización de esta Asociación popular católica¹:

«Lo que distingue especialmente al *Volkverein* es que, á pesar de sus vastas proporciones, constituye una sociedad única. Los círculos obreros, los *Gesellenvereine*, la mayor parte de las otras obras sociales de los católicos alemanes están agrupadas jerárquicamente y forman un conjunto, una síntesis, una corporación; están ligadas entre sí por un lazo federativo, más ó menos estrecho, según las circunstancias, pero cada uno de estos grupos tiene su individualidad bien determinada. Hay en Alemania muchos millares de círculos obreros, de círculos de compañeros y de aprendices, con vida propia y dirección independiente; tienen sus presidentes y sus comités administrativos que gobiernan esos microcosmos bajo su responsabilidad personal.

»Dada la naturaleza de estas sociedades, semejante organización es absolutamente indispensable. Los jóvenes, los obreros que forman parte de un círculo, tienen necesidad de una dirección constante, de una autoridad visible capaz de intervenir á toda hora. No es posible un círculo sin presidente; esto sería la anarquía permanente, la inmediata ruina de la obra por efecto de este solo hecho.

¹ *Ketteier y la organización social en Alemania*, cap. III, B, párr. 1.º

»El *Volkverein*, tal como lo concibió Windthorst, persigue otro objeto, tiene otra misión, siendo desde luego susceptible de una organización más vasta, más complicada, más propia para englobar las masas populares.

»Encontrábase el *leader* católico en presencia de un enemigo formidable que avanza por Alemania á pasos de gigante, y á este ejército del socialismo quería oponer tropas católicas que trataba de reclutar á escape para no verse envuelto. ¿Era posible movilizar así á la nación, adoptando el cuadro de los círculos obreros ó de los *Gesellenvereine*? Plantear la cuestión equivale á resolverla. En efecto; todos sabemos cuán difícil es, especialmente en localidades de escaso vecindario, crear una asociación, encontrar un presidente, una junta, en una palabra, el personal directivo; además, las dificultades crecen desde el primer día, se renuevan cada vez que la obra se descompone á consecuencia de la mala voluntad ó del simple abandono de uno ú otro miembro influyente. Admitamos que los organizadores eviten estas peligrosas complicaciones; siempre se necesitarán algunos años para hacer próspera la obra; las adhesiones llegan lentamente, porque los celos, las heridas de amor propio, el escepticismo, comprometen á menudo empresas comenzadas bajo los mejores auspicios.

»Era preciso evitar estos escollos, inventar una sencilla combinación que reuniera todas las ventajas de los círculos. El modelo, si puedo hablar así, imaginado por Windthorst responde á este ideal, y la experiencia ha demostrado que la Pe-

queña Excelencia había estado en lo cierto. El *Volkverein* no debe ser una federación de sociedades, sino una asociación única para toda Alemania: no tiene más que una presidencia y un comité directivo, cuyo domicilio legal está en Maguncia, cuna de la obra.

»El comité nombrado en vida de Windthorst, reúne lo más escogido del partido católico alemán: al lado de la Pequeña Excelencia encontrábase Brandts, primer presidente; Trimborn, segundo presidente, el abate Hitze, el conde Balleatrem, el conde Galen, Mons. Galland, los diputados Lieber, Fritzen, Gröber, Orterer, Marbé, Porsch, el conde Preysing, el conde Hönsbröck, Mons. Stamminger, el Dr. Siben, los periodistas Otto, Stötzel, etc.

»Todas las regiones del imperio están en él representadas; nótese también que casi todas las condiciones sociales tienen sus representantes en ese estado mayor, habiéndose echado mano de industriales, grandes señores territoriales, periodistas, rentistas, sabios, profesores, funcionarios, abogados, economistas, etc. Como en Alemania nada se hace sin el clero, en el comité directivo hay también sacerdotes, y no son los menos importantes: dos de entre ellos, los abates Hitze y Pieper, pueden ser considerados como clavijas maestras de la Asociación, y por esto merecen mención especial....

»Según el pensamiento de Windthorst, el *Volkverein* es una inmensa red que cubre todas las regiones del imperio; München-Gladbach es su punto central, el asiento administrativo de la obra. Allí se elaboran todos los medios de propaganda; en la

secretaría general se confunden igualmente todos los esfuerzos intentados en los diferentes puntos del país....

»El comité escoge en cada distrito un agente, un delegado — *ein Geschäftsführer* — con el cual está en constantes y directas relaciones, y al que envía todos los autos, documentos, libros y folletos que deben distribuirse entre los miembros del *Verein*. Para ponerse en contacto con el pueblo, este delegado se dirige á su vez á cierto número de hombres de confianza — *Vertrauensmänner* — escogidos en cada parroquia. De ordinario, el cura del lugar designa á los fieles que le parecen aptos para cumplir la misión que se les quiere confiar. Hecha la elección, envía á estos *Vertrauensmänner* una circular, en la que van expresados los deberes esenciales de su cargo. Según la circular impresa que tengo á la vista y que data de Enero de 1891, al hombre de confianza incumben las obligaciones siguientes:

»1.^a Hará usted circular de casa en casa la lista de socios, y procurará provocar por este medio el mayor número posible de adhesiones.

»2.^a Recaudará las cuotas anuales, que enviará al delegado.

»3.^a Entregará á los socios el título correspondiente que les servirá de recibo del corriente año.

»4.^a Les distribuirá los folletos y todos los impresos que reciba del agente del distrito.

»5.^a Pondrá al corriente de todo cuanto en torno suyo se relacione con el *Verein* al expresado agente.»

Esta sencilla é ingeniosa organización facilita

de una manera extraordinaria la propaganda, y permite que el *Volksverein* pueda implantarse hasta en las más pequeñas aldeas. Para formar parte de esta Asociación se exige ser mayor de edad, y principalmente se busca para ella á los electores, y para que la Asociación no se componga de hombres que no hayan hecho más que poner su firma sin propósito de obligarse firmemente á nada, que terminarían por olvidar lo que habían firmado, se estableció una cuota anual de cinco reales; ese sacrificio, sobre todo para la gente obrera, es una prueba de adhesión á la obra y una garantía del interés con que han de mirarla siempre.

El principal medio de que el *Volksverein* se vale para neutralizar entre la población obrera la propaganda socialista es la prensa. Veremos después el considerable desarrollo que la prensa católica adquirió durante el *Kulturkampf*, y, por consiguiente, la ayuda poderosa que la Asociación popular tenía en ella; pero además la Asociación creó una *Correspondencia social* redactada por economistas y sociólogos católicos eminentes, destinada á proporcionar enseñanzas de orden social principalmente á los periódicos católicos de provincias que encontraban en ella un arsenal para sus artículos sobre asuntos sociales. Esta correspondencia se publicaba cada quince días y se enviaba gratis á todos los órganos del Centro. Publicase además ocho veces al año un *Boletín de la Asociación*¹ que se envía á todos los socios, en el que se da cuenta de todo lo que se hace en el *Verein* y se

¹ El primer número se publicó en la primavera de 1891.

reúnen argumentos y datos contra el socialismo presentados á veces en forma amena y propia para la inteligencia del pueblo.

La *Correspondencia social* envía gratuitamente cada semana á 250 periódicos católicos dos artículos de economía y de política social. Cada año se distribuyen entre los miembros del *Volkverein* ocho folletos escritos en lenguaje propio para el pueblo é infinidad de otros folletos y novelas se hacen circular por todas partes, ya gratuitamente, ya por el ínfimo precio de dos céntimos. De uno solo de estos folletos se hizo una tirada de 480.000 ejemplares; pero lo que circula aún con mayor profusión son las hojas volantes. En 1894 en el espacio de quince días se distribuyó millón y medio de estas hojas ¹.

Y como uno de los medios más eficaces que emplea el socialismo para difundir sus enseñanzas y para conservar en sus adeptos el entusiasmo por su causa son las reuniones públicas, esas reuniones en que oradores fogosos dirigen la palabra al pueblo católico y le comunican su entusiasmo fué un medio escogido también por el *Volkverein* ².

«En las reuniones públicas — dice el manifiesto ³ — hábiles oradores instruirán al pueblo acerca del objeto de la Asociación. Se discutirán acto continuo en ellas los grandes problemas reli-

¹ *La défense des intérêts catholiques en Allemagne*, por H. Getty, discurso publicado en *L'Association Catholique*, número de Agosto de 1900, pronunciado en París en el Congreso internacional de obras católicas el 9 de Junio de 1900.

² Más de 6.000 se han celebrado hasta ahora.

³ *Kannengieser: Ketteler y la organización social en Alemania*, capítulo III. B., párr. 6.º

giosos y económicos que interesan á nuestra época. Además de servir para establecer y propagar la obra del *Verein*, estas reuniones despertarán en el pueblo el sentimiento de la solidaridad católica, haciendo brillar en ellas su fuerza; cada cual se convencerá de que no está solo en la lucha, de que millares de hermanos combaten á su lado, se acrecentará con esto su valor y su entusiasmo, permanecerá fiel á su bandera y se lanzará con entusiasmo á la obra.

Para dar mayor precisión aún á estas instrucciones, el Comité directivo añade en otra circular:

«1.º Todos los años se convocará al menos una asamblea en cada distrito.

»2.º Si la agitación socialista es particularmente intensa en un punto determinado, el *Volkverein* celebrará allí reuniones extraordinarias.»

Y como es muy conveniente dar periódica cuenta del conjunto de los progresos de una obra, el Comité del *Volkverein* invita cada año á todos los miembros á reunirse en asamblea general. «Este congreso — dice el párrafo 6.º del manifiesto — se reunirá sucesivamente en los principales centros católicos de Alemania. Se consignarán en una memoria los detalles más interesantes de estas reuniones generales, lo cual se publicará en el *Boletín*. De este modo todos los asociados serán iniciados en la vida y progresos del *Verein*, se sentirán orgullosos de pertenecer á tan poderosa Asociación, y la conciencia de su fuerza despertará en ellos el espíritu de proselitismo y hará de cada uno un misionero social y un campeón de la causa conservadora.»

periódicamente. En Octubre de 1898 estas reuniones se celebraron en Strasburgo, y asistieron á ellas 1.733 oyentes, de los cuales 631 eran eclesiásticos y seminaristas, lo cual prueba el gran interés que entre el clero católico alemán despiertan estas cuestiones sociales, y explica en gran parte la eficacia de su apostolado.

«Yo he visto — dice uno de los asistentes á las reuniones de Strasburgo — sentados en los mismos bancos, ante las mismas mesas, los alumnos del seminario, los estudiantes de derecho y de medicina, jóvenes salidos de las escuelas de comercio y de industria, el dependiente de los grandes almacenes, el obrero de fábrica, el aprendiz, la mayor parte provistos de sus cuadernos de estudio, haciendo un resumen de las relaciones y exposiciones, presentando dificultades y ensayándose en el uso de la palabra, y he sacado la impresión de que este curso social constituye una grande escuela, abierta á todas las buenas voluntades, accesible á todas las inteligencias, verdadero plantel de donde saldrán mañana los representantes del pueblo» ¹.

¹ H. Cetty: discurso antes citado.

CAPITULO VI

El clero católico alemán.

I. Intervención del clero católico en la política. — II. Parte que toma en las elecciones y en las reuniones electorales. — III. La prensa periódica actual y los católicos. — IV. Admirables esfuerzos del clero católico alemán para dar incremento á la prensa católica y desarrollo sorprendente de ésta.

I

Si en toda obra católica es al clero á quien corresponde la dirección, porque su misión es la de enseñar y dirigir al pueblo cristiano, hasta tal punto que, como ya en otro lugar hemos dicho, es completamente absurdo el llamarse católico y anticlerical, porque el ser anticlerical es sinónimo de ser anticatólico, siquiera otra cosa enseñen al pobre vulgo, lo mismo al vulgo de blusa que al de levita, los impíos que cuentan con su candidez para el éxito de sus predicaciones, haciéndole creer en distingos con los que le engañan mejor y le llevan á la impiedad más derechamente, en la obra realizada por los católicos alemanes corresponde al clero católico la principal gloria, y no se

dejar de sentirle horror, no para dejar de sentir sus efectos; y ejerce sugestión irresistible sobre los que por el hecho de entregarse á su lectura se constituyen en discípulos suyos.....

»Por eso *es un traidor y un suicida* el católico que niega todo auxilio á la prensa católica y coopera al sostenimiento y difusión de la prensa enemiga.»

El clero católico alemán comprendió desde luego la trascendental importancia que hoy tiene la prensa periódica, y á la prensa periódica acudió para defender con ella los fueros de la verdad, y los católicos todos supieron en este punto cumplir sus deberes de tales.

En el Congreso católico de Maguncia celebrado en 1892, decía Posch: «El congreso es un examen de conciencia tanto para las asociaciones como para los individuos; cada uno debe preguntarse si ha cumplido sus deberes de ciudadano católico; sobre todo, es preciso que se formule esta cuestión: ¿Entra en mi casa un periódico católico? Todo el que no esté abonado á un diario del Centro, que se apresure á reparar esta falta suscribiéndose enseguida»¹.

En 1870 eran 50 los periódicos católicos que se

¹ Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*, capítulo II, B, párr. 5.º

publicaban en Alemania, pero eran en mayor número y más leídos los periódicos hostiles al Catolicismo, á cuyo sostenimiento contribuían muchos católicos, á quienes no faltaban pretextos para justificar su conducta, en la mayor parte puramente rutinaria, y á que hasta los pretextos desaparecieron se dirigieron los esfuerzos de aquel clero, que no dudó en hacerse periodista arrojando los peligros de la persecución que esto había de proporcionarle, y entonces figuraron sacerdotes á la cabeza de la mayor parte de los grandes periódicos católicos, que llegaron á adquirir una circulación asombrosa y á desalojar á los periódicos hostiles de las posiciones que en las casas de los mismos católicos habían tomado, y merced á este trabajo durante el Kulturkampf, es decir, desde 1870 á 1880, los periódicos católicos se aumentaron de 50 á 109, número que aún se ha hecho mayor después.

Al escribir Kannengieser su obra *Los católicos alemanes*, eran 450 los periódicos católicos que se publicaban en toda la extensión del imperio, debiendo advertirse que en este número no estaban comprendidos los que, por sus tendencias católicas ó por su respeto hacia el Catolicismo, no eran mercedores del nombre de enemigos, sino los que eran franca y ostensiblemente católicos; número verdaderamente considerable, si se tiene en cuenta que los católicos no constituían más que la tercera parte de la población total del imperio (unos 17 millones); que algunos de esos periódicos de carácter político tiraban dos ediciones diarias, y que varios llegaron á tener 20.000 suscriptores; siendo

de advertir que este estado floreciente de la prensa católica, lejos de decrecer, siguió en aumento cuando la persecución contra el Catolicismo dejó de ser violenta y fué poco á poco disminuyendo.

Claro está que esta prosperidad era á costa de la prensa neutra ú hostil á la Iglesia, que veía disminuir el número de sus suscritores y morir muchos de sus periódicos, y de ahí la persecución empeñada que, á la prensa católica y al clero que la inspiraba, hacían con encono los periódicos no católicos.

«Como tenían de su parte el poder, llamaron la violencia en auxilio de la astucia y de las maniobras clandestinas; los procesos verbales llovían en las redacciones, donde el vicario escribía tranquila y valerosamente sus artículos y sus manifestos; las multas eran el pan nuestro de cada día, y la prisión lo acechaba detrás de cada columna de su periódico. Si se supiera el número de meses que los vicarios periodistas han estado bajo llave, todo el mundo quedaría estupefacto.»

«Nuestros redactores—decía el abate Schaedler en el Congreso de Coblenza—viven en prisión. En invierno y en verano se les ha hecho gustar la fresca humedad de Plätzenser y de otras mazmorras encantadoras. En ellas han fabricado papalinas y mondado guisantes y habichuelas; pero ellos no han abatido su cabeza ni aun ante el hombre que hacía humillarse á todo el mundo. ¡En eso consiste nuestro orgullo y nuestra alegría; los vicarios periodistas merecen toda nuestra gratitud!» Algunos de estos valientes habitar muchas veces cada año la celda que en otros países se reserva á

los ladrones y asesinos; mas, á pesar de rigor tan inaudito, no han callado una sola verdad que debieran decir, ni dulcificado una crítica que les pareciera necesaria ó simplemente útil. Algunos dejaron allí la vida, y otros conozco que han arruinado irremisiblemente en la prisión su salud; pero desde el momento en que se trataba de los intereses de la Religión, el *Presskaplan* no economizaba sacrificio alguno, y repetía cada mañana al Gobierno, aun á peligro de su vida, el *non licet del Evangelio* ¹.

No se contentó el clero para combatir por la buena causa con redactar en los periódicos católicos, sino que emprendió con empeño una campaña de que aquí estamos muy necesitados, que fué la de procurar que los católicos dejasen de cooperar con su suscripción al sostenimiento de la prensa antirreligiosa ó neutra, más perjudicial, á veces, que la misma prensa impía, y que, si con frecuencia manifiesta respetos y adhesión á la buena causa, es para, con mayor autoridad ante los ojos de sus lectores, motejarla cuando lo tiene por conveniente; y no perdonó medio para convencer á los católicos que, bien por prejuicios, ó por costumbre, seguían siendo lectores de esos periódicos, de que debían suscribirse á periódicos católicos y rechazar los de opuestas tendencias, y de que los anuncios que tuviesen que publicar los enviasen á esos mismos periódicos católicos, y su perseverancia consiguió en esto excelentes re-

1 Kannengieser: *Los católicos alemanes*, cap. II, párr. 5.^o

sultados, de los que es buena prueba el pasmoso desarrollo que la prensa católica obtuvo.

La importancia y desarrollo de esta prensa en Alemania es, en efecto, verdaderamente extraordinario, y propio para avergonzar á los católicos españoles, que suelen ser los primeros en negar su concurso á la prensa que sostiene y propaga sus propias ideas, por no haberse muchos de ellos dado cuenta de que la prensa periódica es hoy una necesidad social, y de que es un arma terrible que es indispensable esgrimir, y que, si no la empleamos para la defensa de la verdad, nos herirá de muerte, inoculando por todas partes el veneno de los mayores errores. Solamente en la ciudad de Colonia, habitada por 20.000 personas, hay cinco periódicos católicos, entre ellos la célebre *Gaceta Popular* (*Volkzeitung*), que publica tres distintas ediciones diarias, dirigidas todas ellas á distintos suscriptores, y las cinco reunidas alcanzan una tirada de 100.000 ejemplares.

CONCLUSIÓN

La historia referida del Kulturkampf prusiano es la misma historia de siempre; sin otro cambio que el nombre de los personajes, es el relato de lo que hoy acontece, es lo mismo que se repetirá en lo sucesivo. La repugnante persecución que hoy padece la Iglesia en Francia, es la reproducción del Kulturkampf prusiano y el modelo que veremos cualquier día trasladado á España, que ya muchos han tratado de plagiar servilmente hasta desde las esferas del poder y que no tendrá otras diferencias que las que le presten el salvajismo canallesco de nuestros sectarios; las causas del conflicto entre la Iglesia Católica y sus enemigos son y serán siempre las mismas; los jacobinos de hoy no son sino meros plagiarios de los jacobinos de ayer; ellos invocan la libertad para practicar la más irriante tiranía; abusan de las palabras de significación más elevada para encubrir las pasiones más bajas y repugnantes y para animar así á los malvados á que los secunden y á los imbéciles á que los crean y los aplaudan; pero el re-

puede referir la historia de este período de persecución y de renacimiento del Catolicismo en Alemania sin hablar, en primer término, de aquel celoso é ilustrado clero.

Reférido queda en el precedente capítulo cuál fué la intervención que el clero tuvo en todas esas instituciones sociales, con las que se ha contribuido, más que con cualquier otro medio, á poner un dique al pujante socialismo en Alemania; vamos á estudiar brevemente al clero alemán, como periodista y como político.

Es algo así como verdad axiomática entre una gran parte de los españoles que el clero no debe mezclarse en política, y mientras los partidos no se proponen como fin esencial de su programa la defensa de los intereses católicos, ó tienen un cierto carácter de bandería dentro del mismo campo católico con ciertos ribetes de exaltación que les presta nuestro carácter, no falta razón para pensar así; pero en Alemania, en que los intereses políticos de los católicos van mezclados con los religiosos y en que la lucha en el campo político había que sostenerla con partidos franca y abiertamente anticatólicos, el clero pudo tomar, y tomó de hecho, una parte activa, no sólo en la organización en general del partido católico y en las luchas electorales, sino formando parte de los mismos parlamentos y tomando en sus discusiones una participación activa é importantísima, hasta tal punto que bajo su dirección, y merced á su impulso, el Centro católico ha logrado los grandes triunfos que en su historia cuenta; y es que aquel clero no tenía en estos trabajos su mira puesta en

ser instrumento de las ambiciones personales de ste ó el otro político, ó en estar al servicio de unas edinastía determinada, sino en hacer triunfar lo intereses de la Iglesia, que son los intereses de la verdad y de la justicia, y esto con un gran espíritu práctico, exento de exageraciones que separan de la realidad y conducen á la impotencia.

Claro está que esta intervención inmediata y activa del clero católico no de todos merecía aprobación, y contra ella se dirigían censuras y sátiras incesantes por los que sufrían las consecuencias de esta actitud. ¡Cómo había de parecer bien esta intervención á los protestantes y liberales enemigos del Centro católico cuando ella era la principal causa de los triunfos de éste, según sus propios adversarios reconocían! Si no es posible servir á dos señores, y el clero alemán estaba al servicio de Jesucristo, había de encontrar necesariamente ruda oposición en los que sirven á Lucifer.

En la época en que Kannengieser publicaba su obra *Los católicos alemanes*, había cerca de 50 eclesiásticos que pertenecían á los diversos parlamentos del imperio; solamente en el Reichstag había 23, entre los cuales se encontraban figuras de la magnitud del abate Hitze, de quien ya hemos hablado y á quien el emperador Guillermo II hizo entrar en su Consejo de Estado, y otros eminentes oradores y hasta insignes obispos ¹.

¹ Del actual Reichstag forman parte 15 sacerdotes católicos y 8 lament^{os} 2 pastores protestantes.

II.

Para obtener este resultado, el clero católico tiene que tomar una actitud resuelta y moverse con gran actividad en las contiendas electorales. Al aproximarse las elecciones casi todos los obispos dirigen una pastoral á los fieles recordándoles sus deberes de ciudadanos católicos, y recomendándoles que no den su voto sino á los candidatos católicos también, y estas pastorales se leen y comentan por el clero en la iglesia. ¡Qué cosas dirían nuestros jacobinos, que aceptan la libertad sólo en lo que á ellos les favorece, si nuestro clero hiciese algo parecido á esto! Estos graciosos liberales que consienten y hasta aplauden el que se diga, y dicen ellos mismos, todo género de horrores contra todo lo divino y lo humano, y que proclaman la libertad de la cátedra, no pueden tolerar esa libertad de la cátedra del Espíritu Santo, y niegan al sacerdote los derechos que conceden á cualquier ciudadano, y, ¡ay de él! si se le ocurre decir algo contra lo que ellos llaman liberalismo; y es lo más gracioso que ejecutan generalmente estas opresiones inauditas al grito de: ¡Viva la libertad!

Fuera de la iglesia el sacerdote alemán interviene en reuniones electorales, y hasta las dirige, toma en ellas la palabra y ejerce la inmensa influencia que es consecuencia natural de su saber, de sus virtudes, y de las obras sociales que sostiene y dirige, y que le permiten estar en comunicación constante con las masas populares.

«En las localidades mixtas — dice Kannengieser ¹, — despliega aún mayor actividad, porque el peligro es allí más apremiante. No falta á menudo un sacerdote que se desliza en las reuniones electorales de sus adversarios, aún en las de los socialistas, y atento á lo que se dice, está pronto á coger la mentira al vuelo y ahogar la calumnia en su mismo antro. La campaña electoral del mes de Febrero de 1890 ha ofrecido muchos ejemplos de esta especie; relataré dos que me parecen típicos:

«Yerbede es un pueblecillo casi del todo protestante de la circunscripción de Bochum. El candidato nacional liberal, Mullensiefen, fué á la localidad para pronunciar un discurso-programa, y no encontró nada mejor para empezar que una violenta arenga contra «las doctrinas inmorales de los jesuitas». Confiaba en el éxito de este arma de grueso calibre; más he aquí que un vicario, el abate Vächter, se levanta de repente, pide la palabra, y presenta osadamente al orador las tres cuestiones siguientes:

- »1.^a ¿Habéis visto á un jesuita?
 - »2.^a ¿Habéis asistido al sermón de un jesuita?
 - »3.^a ¿Habéis leído un libro de un jesuita?
- »Mullensiefen se turbó y buscó una escapatoria; pero llamado á la cuestión por el intrépido vicario, vióse obligado á responder negativamente ². El abate Vächter casi obtuvo una ovación de aquella asamblea, mitad protestante, y el orador liberal se retiró furioso y confuso.

¹ Los católicos alemanes, cap., II, párrafo 4.^o
² Un jacobino español en igual caso hubiera asegurado que conocía intimamente á todos los jesuitas del mundo.

«Los jesuitas son ordinariamente el caballo de batalla de los fanfarrones liberales; su «moral relajada» sirve de tema ó de pretexto á las venenosas elucubraciones de la mayor parte de los candidatos.»

«En Duisburgo una hoja liberal había afirmado que los jesuitas enseñaban el principio: «El fin justifica los medios», y esta mentira fué repetida en diversas reuniones electorales. Al punto un vicario, el abate Richter, publicó la declaración siguiente:

»1.º Si un profesor de la facultad de derecho de Heidelberg ó de Bona señala la obra de un jesuita que contenga en cualquier forma el citado principio, me comprometo á pagarle mil marcos.

»2.º Todo el que de palabra ó por escrito atribuya esta monstruosidad á los jesuitas sin presentar las pruebas, es un infame calumniador.

»Aunque publicado muchas veces consecutivas, el reto no fué aceptado, y los liberales de Duisburgo quedaron convencidos de calumnia.»

Para ejercer esta acción bienhechora en el terreno político, el clero alemán se prepara de antemano, y recibe una educación adecuada; interviene con frecuencia desde el período de su estudiantazgo en discusiones y en solemnidades en los congresos católicos, sigue con atención el movimiento social y político de la población que le rodea, estudia con ahinco no sólo las ciencias eclesiásticas, sino, entre otras muchas, y muy especialmente, las cuestiones sociales que hoy se agitan en el mundo, y á cuya práctica solución hemos visto que contribuye de modo eficaz, y en

relación constante y directa con las clases populares y con las más elevadas en el orden social, conserva entre todas una influencia y un prestigio que le sirve en gran manera para ejercer la misión apostólica de su sagrado ministerio.

III

Si grande ha sido la intervención del clero católico alemán en la política, no ha sido menor en la prensa periódica, campo anchísimo en que pueden y deben moverse los católicos de acción en los actuales tiempos en que el desarrollo del periodismo hace de él un arma terrible que constantemente manejan los más perversos para causar males sin cuento. Alguien ha dicho con razón sobrada, que si San Pablo hubiera vivido en nuestro tiempo hubiera sido periodista, porque realmente no hay en nuestros días un medio de propaganda tan eficaz ni un arma de lucha tan terrible como el periódico.

Los venticinco soldados de Gutenberg, como llaman los socialistas á las letras del alfabeto, constituyen hoy el ejército más poderoso de la tierra.

«Por su baratura — dice Mr. E. Pierret ¹ — la pren-

¹ En un interesantísimo artículo titulado «La Presse en France», publicado en *La Reforma Social*, número de 1.º de Marzo de 1903, en el que pone de manifiesto la venalidad de la prensa francesa con pruebas que cada día van siendo, por desgracia, más aplicables á una gran parte de la prensa española.

sa penetra en los senos más profundos de la población.

Por su acción cotidiana su influencia se extiende hasta los últimos límites de todas las clases y de todas las categorías sociales. Nada se resiste á una presión continua de cada día, de todo el año. Las tres cuartas partes y media de los suscriptores de un periódico aceptan las ideas de su periódico. Si esto no sucede en el primer mes acecerá al final del primer año, porque, como acertadamente observa Mr. Henry Berenger, la omnipotencia del periódico está en que no manda jamás, sino que sugiere siempre. El periódico nos deja libres en apariencia, y sabido es hasta qué punto los franceses son celosos de las apariencias de la libertad. El periódico nos esclaviza haciéndonos creer que nos liberta..... Cada uno de nosotros, demócratas, es un rey rodeado de cortesanos: vuestros periódicos no os dejan conocer la verdad sino en lo que ellos quieren, y cuando os imagináis pensar por vuestra cuenta, pensáis por cuenta de ellos.»

Apenas habrá quien no esté plenamente convencido de esta verdad; pero basta recordar para confirmarse en ella, los males inmensos que los periódicos sectarios y de empresa han acarreado á nuestra pobre España. ¿Quién no recuerda aquella campaña seguida por *El Imparcial* muy principalmente, que hizo que la opinión arrastrase al Gobierno á una guerra temeraria en que perdimos nuestras colonias, nuestro dinero y nuestro prestigio, porque esa prensa hizo creer que contábamos con medios que en realidad no teníamos para

oponernos al poder de los Estados Unidos? ¿Qué persona medianamente sensata no presenció con asco los estallidos de un movimiento de opinión fingido, creado con su cuenta y razón, por supuesto, por periódicos como *El Imparcial*, *El Heraldo*, *La Correspondencia* y otros más marcadamente sectarios, puestos todos al servicio de las logias y al de algunos políticos que ambicionaban el poder, y que no encontraron medio más decoroso para obtenerle que á principios del año 1901 apedrear conventos y cometer toda clase de tropelías? ¡Y como pretexto de esta campaña se tomó el que una joven, por su propia voluntad, quiso entrar en una casa religiosa á disgusto de su familia, y que en un teatro de Madrid se representó un *dramón* que, á no haber sido por la prensa, hubiera pasado inadvertido! Y bien recientemente ¿no causó la indignación de toda persona honrada el ver cómo los periódicos rotativos, tomando pretexto de tristes sucesos acaecidos en la Universidad de Salamanca, excitaban descaradamente á la sedición á los estudiantes y á las turbas desarra- padas, maltrataban é injuriaban groseramente á los agentes de la autoridad, que se veían precisados á usar de la fuerza para restablecer el orden, y trataban de héroes y casi de mártires á los agitadores que los resistían, dando con esta conducta motivo á motines escandalosos y á derramamiento de sangre? ¡Y pensar que todo esto se hubiera tal vez ahorrado con el restablecimiento de algunas subvenciones suprimidas por el ministro de la Gobernación y con apoyar á algunos periodistas en sus pretensiones de ser diputados!....

El mismo Mr. E. Pierret ¹, entre otros hechos curiosos que demuestran la fe que puede darse á cierta prensa y que confirman lo que el mismo dice que esa prensa es una gran prostituta que se entrega á quien la paga refiere que á pesar de ser tan aficionada á dar toda clase de noticias sensacionales, guardó absoluto silencio durante dos años acerca de las horribles matanzas de cristianos en Armenia, y el espectáculo de trescientas mil víctimas fué menos poderoso para que los periódicos rompieran el silencio que el dinero del Sultán para que le guardasen cuidadosamente. Sesenta y dos millones confesó Cavour que había dedicado á comprar en el extranjero la prensa que se puso de parte de la unidad italiana, y Bismarck declaró en el Reichstag que todos sus esfuerzos después de la victoria de Sadowa se habían encaminado á conseguir que se ignorasen en Francia los armamentos y preparativos militares que Prusia hacía y á tener á los franceses en una falsa seguridad. Cuando llegó el momento—decía el Canciller,—no tuve que hacer otra cosa que suprimir las subvenciones á los periódicos franceses; entonces se mostraron muy patriotas, abogaron por la guerra y me ayudaron á hacerla estallar.

Si no hubiera otros muchos hechos que demostrasen la gran influencia del periodismo, bastarían los citados; lo extraño y lamentable es que aún haya católicos y (pena da decirlo) aun sacerdotes que sin tener razones de gran necesidad ó conveniencia que lo justifiquen, sigan suscritos á esos

1. Artículo antes citado.

periódicos conocidamente entregados al dinero de las logias y de la banca judía que hacen campañas tan asquerosas, que se ponen en marcada oposición con las doctrinas de la Iglesia, que desprecian y hasta se burlan de las enseñanzas del Romano Pontífice y persiguen de muerte, aunque á veces con alardes de imparcialidad y rectitud, propios tan solo para engañar á algunos tontos, á personas é instituciones de la Iglesia bendecidas y recomendadas mil veces por ella, y llaman obscurantismo á la enseñanza católica y presentan á la Iglesia como enemiga de la libertad, porque no saben ó no quieren saber ni lo que es la libertad ni lo que es la Iglesia; periódicos que á pesar de que se esmeran en poner al corriente á sus lectores hasta de los menores detalles de todos los crímenes y asquerosidades que en el mundo se cometen, guardan siempre silencio acerca de lo mucho bueno que podrían decir de cosas y personas católicas, y si alguna vez rompen ese silencio, es cuando tienen ocasión de decir algo que los perjudique ó de verter alguna especie calumniosa que cuidan de no rectificar, ó ponen cuando más la rectificación en sitio que no se lea; que llaman á los católicos radicales de la derecha, poniéndolos en parangón con los anarquistas más exaltados, á quienes llaman radicales de la izquierda. [®]

«Lo que me aflige como sacerdote y como ciudadano —decía el P. Félix ¹— es ver no se cuantos hombres que se llaman á sí mismo conservadores, y aun religiosos, haciéndose cómplices in-

1. *El socialismo ante la sociedad*, tercera conferencia.

directos, y quizás *inconscientes*, de la prensa armada contra la sociedad y contra la Religión. ¡Lo que me causa una dolorosa estupefacción, es ver como por la lectura imprudente del periódico y por la suscripción á él, más imprudente aún, la prensa encarnizada que procura batir en brecha el orden social, gracias á nuestras complicidades indirectas, halla en el mismo mundo conservador recursos con que atacarnos!»

Y lo más triste es que por la falta de apoyo de esos mismos católicos, ó no haya prensa católica ó esta arrastre una vida lánguida y sea imponente para oponerse á la infame propaganda de la prensa marcada ó embozadamente sectaria. Tal conducta, no hay para qué ocultarlo, es en gran manera criminal, y tengo para mí que en el momento en que comparezcamos ante el Juez Supremo para ser juzgados, se nos ha de pedir estrecha cuenta de qué periódicos leímos y á cuál prestamos nuestro apoyo pecuniario. ¡Qué importa una suscripción más ó menos!, se dice por muchos para justificar su conducta; pero si cada uno suprimiese la suya al periódico hostil al Catolicismo y la llevase al periódico católico, ¿sería ó no sería de importancia? Sobre todo en los deberes individuales no constituye disculpa á nuestra falta en ellos lo que los demás hagan, ni sus actos atenúan nuestra obligación. Cuéntase que preguntado San Pedro Alcántara por el conde de Oropesa cómo se remediarían los profundos males que traían desorganizada á la Iglesia y á la sociedad, le contestó: «Seamos V. M. y yo lo que debemos ser, y entonces podremos tanto con Dios que le moveremos á

remediarlos, ó por lo menos, el mundo estará ya remediado por nuestra parte.» Si cada uno de los cristianos hiciera esto, no habría remedio más eficaz.

Lamentándose en una pastoral reciente el señor arzobispo de Burgos del culpable abandono en que los católicos españoles tienen lo que á la prensa católica se refiere, dice:

«Pero aún es más doloroso y repugnante que los hijos de la Iglesia sostengan el látigo que cruza y ensangrienta el rostro purísimo de su madre, que los que visitan los templos alimenten y aviven el fuego encendido para devorarlos, que los que se dicen amigos del clero sean suscriptores de papeles que hacen gala de llamarse anticlericales. No hay razón suficiente á abonar tan incalificable proceder.

»Pequeña cantidad es la de cinco céntimos cada día; pero muchos granos de arena forman un monte y muchas gotas de agua componen un mar: si todos los católicos dejasen de comprar á la vez los diarios indignos de su protección, no podrían éstos gastar las cuantiosas sumas que les permiten gloriarse de su extensa información telegráfica; aparte del mal ejemplo que se da y de la propaganda que en ocasiones, aun sin notarlo, se hace con suscribirse á un periódico ó sólo con leerlo. Por muy sólidamente cimentadas que se tengan las creencias religiosas, corren mucho peligro con la lectura diaria de la mala prensa: es esta una gota que concluye por horadar la más dura peña cayendo sobre ella constantemente, un veneno lento y mortífero al cual se habitúa la naturaleza para

sultados, de los que es buena prueba el pasmoso desarrollo que la prensa católica obtuvo.

La importancia y desarrollo de esta prensa en Alemania es, en efecto, verdaderamente extraordinario, y propio para avergonzar á los católicos españoles, que suelen ser los primeros en negar su concurso á la prensa que sostiene y propaga sus propias ideas, por no haberse muchos de ellos dado cuenta de que la prensa periódica es hoy una necesidad social, y de que es un arma terrible que es indispensable esgrimir, y que, si no la empleamos para la defensa de la verdad, nos herirá de muerte, inoculando por todas partes el veneno de los mayores errores. Solamente en la ciudad de Colonia, habitada por 20.000 personas, hay cinco periódicos católicos, entre ellos la célebre *Gaceta Popular* (*Volkzeitung*), que publica tres distintas ediciones diarias, dirigidas todas ellas á distintos suscriptores, y las cinco reunidas alcanzan una tirada de 100.000 ejemplares.

CONCLUSIÓN

La historia referida del Kulturkampf prusiano es la misma historia de siempre; sin otro cambio que el nombre de los personajes, es el relato de lo que hoy acontece, es lo mismo que se repetirá en lo sucesivo. La repugnante persecución que hoy padece la Iglesia en Francia, es la reproducción del Kulturkampf prusiano y el modelo que veremos cualquier día trasladado á España, que ya muchos han tratado de plagiar servilmente hasta desde las esferas del poder y que no tendrá otras diferencias que las que le presten el salvajismo canallesco de nuestros sectarios; las causas del conflicto entre la Iglesia Católica y sus enemigos son y serán siempre las mismas; los jacobinos de hoy no son sino meros plagiarios de los jacobinos de ayer; ellos invocan la libertad para practicar la más irriante tiranía; abusan de las palabras de significación más elevada para encubrir las pasiones más bajas y repugnantes y para animar así á los malvados á que los secunden y á los imbéciles á que los crean y los aplaudan; pero el re-

vollée¹ — que todo poder humano que entra en guerra contra la Iglesia Católica provoca un desencadenamiento de pasiones, un recrudecimiento de apetitos paganos que ponen en peligro á la sociedad misma y producen infaliblemente la ruina de los imprudentes que han promovido la lucha; debiera haber recordado que después de largos y violentos asaltos, todos los adversarios de la Iglesia han visto agotarse sus fuerzas contra este poder eterno impalpable como el alma humana; todos entonces han tenido que implorar su asistencia, reconocer su error, y, sea sobre el trono ó en el infortunio del destierro, tomar el camino de Canosa. Todos han tenido que seguirle, todos, desde el emperador Enrique IV hasta Napoleón, desde Teodosio hasta Bismarck. El camino está siempre abierto y muchos otros pasarán por él después de ellos.

»Esta es la enseñanza profunda que se desprende de la historia del Kulturkampf: ella nos enseña á no dudar jamás del triunfo de la conciencia católica sobre la tiranía de los sectarios. Pero encierra igualmente otra lección no menos elevada, no menos profunda, y es que para asegurar esta victoria tan dulce y bienhechora de la libertad religiosa, es preciso haberla merecido en fuerza de constancia, de energía, de buena organización, de pacientes esfuerzos y de generosos sacrificios. Como el reino del cielo, ella está reservada á los que pelean con valor: *violenti rapiunt illud.*»

¹ Artículo citado de *Le Correspondant* del día 25 de Noviembre de 1902.

SUMARIO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

| | Págs. |
|---|-------|
| Algunas palabras por vía de introducción..... | 5 |

CAPÍTULO PRIMERO

Situación del Catolicismo en Alemania antes de su persecución.

| | |
|--|----|
| I. Cómo se organizaron políticamente los católicos alemanes.—II. Organización del Centro.—III. Régimen de la escuela en Prusia hasta la persecución del Catolicismo..... | 11 |
|--|----|

CAPÍTULO II

El Kulturkampf prusiano.

| | |
|---|----|
| I. Primeros chispazos de persecución al Catolicismo.—II. Expulsión de las Ordenes religiosas del imperio.—III. Qué aprecio merecen las Ordenes religiosas y por quién y por qué se las persigue actualmente.—IV. Persecución al clero secular.—V. Bienes y dotaciones eclesiásticas.—VI. Descristianización de la escuela.—VII. ¿Qué es lo que hoy se persigue con el nombre de clericalismo? | 20 |
|---|----|

sultado de estas luchas es siempre el mismo; los enemigos de la Iglesia quedan vencidos y deshechos por la fuerza de la verdad, y por el poder corruptor de sus propias pasiones; la Iglesia Católica se levanta enhiesta al terminar estas luchas de entre el polvo á que sus adversarios quedan reducidos, más fuerte, más espléndida, con más vigor y juvenil apariencia.

El Kulturkampf prusiano es un libro abierto en el que los católicos españoles de todos los estados y categorías tienen mucho, muchísimo que aprender. Es verdad que nuestras costumbres, que nuestro temperamento es distinto al temperamento y las costumbres del pueblo alemán, que no hay entre nosotros la frialdad de juicio y el espíritu de perseverancia, de asociación y disciplina que hace entre aquellas razas posibles cosas que entre nosotros no pasan de ser ensueños agradables, pero en cambio tenemos otras cualidades de que podemos sacar no poco partido, y si hemos de aspirar al triunfo de la verdad y del bien enfrente de esa semilla insana que por todas partes se extiende y que difunden á granel periódicos rotativos, vendidos á la causa del error y comprados por sus corifeos por el precio de algunas monedas, por catedráticos impíos y por políticos menos impíos que llenos de ambición por la consecución de los más altos puestos que tratan de escalar—¡insensatos!....—no ya sólo á costa de sus propias convicciones, sino también de las del pueblo á quien perverten, es preciso que copiemos á los católicos alemanes en aquello porque más se han distinguido, sobre todo durante el período heroico del

Kulturkampf; es necesario que les imitemos en la unión, en la disciplina, en la acción inteligente, tanto en el campo de la política, como de la prensa, como de las cuestiones sociales, huyendo siempre de caer en exageraciones y de adoptar puntos de vista fuera de la realidad en que necesariamente hemos de vivir y movernos, y prestando siempre atento oído y sumisa reverencia á los pastores puestos por Dios al frente de la Iglesia.

Sin organización no es posible resistencia. Esa organización del Centro católico le dió el empuje suficiente para vencer á un enemigo poderoso; la falta de ella entre los católicos franceses es hoy causa de que á la infame persecución de que son víctima no opongan una resistencia vigorosa y eficaz que se extienda por todo el territorio de la república, y de que los esfuerzos aislados no sean bastantes á contener el despotismo de los sectarios; y ¡cuántos males no ha producido y puede producir en lo sucesivo á la causa del bien y de la verdad en nuestra Patria la falta de unión entre los católicos!.... La indiferencia y la apatía constituyen hoy un tremendo delito. Los católicos deben sumarse, organizarse y acudir al terreno en que se les combate, para en él defenderse por todos los medios que las leyes ponen en sus manos, trabajando como trabajó Windthorst por conseguir lo posible cuando no se puede lograr todo lo que se desea. Cada católico debe representar cuando menos un voto para los candidatos católicos y contrario á los anticatólicos, y un suscriptor á la prensa favorable á sus ideas religiosas.

«Bismark debiera haber sabido—dice René La-

vollée¹ — que todo poder humano que entra en guerra contra la Iglesia Católica provoca un desencadenamiento de pasiones, un recrudecimiento de apetitos paganos que ponen en peligro á la sociedad misma y producen infaliblemente la ruina de los imprudentes que han promovido la lucha; debiera haber recordado que después de largos y violentos asaltos, todos los adversarios de la Iglesia han visto agotarse sus fuerzas contra este poder eterno impalpable como el alma humana; todos entonces han tenido que implorar su asistencia, reconocer su error, y, sea sobre el trono ó en el infortunio del destierro, tomar el camino de Canosa. Todos han tenido que seguirle, todos, desde el emperador Enrique IV hasta Napoleón, desde Teodosio hasta Bismarck. El camino está siempre abierto y muchos otros pasarán por él después de ellos.

»Esta es la enseñanza profunda que se desprende de la historia del Kulturkampf: ella nos enseña á no dudar jamás del triunfo de la conciencia católica sobre la tiranía de los sectarios. Pero encierra igualmente otra lección no menos elevada, no menos profunda, y es que para asegurar esta victoria tan dulce y bienhechora de la libertad religiosa, es preciso haberla merecido en fuerza de constancia, de energía, de buena organización, de pacientes esfuerzos y de generosos sacrificios. Como el reino del cielo, ella está reservada á los que pelean con valor: *violenti rapiunt illud.*»

¹ Artículo citado de *Le Correspondant* del día 25 de Noviembre de 1902.

SUMARIO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

| | Págs. |
|---|-------|
| Algunas palabras por vía de introducción..... | 5 |

CAPÍTULO PRIMERO

Situación del Catolicismo en Alemania antes de su persecución.

| | |
|--|----|
| I. Cómo se organizaron políticamente los católicos alemanes.—II. Organización del Centro.—III. Régimen de la escuela en Prusia hasta la persecución del Catolicismo..... | 11 |
|--|----|

CAPÍTULO II

El Kulturkampf prusiano.

| | |
|---|----|
| I. Primeros chispazos de persecución al Catolicismo.—II. Expulsión de las Ordenes religiosas del imperio.—III. Qué aprecio merecen las Ordenes religiosas y por quién y por qué se las persigue actualmente.—IV. Persecución al clero secular.—V. Bienes y dotaciones eclesiásticas.—VI. Descristianización de la escuela.—VII. ¿Qué es lo que hoy se persigue con el nombre de clericalismo? | 20 |
|---|----|

CAPÍTULO III

Windthorst.

- I. Windthorst hasta que fué elegido jefe del Centro Católico alemán.—II. Su aspecto físico y su modo de ser.—III. Windthorst como político.—IV. Windthorst en los congresos católicos.—V. Muerte de Windthorst.—VI. ¿Encontraremos en España un Windthorst?..... 79

CAPÍTULO IV

Acción política de los católicos alemanes frente al Kulturkampf.

- I. Actitud de los católicos alemanes ante la persecución religiosa y resultado de sus esfuerzos.—II. Actitud del episcopado y del clero alemán.—III. Bismarck se bate en retirada.—IV. Restablecimiento de las dotaciones eclesiásticas y restitución de las confiscadas.—V. Esfuerzos de los católicos alemanes para conseguir la abolición de las leyes de persecución á la escuela católica.—VI. Sus trabajos para lograr la vuelta á Alemania de todas las Congregaciones religiosas.—VII. Hechos recientes que demuestran la consideración á que los católicos alemanes se han hecho acreedores en el imperio.—VIII. Excisiones en el Centro católico y resultado de las mismas.—IX. ¿Podemos pensar en España en la formación de un partido católico idéntico al alemán? ¿Hasta dónde podemos y debemos llegar en este sentido en las presentes circunstancias?—X. Diferente situación de los católicos en Alemania y en España..... 97

CAPÍTULO V

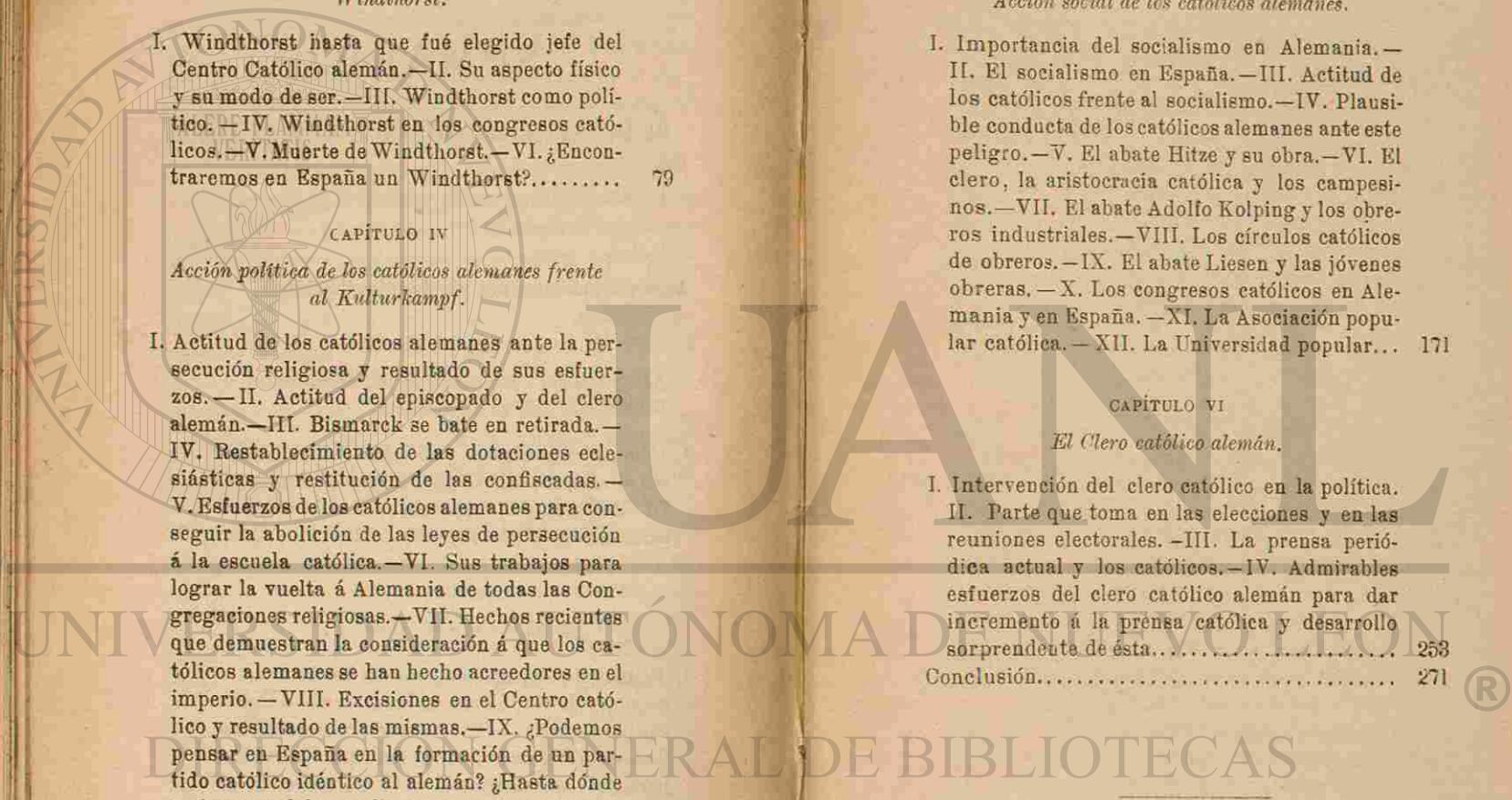
Acción social de los católicos alemanes.

- I. Importancia del socialismo en Alemania.—II. El socialismo en España.—III. Actitud de los católicos frente al socialismo.—IV. Plausible conducta de los católicos alemanes ante este peligro.—V. El abate Hitze y su obra.—VI. El clero, la aristocracia católica y los campesinos.—VII. El abate Adolfo Kolping y los obreros industriales.—VIII. Los círculos católicos de obreros.—IX. El abate Liesen y las jóvenes obreras.—X. Los congresos católicos en Alemania y en España.—XI. La Asociación popular católica.—XII. La Universidad popular... 171

CAPÍTULO VI

El Clero católico alemán.

- I. Intervención del clero católico en la política.—II. Parte que toma en las elecciones y en las reuniones electorales.—III. La prensa periódica actual y los católicos.—IV. Admirables esfuerzos del clero católico alemán para dar incremento á la prensa católica y desarrollo sorprendente de ésta..... 253
- Conclusión..... 271





NUEV
LIOTEC